

Juan C. Feliú

Juan C. Feliú

El 20

El 20

Juan C. Feliú

Copyright © 2020 Juan Carlos Feliú Velázquez

All rights reserved.

Nota del autor

Los nombres y apellidos de los personajes han sido escogidos aleatoriamente de apellidos típicos de Xixona, pero no se ajustan en ningún caso con la realidad.

[TOC 1 Prólogo](#)
[TOC 2 Capítulo 1](#)
[TOC 3 Capítulo 2](#)
[TOC 4 Capítulo 3](#)
[TOC 5 Capítulo 4](#)
[TOC 6 Capítulo 5](#)
[TOC 7 Capítulo 6](#)
[TOC 8 Capítulo 7](#)
[TOC 9 Capítulo 8](#)
[TOC 10 Epílogo](#)
[TOC 11 Glosario](#)
[TOC 12 Agradecimientos](#)
[TOC 13 Sobre el autor](#)
[TOC 14 Bibliografía](#)

Xixona huele a turrón.

TOC | Prólogo

La joven desaparecida de 20 años no volvió a su casa la madrugada del 24 de diciembre. Su madre Fuensanta Padilla, denunció la desaparición en la comandancia de la guardia civil situada en la calle José María Samper.

El día de Navidad la Guardia Civil organizó una partida de búsqueda a primera hora de la mañana, numerosos vecinos se ofrecieron como voluntarios, y, el bar donde trabaja la madre de la desaparecida, se comprometió a servir víveres a los voluntarios a lo largo del día.

El vehículo de la joven, un Volkswagen Golf, apareció en la ladera de la montaña, muy cerca de la senda utilizada por los senderistas para acceder a la cima del Forat de la Peña. A las autoridades, y a los vecinos de la zona, les extrañó encontrar el coche en aquella zona tan escarpada y peligrosa, pues desconocían la manera en la que la joven había conseguido subir el coche hasta allí.

Los vecinos se situaron en paralelo formando una línea con una separación de cinco metros entre persona y persona, y comenzaron la batida montaña arriba.

El Forat de la Peña es una montaña intransitable para vehículos, a excepción de bicicletas de montaña, y motocicletas de Cross que, con el buen tiempo, acostumbran a subir por los caminos abiertos por los senderistas de la zona, pero nunca en esas fechas y, sobretodo, nunca, después de una nevada tan copiosa como la acontecida la víspera de Navidad en Xixona.

El teniente de la Guardia Civil, Gaspar González Armero, al mando de la búsqueda, aconsejó a los voluntarios meticulosidad, no quería precipitaciones durante la batida, por eso advirtió a los vecinos que, a pesar de los nervios y la ansiedad por lo acontecido en un pueblo con poco más de cinco mil habitantes, tenían que tomárselo con calma.

El teniente Gaspar González informó a Raúl Pérez, un excampeón de España que había subido al Forat de la Peña como solía hacer habitualmente a lanzarse en parapente, para que, desde el cielo, con una perspectiva mejor del risco, buscara a la joven desaparecida, ayudado por la unidad del aire de la Guardia Civil, un helicóptero experimentado que también sobrevolaba la zona.

Los vecinos comenzaron la batida, pero, al poco tiempo de comenzar el ascenso, notaron un nerviosismo mayor entre las autoridades, y el helicóptero que les sobrevolaba descendió sobre la cima de la Peña. El teniente, tras hablar por radio, anunció a los voluntarios que se suspendía la búsqueda, y disolvió la partida; el cuerpo de la joven había sido hallado por Raúl Pérez, quien había descendido en un claro donde había visto un bulto extraño. Tras tomar tierra había confirmado que, aquel bulto, era el cuerpo de la joven desaparecida.

La Guardia Civil, para esclarecer las causas de su muerte, abrió una investigación. El cadáver de la joven había sido hallado en la sierra completamente desnuda, tumbada en algún tipo de posición ritual, pero no se descartaba el uso de algún tipo de sustancia o droga que hubiera confundido a la joven hasta acabar muerta en tan extrañas circunstancias. Este dato explicaría las razones por las que la joven se despojó de sus ropas y subió hasta la escarpada cima donde fue hallado su cuerpo tumbado en la nieve con los brazos abiertos en cruz.

Tras el resultado de la autopsia de la joven de Xixona, se descubrió que, la principal causa de la

muerte había sido la hipotermia, pero la Guardia Civil seguía investigando por su posible vinculación con grupos religiosos sectarios.

Aitana Mira Padilla se despojó de la blusa azul de seda, la Guardia Civil halló la prenda junto al sujetador, calcetines y bragas, desperdigadas por la ruta de acceso que presumiblemente había seguido la joven a altas horas de la madrugada. Las temperaturas, aquella Nochebuena, eran más bajas de lo habitual en la zona, pues, aquella noche, víspera de Navidad, había nevado como nunca se había visto en aquel lugar rodeado de montañas.

La noche de su desaparición la joven acudió a la discoteca más popular de Xixona, situada en las afueras del pueblo, a un par de minutos del cuartel de la Guardia Civil situado en el barrio del Través. La discoteca rural conocida como El 20, es una discoteca habilitada en una casa rural de la zona, rodeada de pinos y peñas que hacen del entorno un lugar idóneo para la diversión por su aislamiento a tan pocos pasos del pueblo. La discoteca, con zona exterior, barbacoa y piscina, también está compuesta por 20 habitaciones para desahogar la tensión sexual de la fiesta, que son alquiladas por horas, de ahí le viene su nombre.

Aquella noche la joven fue vista en la pista de baile y, posteriormente, salió de una de las habitaciones acompañada de un joven muy popular en el pueblo apodado: 'El Conill', un joven mujeriego conocido por sus numerosos escarceos amorosos con todo tipo de mujeres del pueblo. Después, numerosos testigos la vieron discutir con su novio antes de abandonar sola la discoteca en su propio coche, y esa fue la última vez que la vieron con vida.

Su cadáver no presentaba signos de violencia. Sus pies, en carne viva, mostraban claros síntomas de haber andado y escalado el risco situado a más de mil metros de altura, así como los arañazos y contusiones que su cuerpo mostraba.

El cuerpo de la joven fue hallado en la cima de la Peña, completamente desnuda, tumbada boca arriba y orientada hacia el sol con las piernas cerradas y los brazos extendidos en cruz.

El novio de la joven, tras ser interrogado, declaró en el cuartel de la Guardia Civil que durante el último mes Aitana se mostraba extraña y hablaba de cosas muy raras, y repetía continuamente su necesidad de subir a la montaña para estar en paz y purificarse. Durante la investigación, la Guardia Civil encontró en la habitación que compartía con su novio, un panfleto rudimentario con varios fragmentos subrayados y anotaciones al margen, donde repetía una única frase: Solo la montaña puede salvarte.

Hasta la fecha, el comportamiento de Aitana había sido normal. Quienes la conocían, la recuerdan como una chica muy guapa, alegre, jovial, y a veces provocadora. No mostraba tendencias depresivas, pero consumía habitualmente hachís, y ocasionalmente cocaína. Sin embargo, según las manifestaciones de su novio, en las últimas semanas había cambiado, y hablaba repetidamente de una compañera de clase con la que compartía estudios en una academia de Alicante, y con la que hablaba de todas estas cuestiones sobre su obsesión por liberar su alma atormentada. El novio, los familiares, y las mejores amigas de Aitana testificaron ante las autoridades, que no conocían a esa chica, ni la habían visto nunca.

Unas horas antes de desaparecer, la joven se despidió de su novio pidiéndole que se fuera con ella al Forat de la Peña, porque había llegado el momento de liberar su alma, y, además, le pidió que llevara también a su familia para purificar sus almas antes de que saliera el sol la mañana del 25 de diciembre. Su novio, intentó hacerla recapacitar, pero fue imposible. La joven no le escuchó, y

se negó a bajarse del coche.

Algunos vecinos aseguraron haber visto a su ex novio desayunando alegremente la mañana de su desaparición, e incluso, un testigo poco fiable apodado Tuanet, aseguró haber visto la furgoneta blanca de su ex bajando la montaña aquella noche.

El cadáver de la joven fue localizado sobre las dos de la tarde del lunes 25 de diciembre, por Raúl Pérez, un parapentista profesional y, según su testimonio, se encontraba a pocos metros de la cima, a unos 1.000 metros de altitud, tumbada desnuda sobre la nieve, en una posición que aparentaba relajación, sin mostrar signos de violencia, como si estuviera durmiendo, alegó el deportista.

La joven mostraba arañazos en las piernas, indicó el parapentista, quien aseguró que le parecía increíble que la joven hubiese subido hasta allí sin ropa con la nevada que estaba cayendo. El parapentista relató que, cuando vio el cadáver desde el aire, decidió aterrizar en la zona para confirmar que se trataba de la joven, y que cuando lo confirmó, dio aviso a la Guardia Civil, que utilizó uno de sus helicópteros para subir a la cima y rescatar el cuerpo.

Además de los cientos de vecinos, voluntarios, y efectivos de las Fuerzas de Seguridad que participaron en la búsqueda, los padres de la desaparecida, también siguieron los rastreos y mantuvieron hasta el último momento la esperanza de que su hija Aitana estuviera viva.

Xixona

Xixona está poblado de inmensos bosques de pinos y carrascas en altas montañas de más de 1000 metros sobre el nivel del mar, siendo su punto más alto la sierra del cuartel. El pueblo, que conserva gran parte de su casco antiguo en el barrio de les Casetes, con casas de piedra que se construyeron en su mayoría con las piedras del castillo, que están, gran parte de ellas, en muy malas condiciones, o semiderruidas, ha habilitado numerosas viviendas en antiguas fábricas del turrón, o de almendras. El olor a dulce, a turrón, que se respiraba hacía años en el municipio, ha dejado de percibirse, al menos en el núcleo urbano, pues varias empresas emigraron a otras ciudades de España alejando la producción del turrón del lugar que la creó. Para evitar una fuga masiva Xixona creó un consejo de regulación del turrón, para defender la denominación de origen del producto a nivel mundial, pero, a pesar de ello, la producción ha ido decayendo, y el pueblo ha perdido un aroma que sigue vivo en el recuerdo de los jixonencos. Aun así, Xixona sigue siendo el pueblo más dulce del mundo, por historia, por tradición, por el helado, por el turrón. y porque sus habitantes siguen llevando el aroma en la memoria y en el corazón. Cada verano su población disminuye considerablemente, pues muchos jixonencos se marchan a hacer la campaña del helado por toda España.

Xixona sigue siendo un pueblo pintoresco, tradicional, con un encanto especial, mágico, dulce, rodeado de naturaleza en estado puro, donde las águilas y los buitres sobrevuelan las montañas que la protegen, y que le dieron en el pasado su estatus de ciudad fronteriza, pero, además, las montañas forman parte de la cultura del pueblo, ya que ha salvado a sus habitantes de innumerables invasiones, y, por ello, de su extinción como pueblo. Gracias a las montañas, los jixonencos encontraron en el pasado la salvación, y gracias a las montañas, los jixonencos seguían conservando su identidad, pues Xixona, a diferencia de otros pueblos de su alrededor, que están ubicados unos junto a otros, el pueblo jixonenco, gracias a sus montañas, se mantiene aislado, y de todos los que viven allí se conoce su presente, pero también se conoce su pasado, un pasado que, en ocasiones, encierra misterios que la memoria del pueblo aún no ha olvidado. Desde sus montañas, o desde las ruinas del castillo almohade del siglo XII, puede disfrutarse de vistas espectaculares de valles y barrancos en vertical, así como del mar Mediterráneo que está muy cerca del pueblo. Y en Navidad, el mejor turrón del mundo, vuelve a aromatizar el ambiente de Xixona como cuando las fábricas de turrón poblaban la zona y funcionaban a máximo rendimiento, creando un ambiente único y atemporal, pero aquella Navidad, para los pobladores del pueblo del turrón, nada iba a ser igual, y los fantasmas del pasado volvieron a despertar.

En algún momento del pasado...

TOC 3 Capítulo 2

— Piñonet, no debes hablar a nadie de tu don. Si la gente lo descubre, te temerán, y te harán daño.

— Pero madre. Antonet, él lo comprenderá, es mi mejor amigo.

— ¡No! No lo hará. La gente hace daño a lo que teme, y si descubren lo que puedes hacer, te dañarán.

— ¡Pues entonces no quiero este don!

— Yo tampoco lo quería, pero no puedes huir de él, siempre formará parte de ti, lo aceptes, o no. Y ese don condicionará tu vida para siempre. Aprende a utilizarlo, escúchalo, y vivirás una vida maravillosa.

— Madre. ¿Por qué padre no vive con nosotros? ¿Es por culpa de tu don?

— No.

— ¿Es por mi culpa? ¿Es por mi don?

— ¡Nunca vuelvas a pensar así! Tú padre te quiere más que a su vida, y le gustaría vivir con nosotros, pero aquí, en el pueblo, es complicado. Tenemos que darle tiempo. Pero nunca más vuelvas a pensar que tú tienes la culpa, ¿me oyes?

— Sí, madre.

— Piñonet...

— No me llames Piñonet, ya soy mayor, y Antonet cuando te oye se burla de mí con los demás niños.

— ¿Antonet? ¿El mismo Antonet que se hace pipí en la cama?

— ¡Mamá!

— Está bien, está bien. Solo te llamaré Piñonet cuando estemos a solas.

— ¿Me lo prometes?

— Sí, te lo prometo, Piñonet.

— ¡Mamá!

— ¿Qué? Ahora estamos solos.

— Bueno. Pero delante de mis amigos tienes que llamarme...

Santiago García

Santiago García observaba la espalda desnuda de su mujer, deleitándose con lo que veía. Su estilizada espalda se perdía entre las cálidas sábanas que mantenían una temperatura constante en su cuerpo, y en su deseo. Quiso acariciar con la yema del dedo la espalda desnuda de su mujer suavemente, bajando lentamente, deleitándose en el proceso, desde el hombro derecho, hasta el comienzo de su turgente trasero. Su pelo negro ondulado descansaba sobre su cara dándole un aspecto de lo más excitante. La oía respirar, y con cada exhalación que salía de su cálida boca, su propia respiración se alteraba y se volvía cada vez más cálida. Retiró las sábanas lentamente para no despertarla, su cuerpo perfecto exhalaba sensualidad por cada poro de su piel, tanta, que su deseo se materializó de nuevo aumentando la temperatura en el interior de la cama. Santiago comenzó a respirar entrecortadamente, los latidos del corazón latían en el interior de su oído aislando el mundo que había más allá de la cama. No quiso precipitar ni un solo segundo de aquel momento, deleitándose con cada imagen, con cada sensación, pero, cuando acercó su dedo tembloroso lentamente al hombro derecho de Sandra, vio el reflejo que emitía su teléfono, y la realidad se impuso una vez más. El teléfono estaba en silencio, pero su destello martilleaba escandalosamente ante los ojos de Santiago que veía como la llamada le arrebatava el momento con el que tanto se estaba deleitando. Sandra se movió, pero no se despertó, y Santiago tomó el teléfono entre sus manos y salió desnudo de la habitación para atender la llamada. Algo grave había pasado, porque le llamaban del cuartel. Entró a por su ropa y tapó de nuevo a su mujer sin despertarla, y se lamentó de lo que pudo haber sido, pero no fue. Salió de la habitación aun con la excitación latente que tuvo que introducir en su ropa interior no sin dificultad, una vez más, echando un vistazo a la cama y lamentándose de nuevo; momentos habría más tarde para saciar su deseo, pero ahora el deber le llamaba después de una noche de lo más ajetreada.

Una vez fuera de la habitación, desbloqueó el teléfono y llamó a su superior, una joven muy popular en el pueblo había desaparecido. Recordaba a la joven, la había visto salir esa misma noche del 20 conduciendo su propio coche. Su compañera y él, estaban parados al final de la carretera de grava que daba acceso a la finca, para vigilar que la fiesta acabara bien, como cada fin de semana. No habían pasado ni 24 horas, por lo cual, legalmente, la joven de 20 años, oficialmente, no estaba desaparecida, pero, si el teniente de guardia había considerado una prioridad avisar a todos los agentes que no estaban de servicio, por algo sería. Salió a la terraza apurando el café sólo que creaba un vaho en el ambiente de lo caliente que lo había preparado, para terminar de espabilarse y alejar la excitación que aún sentía en el interior de su pantalón. La nieve cubría todo el barrio del Safareig, el cielo era de un intenso azul, y no había niebla en el horizonte, desde su casa podía verse la silueta del castillo Santa Bárbara, y la Serra Grossa, el mar mediterráneo de fondo dibujaba un paisaje fantástico. Respiró hondo y notó el aroma dulce de las fábricas de su alrededor, en el Safareig aún se percibía el aroma dulzón del turrón que había impregnado años atrás todo el pueblo de Xixona. Apuró la taza de café, dio un último vistazo al navideño paisaje que contemplaba, y no pudo evitar preocuparse por la suerte de la joven desaparecida, algo en su interior le decía, que aquella historia, a pesar de la magia de la Navidad,

no iba a tener un buen final.

Todos los agentes disponibles se personaron en el cuartel. Aún no habían pasado 72 horas, por lo que la desaparición no era oficial, pero más de 200 vecinos se habían ofrecido voluntarios para buscar a la joven desaparecida. Los padres, y el novio de la joven, testificaron que, últimamente, la joven solía subir a menudo al Forat de la Peña a, según ella, 'purificarse'. Una comprobación rutinaria de la Guardia Civil había localizado su coche en una ruta senderista muy peligrosa y escarpada.

Todos los voluntarios, y los agentes disponibles, se personaron en la zona, coordinados por el Teniente de La Guardia Civil Gaspar González Armero. El teniente había conseguido un helicóptero de la unidad del aire del cuerpo para dar apoyo desde el cielo. Los voluntarios fueron situados en línea separados por unos cinco metros entre sí, y un deportista profesional que se encontraba en la zona se ofreció para usar su parapente en la búsqueda. La batida comenzó, y al poco tiempo de rastreo, apareció, bajando desde la sierra con las manos manchadas de tinta negra, Tuanet y su cabra.

— ¿Qué hace usted aquí? — preguntó un Guardia Civil.

— Yo también quiero ayudar. Dolly es muy buena rastreando.

— ¿De dónde has sacado esta prenda?

Tuanet llevaba en sus manos los pantalones de la joven que, tiznándolos de tinta negra, acercaba continuamente al hocico de la cabra.

— Su señoría. La he encontrado ahí arriba, y hay más ropa tirada por la nieve.

El sargento Santiago García dio orden a un compañero para que se llevara a Tuanet y a la cabra al cuartel, para ser interrogado, y se dirigió hacia donde este le había indicado. No tardó en hallar toda la ropa de la joven enredada entre la maleza de la zona cubierta de nieve. El sargento precintó la zona para no alterar las pruebas más de lo que ya lo había hecho Tuanet, pero a simple vista pudo verificar, que la joven se había despojado de todas sus prendas hasta quedar completamente desnuda.

La radio sonó en su hombro, y el sargento atendió el aviso, el cuerpo de la joven había sido hallado en la cima de la montaña sin vida.

Unas horas antes...

2

Fiorin

La familia de Fiorin había llegado de Rumanía hacía ya más de 15 años, y se habían instalado en Xixona donde habían sido bien acogidos por los jijonencos. La mayoría de ellos trabajaron en las fábricas, y otros en la construcción, pero Fiorin, cuando hubo ahorrado el suficiente dinero, montó su propio negocio, y abrió un bar en el centro del pueblo. En poco tiempo se hizo un hueco entre sus afables vecinos, y su mujer, Ruxandra, cediendo ante la demanda, aprendió a elaborar las Cocas fritas tradicionales de Xixona. Cocas Fritas son una comida típica de Xixona que se consume a la hora del almuerzo. Los martes, día del mercado, es típico quedar con amigos y almorzar unas Cocas fritas, que pueden ser de embutido: chorizo, butifarra, y demás, o de sardina o anchoa, con queso fresco, siempre acompañadas de una buena cerveza fría para mantener a raya la sal.

Con el tiempo, el bar de Fiorin se convirtió en el establecimiento que mejores Cocas fritas hacía del pueblo, sus mesas se llenaban a la hora de almorzar, él mismo trataba la sardina en salazón que servía en las Cocas, y tenía mucho éxito entre sus parroquianos. Los ingredientes que usaba no eran un misterio: medio kilo de harina, dos pastillas de levadura fresca, aceite de oliva, sal, agua. Pero la mano que elaboraba las Cocas, la mano de su mujer, era única. Ruxandra ponía la harina en un recipiente ancho y hondo para amasarla, le echaba sal, un chorrito de aceite de oliva y la levadura diluida en agua. Ruxandra iba amasando y añadiendo poco a poco agua, hasta que le quedaba una masa homogénea que no se le pegaba a los dedos. Una vez amasada, la tapaba con un trapo para que no le diera la luz, y la dejaba reposar media hora en un lugar no muy fresco para que la levadura fermentara adecuadamente. Una vez fermentada iba cogiendo bolitas de masa del tamaño de un puño, las estiraba y amasaba con un poquito de aceite sobre la superficie de la piedra para que no se le pegara, después las pinchaba con un tenedor y las freía en una sartén hasta que quedaban bien doradas; no era de extrañar que los vecinos llamaran con tiempo para reservar las Cocas del martes de Ruxandra.

Fiorin se llevaba bien con todo el pueblo, pero a Ruxandra, no le gustaba como miraba a la joven Aitana. No le gustaba que la joven coqueteara con su marido, y no le gustaba que la invitara de vez en cuando, y que no le cobrara el precio que valía su trabajo como a todos los demás. La joven se aprovechaba de él, y solía aparecer todos los martes, pero ese martes, Ruxandra, iba a darle una lección que no iba a olvidar. Amasó las Cocas como hacía cada mañana, ella nunca las reservaba, pero sabía que aparecería. Cogió una bola de masa y la estiró sobre la piedra, en el interior puso una cucaracha machacada, y puso las Cocas a freír en la sartén. No se había equivocado, la joven Aitana, acompañada por su inseparable prima, se sentó a la mesa y pidieron dos Cocas fritas de sardina y queso fresco, y dos cervezas. Fiorin volvió a bromear con ella, y a Ruxandra 'le dio malicia'. Sirvió la Coca con cucaracha en un plato, y la puso junto a una Coca

limpia, con la mala suerte de que su marido confundió la comanda y le sirvió la Coca con cucaracha a una funcionaria del ayuntamiento que almorzaba con varias de sus compañeras. Los gritos se oían hasta en la Plaza.

Por culpa de esa joven le había multado sanidad, ya nadie quería comer Cocas fritas en su bar, por eso su marido y sus hijos tenían que hacer extras en El 20, pero, esta Nochebuena, Ruxandra se había ofrecido como extra, y trabajaría junto a su marido, y dos de sus hijos, en la discoteca. Aitana se las iba a pagar todas juntas, nadie se reía de una rumana, nadie humillaba a Ruxandra.

La fiesta alcanzó su mayor apogeo, las carpas instaladas en la primera terraza estaban al límite de su aforo, y en las habitaciones, apenas daba tiempo a cambiar las sábanas de las camas. Ruxandra, se ofreció a ayudar a las camareras de pisos porque estaban superadas. El balancín de cojines azules había cedido de sus goznes, y Fiorin había ido a retirarlo antes de que los jóvenes se hicieran daño con los hierros. Muchas de las vasijas de barro griegas decoradas con óleos apagados, que decoraban la celosía blanca del murete que delimitaba la terraza de las dos casas, habían sido arrancadas de los pilares, y la varilla de hierro que las sostenía había quedado peligrosamente desprotegida. A falta de EPIS de protección, Fiorin improvisó con corcho taponés, o 'setas', que clavó en las varillas para que no se hirieran con ellas. La terraza inferior estaba cerrada, y la piscina, flanqueada por cuatro farolas curvas en sus cuatro esquinas, y varios columpios, seguía afortunadamente inviolada. Ruxandra siguió a Aitana en la distancia, la joven había pasado la noche con Marcos, su novio, pero el joven había bebido demasiado y se había sentado en un reservado del interior de una de las casas rústicas de ladrillo visto rojo, con su cuadrilla. Aprovechando el aturdimiento de su novio Aitana se escabulló con 'El conill', y ambos accedieron a una de las veinte habitaciones que había quedado libre. Ruxandra vio la oportunidad de vengarse y no la desaprovechó.

Sandra Olivares

Notó su ausencia al girarse en la cama, su espacio, cálido, con aroma a él, seguía ocupando un lugar privilegiado junto a ella. Llevaban varios años casados, y eran felices, aún recordaba, como si acabara de pasar, el día que lo conoció en el Maratón de Nueva York. A pesar de la cantidad de runners que se congregaban en la ciudad de los rascacielos, lo reconoció por la descripción que le había dado su amiga en la academia. Rubio con los ojos verdes, alto y atlético, con una sonrisa seductora, con una apariencia que fácilmente podría pasar desapercibida en Nueva York. Sandra le había pasado por encima literalmente, tirándole al asfalto; cuando extendió su mano para que la usara para incorporarse, él dudó, por un momento Sandra pensó que aquel chico no quería tocarla, pero entonces apareció esa sonrisa, una sonrisa capaz de desarmar todas sus defensas, de haberlas tenido, porque desde que su amiga había hablado por primera vez de aquel chico, no había conseguido sacárselo de la cabeza. Sabía que lo que hacía estaba mal, que su amiga se había enamorado del guapo Guardia Civil, pero, de algún modo, ella también se había enamorado por transferencia, sin haberlo visto. Por eso le propuso, cuando se enteraron de que Santiago correría la maratón de Nueva York, viajar hasta allí, y vivir esa experiencia; lo demás, todo lo que ocurrió hasta abalanzarse sobre él en la maratón, fue fruto del instinto y de la improvisación. Aquel día ganó el corazón del Guardia Civil, pero perdió la amistad de su mejor amiga, con quien había conectado desde el primer día que la vio sentada, a su lado, en la academia de policía. Pero sentía que a pesar de todo había valido la pena. Aquel día, desde el momento en el que se abalanzó sobre él, su amiga supo ver y entender, las intenciones que verdaderamente escondía. Su amiga abandonó la academia de policía, pero nunca renunció, nunca perdió la esperanza de vengarse de ella, y momentos había tenido y tendría para ponerlos a prueba a ambos, pero de momento, que ella supiera, su matrimonio resistía. Y ella ya se había ocupado de su antigua amiga.

Tuanet y Dolly

Juan Jeréz, había engañado a la seguridad social haciéndose pasar por loco. Todos los días se le veía pasear arriba y abajo por el pueblo con su cabra amaestrada a la que llamaba Dolly, como la oveja clonada en el año 1996, con la que vivía en casa de sus padres en el barrio de 'Les Casetes', muy cerca de la falda del Castell. Juanet bebía mucho, y solía entrar en los bares del pueblo con su cabra, lo que enfurecía a los dueños de los negocios que se veían impotentes ante la cabezonería de Juanet, que se empeñaba en entrar una y otra vez hasta salirse con la suya, excepto en el bar Ché que bó de Fiorin, quién solía prepararle su mesa de siempre y era amable con él y con su cabra. Nadie le fiaba, ni siquiera Fiorin, y Juanet gastaba más de lo que le ingresaban de paga, por eso era común en el barrio verle discutir con su padre cuando se negaba a darle más dinero. Uno de sus hermanos, Manuel, quien trabajaba en la granja del barrio del Safareig, había tratado de interponerse cuando Juanet daba, una vez más, una paliza a su padre por cuestiones de dinero y, Juanet, como represalia, le había quemado el coche en dos ocasiones cuando Manuel lo aparcaba muy cerca de su barrio. Su hermano no había querido denunciarlo, ¿de qué habría servido? Así que Juanet seguía dándole palizas a su padre un día sí, y otro también, hasta aquella tarde.

Aquella tarde de sábado Juanet había amenazado a su padre como de costumbre cuando se negaba a darle dinero:

— Voy a dormir la siesta, y cuando me levante, si no tengo el dinero, te mató. Tú verás.

El padre esperó a que se durmiera profundamente, cogió el hacha de cortar leña para la chimenea, y con mucho sigilo se introdujo en la habitación, la cabra le miró, pero no se quejó y mantuvo el silencio que acunaba el sueño de Juanet. El viejo cogió con fuerza el mango de madera del hacha con las dos manos, la alzó por encima de su cabeza, y le asestó un fuerte hachazo en la cabeza a su hijo mientras dormía. Después, tranquilamente, se limpió la sangre de la cara y las manos con un trapo, y fue a la cocina a beber un vaso de agua fría. Su mujer, Josefa, que estaba medio sorda, no se dio cuenta de nada mientras metía en agua las legumbres de la cena. Emegildo le acarició al pasar, y fue a la sala de estar a llamar a la policía para confesar su crimen. Cuando la ambulancia llegó, Juanet aún estaba vivo, pero ya no sería el mismo, esta vez no tendría que fingir su minusvalía. Emegildo se despidió de Josefa, quien se quedó con su hijo menor, Manuel, sin poder creer lo que su marido le había hecho a su otro hijo. Antes de salir de la casa, rodeada de vecinos que ya sabían lo que había ocurrido, se fijó en la foto que colgaba en la pared del salón, era una foto de Juanet, alto, bien plantado, con su pelo negro ensortijado y su ojos marrones, la imagen de un hombre seguro de sí mismo, un hombre, que se creía demasiado listo, pero que en realidad no lo era— Una pena— pensó Emegildo chasqueando la lengua mientras era conducido esposado al coche de la Guardia Civil.

En El 20

5

Ruxandra

La casa de caravista rojo, fachada blanca, con un pequeño balcón de hierro negro forjado, y un farolillo madrileño pintado de azul, vibraba a tanta intensidad con la música electrónica, que las tejas amarillas desgastadas, cubiertas de musgo, se soltaban de sus compañeras solapadas. La vieja casa estaba al máximo de su aforo, la calle falsa que separaba las casas, decorada en la fachada lateral con una virgen agrietada tras un cristal, estaba tan atestada de gente bailando bajo las carpas, que apenas se podía pasar de la casa pequeña, a la grande de las mosquiteras azules, sin perder años de vida en el proceso. La gente bailaba y se divertía, allí todos se conocían, pero algo ocurrió muy cerca de la piscina que reunió a muchos curiosos a su alrededor, haciendo casi imposible la misión de llegar hasta la barra para pedir otra consumición. Carlos Sirvent, el futuro heredero de Turrone La Marca, y dueño del 20, había abordado 'al Conill', y, a pesar de que no se oía nada, le gritaba amenazadoramente muy cerca de la oreja, mientras con el puño cerrado le aferraba de la camiseta con fuertes sacudidas que, para Marcos, quién veía la reyerta desde una distancia prudencial, le parecía que ambos contendientes se movían al ritmo de la música. El Conill se deshizo del brazo que le aferraba y, mandando a la mierda a Sirvent, siguió con la fiesta como si no pasara nada. Los amigos de Carlos trataron de calmarle, mientras que la cuadrilla del Conill le restaba importancia a lo sucedido mientras le animaba a repetir la hazaña de esa noche con otra joven. Un par de horas más tarde, El Conill entraba de la mano de otra joven del pueblo en otra de las habitaciones del 20.

Alejandro Fuster, conocido popularmente como: El Conill, porque estaba todo el día dándole que te pego, era un joven delgado de 1,70 de estatura, muy fibrado, de pelo rubio ensortijado y ojos azules. No parecía un jjonenco, su ascendencia francesa se había impuesto a su genética española con muy buenos resultados, al menos para las mujeres del pueblo. El Conill era un amante de la escalada, y aprovechaba cualquier momento para perderse por las montañas de Xixona. Le gustaba la fiesta con todas sus consecuencias, y, entre trabajo, fiesta, y escalada, poco tiempo tenía para pasarlo en su casa junto a su novia Paula. No era una persona polémica, ni problemática, sino todo lo contrario, a pesar de sus constantes devaneos amorosos era una persona retraída que hablaba solo lo justo, pero, si le buscabas, le encontrabas, en todos los aspectos, por eso se había ganado la fama de mujeriego. A Carlos ya lo conocía, era un niño malcriado que estaba acostumbrado a tenerlo todo, y cuando algo se le resistía, se enfurecía. Había tenido problemas, como su padre, con gran parte del pueblo, pero la mayoría de los jjonencos habían aprendido a convivir con sus excentricidades, y no le daban importancia a sus arranques de ira, siempre y cuando no fuera a mayores, entonces, si no les dejaba otra opción, le paraban los pies para bajarlo de su nube; pero no era algo que verdaderamente preocupara a los jjonencos en demasía, en general, sabían cómo llevarlo.

Carlos pasó muy cerca de Marcos hablando a grandes voces por el teléfono, y Marcos no pudo evitar oír parte de la conversación:

— ¡Quiero que lo hagáis esta noche! ¿OK? — y colgó dedicándole una mirada de desprecio a Marcos que esté no entendió, y, a empujones, consiguió abandonar las carpas en busca de su lujoso coche.

Marcos se preguntaba dónde estaría Aitana, hacía tiempo que la había perdido de vista; ella le había acompañado hasta el reservado, donde se encontraba la cuadrilla, y él, estaba tan perjudicado por el alcohol, que no se había dado cuenta de nada, y no recordaba qué había pasado con su novia. Sus amigos la habían visto muy cerca de la barra de la casa de las mosquiteras azules, bailando con sus amigas, y él, cuando pudo valerse por sí mismo había salido a buscarla, pero se había topado con el espectáculo entre Carlos y El Conill.

Una mano le aferró el hombro con fuerza por la espalda, cuando se dio, o más bien, le dieron la vuelta, se encontró cara a cara con Ruxandra, la 'rumana tetona' mujer de Fiorin. Ruxandra era un poco más baja que él, de grandes pechos que se aprisionaban, por dentro, en la camiseta ajustada que llevaba puesta con el logo del 20, por fuera, contra su propio cuerpo que apenas podía mantenerse en pie. Ruxandra era una mujer exuberante, o lo había sido hasta hacía muy poco tiempo, sus caderas, ahora anchas, su pelo negro, y ojos claros, habían encandilado a más de un jjonenco cuando llegaron al pueblo, pero, después de lo de la cucaracha, había cambiado, y había sacado su lado más arisco, y su carácter más combativo, sobretodo con Aitana.

— ¡Tengo que hablar contigo! ¡Y no te va a gustar lo que voy decirte! — le amenazó la rumana.

En algún momento del pasado...

TOC 4 Capítulo 3

— ¿Has visto que guapa es tu hermanita Piñonet?

— ¡Mamá! ¿Qué te he dicho de llamarme Piñonet?

— Pero ahora estamos solos.

— ¡Y qué! ¡Ya soy mayor!

— Si, sí, eres un hombretón.

— ¡Mamá!

— Vale, vale, ya no te llamaré más Piñonet, ahora te llamaré Peladilla.

— ¡Ja, ja! ¡No me gustan las peladillas! Me estropean los dientes, por eso cuando en la fábrica nos regalan peladillas o piñones, yo prefiero los piñones.

— Por eso, desde que eras un niño que se llenaba la boca de piñones de azúcar recién hechos te llamamos Piñonet.

— ¡Ya lo sé! Pero ya no como tantos.

— Eso es verdad, porque en las fábricas ya no os dan, pequeños gañanes.

— ¡Ja, ja! Yo no soy un gañán, el gañán es Antonet. Pero es que... están tan buenos.

Los dos arrancaron a reír de nuevo, pero esta vez Piñonet se puso serio.

— Mamá.

— Dime.

— ¿Por qué algunas personas del pueblo te llaman Súcubo?

El silencio se apoderó del momento, muchos segundos después, en un tiempo eterno, la madre respondió a Piñonet.

— Me llaman así porque me tienen miedo. Mi mejor amiga les ha contado mi secreto. Por eso tienes que ocultar tu don, recuerdas que te lo advertí, ¿lo recuerdas?

— Si.

— Pues ahora ya sabes por qué, y nunca lo olvides.

— No lo olvidaré mamá, nunca lo olvidaré.

—Muy bien Piñonet, siempre has sido un chico muy listo. Y no les hagas caso cuando oigas lo de Súcubo, no creo que sepan ni lo que significa esa palabra.

— ¿Qué es un Súcubo mamá?

— Un demonio medieval que adopta la forma femenina para seducir a los hombres y robarles su esencia vital, y su voluntad.

— ¡Tú no eres un Súcubo!

— ¿A qué no?

—No.

—Pues entonces que digan lo que quieran esos peladillas.

— ¡Ja, ja!

— ¡Ja, ja! —Anda, dale un beso a tu hermanita que mira cómo te mira. Se ha enamorado de ti Piñonet.

—Y yo de ella.

—Eso está bien.

7 y 8

Tomás Sirvent

Turrónes la Marca era una de las fábricas que más turrón exportaba al extranjero con denominación de origen. Tomás Sirvent la había heredado de su padre, Don Álvaro Sirvent, y este del suyo, Don Alfonso Sirvent, conocido en el pueblo como El rubio. Su hijo, Carlos Sirvent era el futuro heredero, pero, a diferencia de todos los demás, él nunca había trabajado en la fábrica. Carlos estaba acostumbrado a tener todo lo que se le antojaba, y cuando algo se le resistía, utilizaba todos los medios a su alcance, que eran muchos, para tenerlo al precio que fuera. No era guapo, apenas medía 1,65 metros, con el pelo negro como su madre, ojos marrones, unas cejas demasiado pobladas, y orejas de soplillo, que decoraba con dos pendientes de oro tipo aro. A los 18 años ya conducía un Mercedes SLK gris metalizado descapotable, y vestía ropa cara, que solía complementar con ostentosas joyas y relojes caros. Mujeres no le faltaban a su lado, mujeres dispuestas a aguantar, por su dinero, su carácter posesivo, y su egocentrismo. Pero a Carlos solo le interesaba una joven, la hija del Saboner, Aitana. Antonio, El Saboner, trabajaba en la fábrica de Tomás Sirvent, llevaba ahí desde siempre, y era un hombre trabajador que no creaba problemas. El Saboner era un hombre de campo, de familia de agricultores, que aún trabajaban la tierra del Través, y algunas tardes, y los fines de semana, ayudaba a su familia en los bancales.

Carlos cortejaba a la joven de 16 años, y su padre, por miedo a perder el trabajo, miraba hacia otro lado. Le hacía caros regalos, la invitaba a todo lo que la joven pedía, incluso llegó a subirle el sueldo al Saboner. Cuando cumplió los 17 años, Carlos le regaló un ciclomotor escúter marca Yamaha Jog, de color blanco. Su padre se opuso, pero la joven estaba entusiasmada con la moto y aceptó el regalo, y su noviazgo. Aitana era muy guapa, y llamaba la atención por donde iba. Era rubia, con el pelo largo a la altura de la cintura, los ojos verdes como esmeraldas, y unos labios carnosos y rojos como fresas de temporada. Era más alta que sus padres, 1,70 metros, y tenía un cuerpazo de escándalo. Todos los jóvenes median los vientos por ella, pero era Carlos Sirvent, quien, con la ayuda de su dinero, había logrado conquistarla. Carlos, como hacía con todo lo que tenía, la exhibía por todo el pueblo, pero no le gustaba que se relacionara con los demás jóvenes de su cuadrilla, que no veían con buenos ojos su presencia en el círculo de amigos de la joven. No tardó en ponerle la mano encima, y la joven, por miedo a que tomara represalias en la fábrica con su padre, se lo permitió. Después de la primera vez hubo una segunda, y una tercera, y ella callaba para no tener problemas, y El Saboner, como había hecho anteriormente, miró hacia otro lado.

Un día, su hermano tuvo un percance en el campo, y Antonio, viendo que el jefe estaba en su oficina, subió para pedir permiso para ausentarse una hora de su jornada laboral. Cuando subió los últimos peldaños de hierro, escuchó a una mujer gemir de placer dentro de la oficina, y blanco como la cera, se dio media vuelta y, sin hacer ruido, comenzó a bajar la escalera. A pesar del sudor frío que le caía por la espalda, no pudo resistir su curiosidad, y al mirar por la ventana que tenía tras de sí, con las cortinas de aluminio abiertas, vio a Tomás Sirvent viendo un video en su ordenador. Una sonrisa de alivio se formó en su cara y pensó: —El muy cerdo está viendo una

película porno.

Se iba a marchar, pero necesitaba el permiso, se lo había prometido a su hermano, él se ocuparía de todo hasta que saliera del hospital. Se acercó a la puerta y vio que estaba entreabierta, la voz de la mujer de la película llegaba ahora con mayor claridad, y le pareció familiar. El sudor frío volvió a resbalar, y la garganta se le empezó a secar. Abrió la puerta poco a poco, y vio la pantalla del ordenador, Tomás estaba de espaldas concentrado en el video, usando su mano derecha para manosearse la entrepierna, y no se dio cuenta de la incursión en su despacho del Saboner que, al ver a la mujer del video, se quedó de cartón piedra; era su hija Aitana. El video casero era una grabación íntima de la pareja teniendo sexo, pero lo peor era la cara de Aitana que, aunque no miraba directamente a la cámara, parecía intuir lo que estaba sucediendo, siempre lo intuía, desde que era muy pequeña. El Saboner apretó los dientes y, de espaldas, salió del despacho sin hacer ruido, Tomás seguía intensificando la fricción por dentro de su pantalón. Antonio bajó las escaleras, con la intención, una vez más, de mirar hacia otro lado, y al hacerlo literalmente, vio ese tablón de madera apoyado en la escalera. Lo cogió sin pensar en lo que hacía, no podía quitarse de la cabeza las imágenes pudendas de su hija; subió las escaleras lentamente sin que le importara el ruido que hacía, nadie parecía haber reparado en su presencia, y si desde la fábrica le veían, que le viesan, ya no le importaba. Abrió la puerta de un empujón, su hija seguía gimiendo en el ordenador; Tomás, alertado por el ruido, se giró, y al ver al Saboner con el madero, reaccionó, pero al tratar de huir de él, se puso de pie y los pantalones que tenía desabrochados, por el peso de la hebilla metálica del cinturón, se le cayeron, y tropezó con ellos. El Saboner descargó el primer golpe sobre las rodillas, y Tomás gritó de dolor. Antonio golpeaba una y otra vez con toda su fuerza, Tomás gritaba pidiendo socorro, y Aitana gemía en el ordenador, en otra grabación que parecía parte de una recopilación. El Saboner miraba el ordenador y descargaba su rabia, hasta que los operarios de la fábrica llegaron hasta él y lo redujeron a la fuerza.

Antonio fue despedido sin ninguna indemnización, pero Tomás no lo denunció. Quedó cojo, y a partir de ese día, un senegalés armado se convertiría en su sombra, un escolta que le acompañaba allá donde iba.

Aitana, viendo que ya no podía ser chantajeada, dejó a Carlos, quien intentó retenerla por todos los medios, incluso llegó a amenazar a la joven con hacer públicas las grabaciones, pero, ante la contra amenaza de denuncia de Aitana, Carlos, contra su voluntad, transigió, pero no dejaría de acosarla desde la distancia con la esperanza de vengarse de ella.

Isidro Gisbert

Las impresionantes llamas del incendio sorprendió a los jóvenes que, a altas horas de la madrugada, fumaban sus porros en la placeta de la Font a los pies del Castell, frente al aparcamiento del Barranquet de la Font. Varios de ellos grabaron el incendio con sus móviles sobre las 1.15 horas de la madrugada. Afortunadamente no hubo heridos, pero la grabación mostraba a dos desconocidos cargados con sendos bidones de gasolina.

El virulento incendio calcinó seis vehículos y afectó a otros tres que se hallaban aparcados enfrente a escasos metros en el parking del Barranquet, que colapsa con sus coches el taller de Isidro, conocido en el pueblo como: Isidrin, un hecho que había generado, y seguía generando, numerosas discusiones entre los vecinos, pues, aparcar en el aparcamiento público del Barranquet de la Font de Xixona era, más que difícil, un imposible, ya que las plazas siempre estaban ocupadas por los coches del taller.

Según los testigos presenciales, el fuego se inició a las 1.16 horas en una zona donde se encontraban cerca de 30 coches aparcados. La principal hipótesis es que el incendio fue provocado pues, los coches afectados eran todos coches del taller: dos vehículos de sustitución, y cuatro coches que estaban siendo reparados, que pertenecían a vecinos del pueblo. El incendio se originó en un Subaru blanco nácar que estaba siendo tuneado por el taller, que pertenecía a un joven conocido popularmente como: El Conill. Tras interrogar a los testigos, la Guardia Civil se hizo cargo de la investigación y decretó el secreto de sumario.

El incendio afectó, a pesar de la nieve que estaba cayendo, a nueve vehículos, de los cuales seis quedaron completamente calcinados. Los bomberos, que se desplazaron desde el parque de San Vicente del Raspeig hasta Xixona, para sofocar las llamas que amenazaban con extenderse por más coches y por el parque del Barranquet, se hicieron cargo de la situación, ya que los vecinos, el guarda forestal que vivía por esa zona, y la policía local, habían tratado de contener las llamas con extintores y agua de riego, pero fue un esfuerzo insuficiente, y fueron los bomberos los que finalmente consiguieron extinguir el incendio.

Isidrin, desesperado, lamentaba las pérdidas, pero, aunque no lo denunciaría, sospechaba quién podía estar detrás del incendio, pues había estado presente durante el enfrentamiento de Carlos Sirvent y El Conill, ocurrido la noche anterior en El 20.

Todo era culpa de esa chica, Aitana Mira, ella era la verdadera culpable de todo lo que había ocurrido. Aún recordaba los problemas que había tenido con su madre Asunción, y su mujer Susana, por haber fraccionado el pago de la reparación de su Volkswagen Golf. Ciertamente no le había cobrado lo que solía cobrar a los demás vecinos, y le había perdonado la última cuota, y, si ella no lo hubiese aireado por el pueblo, su mujer nunca se habría enterado de nada. Ese no era el agradecimiento que había imaginado Isidrin. Esa chica sabía utilizar a los hombres. La noche

anterior la había visto irse con El Conill a una de las habitaciones, y taparse la cabeza con la capucha de la chaqueta no le había servido de nada, todo el pueblo la conocía, los conocían, y sabían a qué iban. Más tarde la vio discutir con su novio, claramente borracho, en el parking del 20. Y ahora, esa mañana, la mañana de Navidad, con todo lo que se le venía encima, le habían pedido que se uniera a la búsqueda de Aitana. Esa chica se merecía lo que le había pasado, por su culpa habían quemado el coche del Conill, y ahora rezaba para que el seguro del taller se hiciera cargo del siniestro. Poco le había pasado para lo que se merecía. Si hubiera vivido hace veinte años, le habrían hecho lo mismo que le hicieron al Súcubo.

Paula Mira

Paula había salido de trabajar antes de lo que pensaba, estaba cansada de la guardia, pero tenía ganas de estar, aunque solo fuera por unas horas, con su novio. Cuando pasó por debajo del puente vio un vehículo acercarse, y se echó a un lado para dejarle pasar. Cuando el coche estaba a punto de rebasar su vehículo, reconoció a su prima, ambas se reconocieron. Aitana paró a su lado y se bajó del coche para abrazar a su prima.

—Lo siento, siento todo lo que te he hecho. No tengo perdón.

— ¿Qué has hecho!

— Tú sabes bien lo que he estado haciendo a tus espaldas. No merezco tu amistad.

— ¡Hija de puta! — le dijo Paula mientras alzaba la mano para descargarla sobre su prima—. Debería... matarte hija de puta. Siempre he estado a tu lado, siempre te he defendido, incluso cuando no lo merecías. Quería estar ciega, no ver lo que todo el mundo veía, quería... Que me quisieras.

— Siempre te he querido.

— ¡No! No te atrevas a mentirme. No esta vez. Si me hubieses querido no me habrías hecho...— Y rompió a llorar. Aitana intentó tocarla, pero ella se resistió.

— ¡Déjame! ¡No me toques! Esta vez no te vas a salir con la tuya, esta vez me las vas a pagar todas juntas— se subió en su coche, un KIA Sportage negro, y chirriando ruedas, se alejó de su prima y a punto estuvo de salirse de la carretera. Mientras se alejaba miró por el espejo retrovisor, y vio a su prima subirse en su coche.

Paula recordó aquel momento, el año pasado, cuando iban discutiendo en su viejo coche sobre esa misma cuestión. Ella no tuvo el valor necesario para acusarla directamente, y Aitana se evadía como siempre, sabía usar las palabras adecuadas para no tener que dar la cara, para no tener que asumir sus acciones, siempre esgrimía razones que te llegaban, era como si te leyera la mente. Siempre lo había hecho, desde niñas, y a ella no le había importado, pero cuando se trataba de su novio... Paula estaba tan enamorada de él. Cuando reunió el valor necesario para hacer frente a Aitana, el coche empezó a soltar humo, y tras el humo aparecieron las llamas, y la discusión no fue a mayores, pero el incendio que había ocasionado su coche sí.

Chencho Ibáñez

Las llamas del coche prendieron la pinaza, y las agujas de pino propagaron el incendio por gran parte de la sierra de Xixona y La Torre.

El fuego, que fue declarado en la noche del viernes sobre las 20 horas, originado en un vehículo que se averió en la carretera comarcal, se propagó de forma incontrolable durante toda la noche del viernes, y gran parte de la mañana del sábado.

Hasta el lugar se desplazaron cuatro vehículos de bomberos del parque situado en San Vicente del Raspeig, dos brigadas de la Generalitat, dos autobombas, y una avioneta antiincendios amarilla que despegó desde el aeródromo de Mutxamel la tarde del viernes. Los medios de los que disponía el guarda forestal de la zona: Chencho Ibáñez, que había aparecido momentos antes de que llegaran los bomberos, no funcionaban correctamente y no había podido impedir la propagación del fuego. El incendio se propagó hasta las afueras del municipio alicantino de Muro de Alcoy, y abrió focos por numerosos puntos en Ibi y Alcoy, que el cuerpo de bomberos, que aumentó sus efectivos a lo largo del día, finalmente consiguió extinguir. Afortunadamente no hubo que lamentar víctimas humanas.

Las autoridades iniciaron una exhaustiva investigación. Se había acusado al Guarda forestal de no estar en su puesto y, cuando finalmente apareció en su moto Yamaha de 1200 centímetros cúbicos del tipo Naked, el Guarda, no contaba con los medios adecuados para hacer frente al incendio desencadenado accidentalmente. El fuego llegó desde las afueras de Xixona hasta Muro de Alcoy, y se había originado en el coche en el que viajaban Paula Mira y Aitana Mira, vecinas del pueblo de Xixona.

Chencho Ibáñez fue denunciado por negligencia laboral, y a punto estuvo de acabar en la cárcel, pero finalmente pudo demostrar ante las autoridades que había actuado como correspondía, teniendo en cuenta los medios contraincendios que tenía a su alcance. Poco después, la alcaldía inició un plan de prevención para que no volviese a ocurrir una desgracia como la que había sucedido en la sierra de Xixona, y contrató los servicios de una empresa maderera para limpiar la sierra y habilitar nuevas franjas de contención corta incendios.

Las habladurías en un pueblo tan pequeño, en ocasiones, son el juicio más implacable al que se enfrenta el presunto culpable, porque, sea declarado culpable, o inocente, y pase el tiempo que pase, queda marcado por los rumores que mantienen viva la llama de la crítica, siendo juzgado por sucesos y acciones, reales o inventados, pero ambas razones igualmente destructivas e implacables. Para los jijonencos Chencho había estado a punto de ir a la cárcel, porque cuando se propagó el incendio él no estaba en su puesto de trabajo, estaba por ahí de 'parranda', y cuando apareció, las herramientas de las que disponía para frenar el incendio eran insuficientes y deficientes. Su apariencia: Pelo largo con rastas, con una calva tipo tonsura en la coronilla, una

barba muy poblada y descuidada a la altura del pecho, y un aspecto delgado y desaliñado a pesar de su altura y forma física, hacían que, para sus vecinos, su aspecto hippie encajara perfectamente con sus vicios, y con los prejuicios heredados de quienes le habían juzgado y sentenciado.

El incendio del coche de Paula le había marcado, e hiciera lo que hiciera en el pueblo, su profesionalidad, siempre estaría en tela de juicio.

La mañana de Navidad, Chencho, que conocía perfectamente la sierra jijonense, se unió sin descansar a la partida de voluntarios. Había estado luchando contra el fuego en aparcamiento del Barranquet junto a los bomberos, después tuvo que ocuparse de un asunto personal en la discoteca El 20, y más tarde evitó otro incendio más en el Safareig, y esta vez, sí había llegado a tiempo. Numerosos vecinos vieron su moto aparcada en el aparcamiento de la discoteca, aunque la mayoría, no vieron a Chencho en la fiesta.

En algún momento del pasado...

TOC 5 Capítulo 4

Marta y Fuensanta eran amigas desde la infancia, habían ido al mismo colegio, y vivido las mismas aventuras; eran como hermanas. Adoraban el pueblo, sus fábricas de turrón y almendra, sus bancales, las ruinas de su castillo y sus montañas. Siempre que podían despistar a sus padres cruzaban el puente y subían las cuestas del Través, camino hacia La Torre, y desde el desvío, contemplaban la mansión con su torre fortificada. Ese caserón de ensueño, con apariencia de castillo, con sus numerosas ventanas y sus arcos de piedra en la fachada, con sus tejas amarillentas a dos aguas, con su establo para las bestias, y un corral para los animales de granja. Franqueada por inmensos pinos que separaban la mansión de la casa para el servicio, rodeada de huertas y de una fuente natural con un inmenso cañaveral que teñía de verde el paisaje que se contemplaba desde sus ventanas. Ambas soñaban con vivir en esa casa, y fantaseaban con ocupar las habitaciones de arriba del torreón que desde la sierra del Través contemplaban. Marta quería la habitación superior izquierda, y Fuensanta la de la derecha, ambas se imaginaban asomándose a la ventana cuando su príncipe azul las reclamara.

Entre ellas dos no había secretos, y Marta le había confesado su don, y Fuensanta, maravillada por la habilidad de su amiga, había jurado proteger su secreto. Habiendo sido educada por sus padres desde su más tierna infancia, Marta, era reacia a usar su don, por miedo a ser descubierta y a sufrir las consecuencias de la ignorancia y el miedo, pero Fuensanta le animaba e insistía, y para contentar a su amiga, Marta cedía. Si Marta se concentraba al tocar a una persona podía ver sus pensamientos, y descubrir los secretos de sus vecinos divertía mucho a las dos jóvenes que usaban esa información privilegiada a su favor.

El tiempo pasó, y las niñas se convirtieron en dos hermosas mujercitas. Vestían igual, y se peinaban igual, tanto, que en el pueblo las llamaban las mellizas. Fuensanta era morena, de grandes pechos y caderas torneadas, con los ojos del color de la miel, en cambio Marta tenía el cabello castaño claro, ojos verdes como el agua del río, y labios carnosos y delicados, y un cuerpo, aunque no tan exuberante como el de su amiga, sí perfectamente proporcionado.

Las dos trabajaban en la fábrica de turrón La Marca, del señor Sirvent, y las dos se habían enamorado del mismo chico, que también trabajaba allí. Alto, moreno y delgado, con una sonrisa arrebatadora, y un porte elegante y cuidado, muy diferente a los demás chicos del pueblo, tan rudos, engreídos y descarados, hombres de campo. El joven Julián Graels había estudiado arquitectura en la capital, pero su familia, que poseía una empresa intermediaria de venta de todo tipo de almendra para las diferentes fábricas que trabajaban con ella: grandes, pequeñas troceadas, incluso vendían la piel de la almendra una vez hervida y sacada de su caparazón como alimento para los animales, y la cáscara como leña. La empresa funcionaba bien, y sus padres se hacían cargo de sus estudios y corrían con todos los gastos, hasta que un día, las empresas con las

que habían trabajado fuera del pueblo dejaron de comprarle, otro intermediario les había pisado el terreno abaratando los costes hasta tal punto, que no podían pagar por la almendra el precio demandado por los agricultores; estaban arruinados. Julián dejó los estudios y regresó al pueblo. Para apaliar las penurias familiares buscó trabajo en la construcción, pero al no hallarlo, pidió trabajo al señor Sirvent, antiguo cliente de su padre, en la fábrica de turrone La Marca.

Fuensanta, todos los días, le pedía a su amiga que tocara al joven Julián, para ver qué es lo que su mente anhelaba, cuáles eran sus gustos, y si ambas tenían con él alguna posibilidad, pero Marta se negaba, no le parecía honesto ni correcto. Tanto insistía Fuensanta que, al final, para no contrariar a su amiga cedió, y haciéndose la encontradiza en la fábrica, chocó contra el joven y lo tiró al suelo. El joven, aturdido, vio a Marta extender su mano para ayudarlo a levantarse y este se la estrechó. Más tarde Marta le contó a su amiga todo lo que había visto en la cabeza del chico, y Fuensanta, utilizando toda esa información, y a espaldas de su amiga, la usó para conquistar a Julián. Las dos amigas apenas se veían y cuando coincidían en la fábrica, Fuensanta evitaba que Marta la tocara. Las habladurías de los vecinos llegaron a las casas viejas del casco antiguo, y una tarde, no pudiendo soportarlo más, cuando estaban de guardia, Fuensanta no pudo evitar que Marta la sorprendiera y, gracias a su don, descubriera la traición que había tratado de ocultar su mejor amiga. Fuensanta, gracias a todo lo que le había contado Marta, estaba siendo cortejada por Julián con la bendición de sus padres; el joven había pedido su mano hacia apenas una semana. Marta miró a los ojos a su amiga, y esta, solo pudo sonreírle y encogerse de hombros.

En El 20

Paula entró en la casa de las mosquiteras azules, y vio a la cuadrilla de Alejandro, pero no había ni rastro de él. Salió lo más deprisa que pudo de la casa empujando a un sinnúmero de personas que dificultaba su paso, y más de un insulto o empujón tuvo que aguantar. Revisó la casa de ladrillo visto de color rojo, pero tampoco lo encontró. Sabía dónde estaba. Fue directa hacia las habitaciones del 20, pero cuando cruzó la calle, a la altura de la virgen, se topó con Alejandro que regresaba a la casa de las mosquiteras azules. Él se sorprendió, pero se alegró de verla, y parecía sincero, pero ella no le creyó y rechazó sus besos.

— ¡Tenemos que hablar! — le gritó al oído mientras tiraba de él hacia la zona cerrada de la piscina. El Conill la siguió sin rechistar, pero su cara cambió, en su mandíbula podía verse la tensión que trataba de controlar sin apenas conseguirlo.

Paula le gritó, le insultó, y le pegó, Alejandro no hizo nada por defenderse, pero la tensión que bullía en su interior se intensificó. Su silencio cabreó más a Paula que una confesión, y fuera de sí agarró a Alejandro del cuello de la camisa y, sin darse cuenta, le rompió el collar de cuero del que colgaba una concha blanca, un recuerdo familiar que tenía un valor sentimental para él. Paula dejó de golpearle y Alejandro recogió los pedazos de su vida, en forma de collar, miró con rabia a Paula, pero cuando iba a hablar, apareció Chéncho, el Guarda forestal.

— Alex, te han quemado el coche— le gritó el guarda para hacerse oír por encima de la música de la discoteca.

El Conill dejó a Paula plantada, y sin decir nada siguió a Chéncho hasta el aparcamiento del 20, se subió en su moto sin ponerse el casco, y el guarda aceleró a toda velocidad proyectando grava a su espalda. En el interior del coche de la Guardia Civil que estaba estacionado en la curva frente al arco de piedra de la entrada, Santiago y Marieta vieron salir la moto del guarda a gran velocidad con un pasajero sin casco que apenas pudieron reconocer. Marieta abrió la puerta del vehículo para detener al guarda, pero Santiago la detuvo:

— ¡Déjalos!

— ¿Pero...? Sargento, seguro que van borrachos, o puestos.

— Puede ser. Pero nosotros tenemos órdenes de vigilar El 20, y es lo que vamos a hacer, y a no ser que la cosa se desmadre más de la cuenta no intervendremos.

— ¿Y si causan un accidente?

—No lo harán. Seguro que su comportamiento tiene algo que ver con el incendio del Barranquet. El coche en el que se inició el incendio es el del Conill, y creo que sé cuál ha sido la causa, pero solo es una hipótesis.

—Aitana.

—Puede ser.

— ¿Cómo te has enterado tan rápido de los detalles del incendio?

—Tengo mis fuentes. Por ahora no comentes nada en el cuartel a ningún compañero, el inspector que está investigando el caso va a hacer pública, en los canales habituales, la teoría de que el coche del Conill ardió por un cortocircuito, o un fallo del motor. Así ganará tiempo mientras investiga la implicación de Carlos Sirvent en el incendio. Hay testigos que aseguran que, esta noche, Carlos ha amenazado al Conill en público.

— ¿Has descubierto todo eso durante tu ronda de inspección cuando has entrado en El 20 con la excusa de usar los servicios?

—Ya te he dicho que tengo mis fuentes.

—Algún día tendrás que confiar en mí.

—Algún día — respondió Santiago mientras subía el volumen de la radio.

Paula se había quedado sola, rodeada de gente, pero sola, al menos mentalmente. La gente seguía pasándose bien a su alrededor, y la música seguía sonando, pero ella se había aislado completamente. Había perdido a Alejandro, estaba segura de ello, y solo había un culpable. Como una autómatas anduvo sorteando a la gente hasta el aparcamiento del 20, muchos la saludaban al pasar, pero ella no reaccionaba, era como si nada ya importara. Se subió en su coche y supo que era lo que iba a hacer antes de que amaneciera, pero aún era pronto, y necesitaba emborracharse para poder hacerlo, así que abrió la guantera, cogió su monedero, y regresó a la fiesta.

Alejandro Fuster era un superviviente. Había luchado contra el cáncer durante años siendo apenas un niño, y cuando ya lo había superado, cuando lo había sepultado en el pasado, el cáncer se había reproducido. El médico, siendo optimista, le había dado como máximo dos años de vida. Por eso se había aficionado a la escalada, a la escalada, y a todas las mujeres del pueblo, estuviesen o no casadas. El tópico de que la vida es muy corta con él se había cumplido, y no quería perder un solo segundo de su vida con malos rollos, pero Aitana, esa zorra, lo había complicado todo. Paula lo sabía y miraba hacia otro lado, ella le gustaba, y de haber tenido más tiempo... seguramente no la habría hecho nada de todo aquello, pero no lo tenía.

Le gustaba follarse a Aitana, pero durante el último polvo había notado algo extraño, ese polvo no había sido igual que los demás. Cuando follaban ambos disfrutaban de la transgresión, de lo prohibido, estaban conectados, y compartían un acuerdo tácito, pero esta vez, esta vez era distinto, ella, de algún modo, había descubierto su secreto, podía verlo en sus ojos, y el sexo, una vez más, y por última vez, les había conectado rompiendo lo pactado. Ella quería sincerarse con Paula, se lo debía, pero a él, el mundo, el universo, Dios y la virgen santa, le debían una vida que no viviría, y por culpa de esa doble moral de Aitana se había complicado sus últimos meses de vida, y ahora, ese hijo de puta, otra vez por culpa de esa chica, le había quemado el coche, pero esta vez no se iba a salir con la suya, él no tenía nada más que perder, y esa noche se vengaría.

Fin de la guardia

Esa Nochebuena se hizo eterna, cuando llegó a su casa eran más de las cinco de la mañana. Sandra había pasado la noche con su familia en Mutxamel, pero ya estaba en casa, sus llaves reposaban sobre el plato decorativo que su madre le había traído de Santorini, Grecia, en su último crucero por el mediterráneo. Valentina y Marcial, sus suegros, se habían aficionado a los cruceros, especialmente a los que navegaban por el Mediterráneo, y de cada viaje traían un souvenir, tenía la casa repleta de ellos. No le molestaba, al contrario, de la decoración se ocupaba Sandra, tenía mucho mejor gusto que él.

Se desvistió en el baño de invitados para no despertar a Sandra, y se dio una ducha caliente, relajante, tonificadora, le hacía mucha falta tras la larga noche de guardia. Se puso el albornoz, recogió toda su ropa del suelo, no le gustaba el desorden, y llevó la ropa a la sala de la lavadora. Entró en la habitación sigilosamente, la tenue luz comenzaba a filtrarse entre las escasas rendijas de la persiana. Se quitó el albornoz y lo dejó delicadamente sobre el diván a los pies de la cama. Retiró cuidadosamente el plumón, y vio al trasluz el cuerpo escultural de Sandra, estaba desnuda bajo las sábanas, ambos lo estaban. Se introdujo en la calidez que desprendía su cuerpo, y se deleitó pensando en el polvo mañanero que uniría sus cuerpos, pues no quiso, por muchas ganas que tuviera, interrumpir su placentero sueño, además, a partir de mañana, no de mañana, sino de hoy, pues eran ya casi las seis de la mañana del día de Navidad, ambos comenzaban sus vacaciones, y habían pensado en viajar unos días a Nueva York, donde años atrás había comenzado su amor. Recordaba cómo Sandra extendía su mano hacia él, quién incrédulo ante la torpeza del corredor, se negaba a tomar su mano para incorporarse del suelo. Vio sus ojos, la risa nerviosa de su amiga que estaba justo detrás de ella, vio su seguridad, pero a la vez, intuyó algún tipo de culpabilidad, quizás por las formas que había utilizado para arrollarle en la maratón. Tomó su mano y se incorporó, y supo en aquel preciso instante que ella y su amiga habían viajado a Nueva York, no para correr la maratón, sino para conocerle. Sandra estaba en muy buena forma, e hizo mejor tiempo que él, Aitana completó la maratón algo más rezagada, pero la recompensa no era ganar, sino vivir la experiencia juntas. Juntas... Santiago se sentía culpable por lo que había sucedido meses atrás con Aitana. Él había bebido más de la cuenta, ambos lo habían hecho, y ella se aprovechó de su debilidad, y cuando la llevó a su casa, pues parecía incapaz de llegar hasta allí por sus propios medios, ella fingió estar indispuesta y se abalanzó sobre la puerta del aseo, momentos después Santiago oyó el agua de la ducha correr. Le preguntó repetidas veces si estaba bien a través de la puerta entornada, y al no recibir respuesta temió que le hubiese ocurrido algo grave, y entró, y ese fue su error. Aitana se mostraba totalmente desnuda ante sus ojos, completamente restablecida, enjabonándose el cuerpo más impresionante que había visto en su vida, y ella, en ese momento que palpitaba en su entrepierna, le sonrió con picardía, y Santiago, sin pensárselo dos veces se abalanzó sobre ella. Cientos de imágenes inundaron su mente, pero él las rechazó todas, y retirándose la ropa mojada precipitadamente sin parar de besarla, le dio la vuelta, le dobló ligeramente la espalda para que apoyará sus manos en la pared de azulejos blancos de enfrente, bajo el caño de agua del grifo de la ducha, y la penetró salvajemente. El agua

corría ininterrumpidamente, al igual que su pasión desenfrenada; él no pensaba, ella no pensaba, y sus cuerpos se fusionaron de muchas maneras distintas alcanzando un éxtasis que ninguno de los dos había experimentado nunca. Aitana tuvo varios orgasmos, y parecía insaciable, pero Santiago solo tuvo uno, y después de eyacular se sintió culpable, y las imágenes que hasta el momento había conseguido rechazar, se apoderaron de su voluntad.

Aquel día, el día en el que Sandra tenía guardia, Santiago cometió un error imperdonable, pero no podía tirar por tierra todo lo que había conseguido, no ganaba nada contándole la verdad a Sandra; él, era un hombre, solo era una víctima, y solo había un culpable. Una vez más alejó todos esos pensamientos de su cabeza, y cerró los ojos aguardando el momento en el que, unas horas después, su mujer y él unirían sus cuerpos, y en su imaginación no pudo impedir que, una vez más, se filtraran imágenes de Aitana en la ducha, y aunque las rechazó, su cuerpo ya había reaccionado a la estimulación.

La obsesión del Saboner

Antonio, desde que había sido despedido por Tomás Sirvent, se dedicaba a trabajar el campo junto a su familia. Trabajaba duro en los bancales del Través, y en los que había junto al embalse de agua en la zona del Safareig, pero a pesar de las horas que echaba en el campo apenas sacaba para comer. Su mujer, no había tenido más remedio que buscar otro trabajo en las cocinas del bar San Antoni, porque con el que tenía en la fábrica de turrón no ganaba suficiente dinero. Suerte habían tenido de que Tomás Sirvent no la hubiera despedido a ella también por lo que había pasado en la fábrica. Desde aquel día, desde el día que le dio la paliza de muerte a Tomás, no había podido quitarse de la cabeza las imágenes del vídeo de su hija. En realidad, no era su hija, y ella, a lo largo de los años, se lo había dejado claro:

— ¡Tú no tienes porqué mandarme! ¡Tú no eres mi padre! — le decía cuándo la reprendía delante de los demás niños del pueblo.

No era su hija, pero la había criado como tal desde que era un bebé, y si Aitana estaba viva era gracias a él. Pero no podía quitársela de la cabeza. A veces, la contemplaba a través del quicio de la puerta de su habitación cuando la dejaba entornada; la veía tumbada en su cama en ropa interior, sudada, soportando el calor del verano con la ventana abierta y un abanico en su mano. La deseaba, desde el momento en el que la vio en el ordenador la deseaba, y ella, de algún modo, lo sabía y no le importaba. Una noche, en la que su mujer tenía turno en el bar hasta la hora de cierre, vio a Aitana en su habitación, durmiendo en ropa interior, y no aguantó más aquel tormento. Entró sin hacer ruido en la habitación, y creyó que los latidos de su corazón desbocado despertarían a la chica. Se aproximó a la cama, y con mano temblorosa, la acercó lentamente hasta la zona abultada de la entrepierna de la joven. Dudó, y a punto estuvo de echarse atrás, pero el deseo le nublabla el juicio. Apoyó los dedos de su mano en su pubis, y comenzó a frotarlo lentamente por encima de su braga, arriba y abajo manteniendo la presión que, le pareció, que el interior de la chica se humedecía con el movimiento de sus caricias. Temblando, subió lentamente hasta la goma de la braga, y metió su mano áspera y callosa en el interior de la prenda buscando al tacto la hendidura que, esta vez, confirmó que debajo del pelo rizado estaba mojada. Introdujo un dedo en la vagina y lo movió con fricción, mientras con la otra mano se desabrochaba el pantalón liberando su descomunal pene. Sacó el dedo de la vagina y con ambas manos agarró la goma de la braga y comenzó a bajarla precipitadamente mientras, incapaz de contener la saliva en su boca, y respirando trabajosamente, la miraba a la cara buscando la confirmación de que ella también lo deseaba. La joven abrió los ojos de golpe y se sorprendió con lo que estaba sucediendo y, tratando de agarrar sus bragas que ya habían recorrido más de la mitad de sus piernas, intentó resistirse a él, pero cuando cogió aire para gritar, El Saboner le tapó la boca con una mano mientras con la otra, de un tirón, le arrancaba las bragas. Aitana se resistía desesperadamente, pero El Saboner era mucho más fuerte y estaba cegado por el deseo. Se subió encima de ella y la inmovilizó con su propio peso, Aitana lloraba y trataba de gritar, pero estaban los dos solos en la

casa. Con sus rodillas le separó las piernas, y con la mano que tenía libre dirigió su pene al interior de su vagina, y cuando notó la humedad de su interior en la punta de su pene, un fuerte golpe en la cabeza le arrebató la consciencia.

Su mujer se encontraba mal y había vuelto antes del bar, y al entrar en su casa intuyó que algo andaba mal. Sin tiempo para aclimatarse se dirigió a la habitación de su hija, y antes de entrar en ella vio lo que estaba sucediendo. Corrió a la cocina y cogió el rodillo de amasar la harina, volvió corriendo a la habitación y lo descargó con toda su fuerza en la cabeza del agresor que, para su sorpresa, era su marido Antonio.

Desde aquel día, no había vuelto a hablar con su hija, aunque le hubiese pedido perdón, ¿de qué serviría? Aitana se fue de la casa, y empezó una nueva vida, y él seguía viviendo con su mujer, pero solo convivían, porque desde aquel día no se dirigían la palabra. Ella no podía echarle de su casa, y tampoco podía dejarle, él sabía demasiado, así que, a pesar de todo, no le quedó más remedio que aguantarle, y aguantarse. De todos modos, hacía años que ya no le parecía atractiva, así que no le importaba la falta de cama. A lo largo de los años se había descuidado, parecía mucho mayor de lo que en realidad era; llevaba el pelo grasiento y enmarañado, con una raíz canosa que se extendía por toda su cabeza. Iba siempre encorvada por el duro trabajo, con el ojo derecho medio cerrado. Siempre vestía vestidos de vieja, y hacía años que no se pintaba ni las uñas de los pies. Vivía retraída en sí misma, y solo hablaba cuando le preguntaban, sobre todo en el trabajo. Lo que había sucedido con Aitana había destapado la realidad de esa casa, sabía que debería sentirse culpable por lo que había hecho, pero no lo estaba, solo lamentaba no haber tenido más tiempo para terminar lo que desde aquella funesta noche deseaba.

María Fornás

María Fornás, era hija del Capitán de la Guardia Civil Miguel Fornás, destinado a la comandancia de la Guardia Civil de San Vicente del Rapeig. Miguel no quería que su hija ejerciera en el pueblo donde vivía, era una norma fundamental en el cuerpo, pero, por otro lado, comprendía su decisión. María había crecido en el pueblo, y desde que competía a nivel nacional, no había mejor lugar para entrenar que Xixona. Cuando no estaba de servicio era habitual encontrarse con ella subiendo la Carrasqueta en bicicleta de montaña, subiendo o bajando a la carrera las escaleras del casco antiguo por la Plaza, por la placeta de la Font frente al Barranquet, o haciendo la ruta que rodea el Castell por detrás del Belén. Prácticamente era una deportista multidisciplinaria, y había escalado todas las montañas que rodeaban el término de Xixona, incluido el Cabeçó d'Or. En las simas del Marqués, había descendido con cuerda por la vieja gruta que el Marqués había mandado excavar en busca de la veta de oro que hizo rico al hortelano que, según la tradición popular, se había hecho millonario tras escarbar en la cima de la montaña. Pero el Marqués no halló ni rastro del oro, y contaba la leyenda que se arruinó buscándolo, pues empleó a un gran número de peones en las excavaciones. Los vestigios de esa historia seguían en pie en las simas del Marqués, y eran muchos los senderistas que se habían aventurado en la gruta sin conocimientos de espeleología, y visitado las ruinas de las construcciones que levantó el Marqués en la cima de la montaña, para buscar el oro que había originado la leyenda. Pero no era la única leyenda del Cabeçó que hablada de tesoros escondidos. Por los alrededores de la montaña se contaba la leyenda del oro escondido por el moro Ali, que vivía en Busot junto a su hija, que ocultó, ante la inminente reconquista cristiana, su oro en las Cuevas de Canalobre. Pero la historia de los tesoros escondidos por el moro Ali no motivaba a nadie, pues iba adosada a otra leyenda, cierto que poco arraigada, que atribuía el nombre de la montaña a la mala traducción del vocablo Oro que no hacía referencia al noble mineral, sino al agua. Los árabes habían mantenido la palabra íbera Ur con la que llamaban a aquella tierra, ya que en el interior de la montaña fluía el agua, y la conservaron. Después, tras la reconquista cristiana y la similitud de la palabra Ur con Or, oro en valenciano, confundieron el significado, y los árabes, tras ser derrotados y humillados por los cristianos, se burlaban de ellos tachándoles de ignorantes, por confundir Ur: agua, con Or: oro.

Pero la verdadera riqueza de la montaña para María estaba en sus grandes paredes verticales, en sus cientos de vías de escalada con diferentes grutas, como las simas del Marqués, o la de la Campana, las cuevas de la Granota, y las famosas Cuevas del Canelobre, donde hacían numerosos conciertos por su perfecta acústica. La cima del Cabeçó está situada a más de 1200 metros sobre el nivel del mar, y desde allí, cada vez que María subía, no podía evitar recrearse con sus vistas.

La primera vez que María subió al Cabeçó, lo hizo acompañada por El Conill y ambos, después de poner los anclajes de seguridad en la pared vertical, habían descendido por la gruta hasta que el descenso se hizo demasiado peligroso para continuar. Entre María y Alejandro había filin, pero

ella nunca tendría una relación con alguien del pueblo, y mucho menos, con un 'Picaflor' como El Conill, pero tenía que reconocer que le caía muy bien.

Marieta, pues así la conocían los jjonencos, había sido subcampeona de Taekwondo de España, y era muy querida por la gente del pueblo, pero, cuando se ponía el uniforme, era 'La sargento'.

Marieta y Aitana no se llevaban bien, nunca se habían soportado, ni siquiera de niñas, ella tenía con los chicos una autoridad que no se había ganado, especialmente con Alejandro, y eso le molestaba. Aitana no entendía la animadversión de María hacia ella, y aunque había puesto todo de su parte, al final, habían terminado enemistándose.

En muchas ocasiones había sancionado a Aitana y a Paula, su prima, pues, aunque no tenía nada contra ella, siempre iban juntas y se tapaban mutuamente. Habían sido pequeñas denuncias: por circular con una tasa de alcohol superior a la permitida, por tener una bombilla fundida, por pertenencia de sustancias estupefacientes,; nada importante, pero su fijación con Aitana había desencadenado un rumor en el pueblo, y ella y su prima se habían encargado de propagarlo, de desprestigiar la imagen de respeto que ella se había ganado por su profesionalidad, y compitiendo en el gimnasio, sustituyendo el respeto de sus vecinos por un vulgar mote: La sargento. Ahora entendía a su padre:

—Nunca impongas la ley a aquellos con los que convives.

Pero ella no había dicho su última palabra, no iba a dejar que se salieran con la suya, no iba a pedir el traslado por esa insignificante chica y su prima; ni pensarlo. Por eso la habían destinado con Santiago, porque él venía de fuera, de Granada, y al ser 'forastero' los jjonencos le respetaban. Pero ella sabía cómo recuperar su antigua vida, sabía cómo recuperar el respeto que antes de enfrentarse a Aitana tenía.

El Fardacho

Juan José: 'El Fardacho', era un niño avejentado. Había sufrido los excesos de las drogas de diseño de los 90, y su mente se había quedado en esa época. Era un hombre de cuarenta años con una mente de 17. Su cuerpo tampoco había madurado del todo, era el eterno adolescente, solo las arrugas de su cara, y la franja canosa que partía su flequillo, delataban su verdadera edad. Joselín hacía años que no trabajaba, desde que había sufrido el accidente en la fábrica de turrón. Estaba cocinando azúcar cuando un pegote saltó de la cuba de hierro con vapor por dentro, que movía el azúcar hirviendo con unas palas que iban moviendo la mezcla. La Cuba conocida como: Mecánica, a Joselín le parecía medio huevo de hierro con dos aspas interiores donde se meneaba la mezcla de azúcar, que también podía ser de almendra. Cuando estaba trabajando con la Mecánica, muy cerca de él, los fuertes golpes de los Boixos que machacaban la mezcla le sobresaltaban. En una fábrica de turrón oír el fuerte golpe de los Boixos, era tan típico, como oler el dulce olor a turrón y almendra tostada.

Los Boixos, Boixets, o Boixetes, porque cada uno los llamaba de una forma, eran una máquina con una especie de media rueda unida a un hierro, que hacía de mortero machacando la mezcla de azúcar o almendra. Cuando la media rueda giraba, saltaba, y el hierro caía machacando la mezcla dentro de la máquina haciendo ese ruido tan particular y característico. Sucedió que, al mismo tiempo que los Boixos golpearon, saltó de la Mecánica en la que estaba trabajando Joselín, un pegote de azúcar hirviendo que le cayó en un lado de la cara cubriendo gran parte de ella, y la oreja izquierda. Del accidente quedó desfigurado y perdió la oreja, pero, a cambio, recibió una buena indemnización y una paga para toda la vida. Joselín era muy sociable, y solía 'charrar' con cualquiera que le prestase suficiente atención. Ya no se drogaba, al menos habitualmente, de todos modos, como solía decir él, aún le duraba el ciego de la última vez, y habían pasado más de veinte años desde la última vez que se había drogado a lo bestia; pero sí fumaba porros, siempre que algún alma cándida le invitaba a unas caladas. En el pueblo le llamaban: El Fardacho, y era habitual verlo siempre con la camiseta del Atlético de Madrid con el número y el nombre de Simeone. El Fardacho vivía en el casco antiguo con su madre, justo detrás del Casino, en la calle Mare de Déu del l'Orito, la antigua calle en la que habían estado todos los comercios del pueblo. Cuando era niño, veía a la gente bajar del Mercado de abastos, y pasar por los comercios de su calle para seguir haciendo la compra hasta acabar en la horchatería tomándose el mejor helado artesano del mundo, que solo podías comer en Xixona. Ahora, el pueblo había crecido demasiado, y había más gente en el otro lado, por eso los comercios de su calle habían cerrado, o se habían trasladado, dejando una calle vacía, vieja, muerta. Joselín no solía alejarse de su barrio, cuando no estaba en el balcón de su casa fumando el tabaco liado que su madre le traía del estanco, estaba persiguiendo a Aitana, 'su novia'. A la chica le parecía gracioso, y le seguía el juego, así que, cuando se encontraban por el pueblo, el uno se dirigía al otro como: novios.

La noche de Nochebuena, El Fardacho trató de colarse en el 20 saltando el murete de la carretera, por debajo de la piscina, pero fue descubierto por Fiorin, y lo echaron fuera con una sonrisa. Cabizbajo, volvió por donde había venido, pero al pasar por debajo del puente, se escondió en un lado de la carretera, y vio como su novia, y la prima de esta, discutían con las puertas de los coches abiertas. El Fardacho se agachó, y arrastrándose por el suelo llegó hasta el coche de su novia, y aprovechando la discusión y el desconcierto, se coló dentro. Cogió el chaquetón de plumas de la chica, que estaba en el asiento trasero, y se acurrucó en el hueco de la parte de atrás del asiento del acompañante, y se tapó con el chaquetón cubriéndose hasta las piernas; era tan poca cosa, que la chica, si no miraba detrás, y él no hacía ruido, no notaría que El Fardacho viajaba con ella.

Daniel Graels

Cuando la policía llegó a su casa con una orden de registro y encontró su pequeño alijo en un hueco del falso techo, y le requisó las diez plantas que tenía en su terracita, supo, que detrás de ese chivatazo se encontraba La Sargento. Llevaba tiempo queriendo joder a Aitana, pero como no había logrado nada más que incordiarla, La Sargento había cambiado de estrategia. Cuando Daniel hizo el Servicio militar obligatorio aprendió, que había muchas formas de joderle, y la más efectiva de todas, era ponerte en contra de tu propia cuadrilla. La Sargento había utilizado una estrategia que, seguramente, le había enseñado su papá El Capitán de los cojones, y estaba cerrando el círculo en torno a su presa. Daniel era un daño colateral, pero por culpa de Aitana estaba bien jodido e iba a pasar algunos años a la sombra.

Desde que sus padres se arruinaron, y su hermano murió hacía ya veinte años en un incendio en la casa del casco antiguo que estaba reformando, Daniel había sobrevivido con algunos de los clientes que se habían mantenido fieles a su padre. Ser un intermediario en la venta de almendra no le daba para mucho, por eso, para sobrevivir, había tenido que ampliar el negocio, al fin y al cabo, seguía siendo un intermediario, aunque había ampliado el catálogo. El menudeo no era peligroso. Todo el pueblo sabía lo que vendía y nunca había tenido problemas con la policía; él la respetaba, y ellos le dejaban hacer y no le molestaban, hasta que había jugueteado con Aitana. La joven no tenía freno, hacía lo que quería sin pensar en las consecuencias, sabía jugar con la mente de un hombre, y había jugado con la suya. Él se había enrollado en muchas ocasiones con ella y su prima, vendiéndole buen género a precio de saldo, con ellas apenas ganaba, pero tenía la esperanza de que Aitana le devolviera el favor, porque su prima no le interesaba, estaba con El Conill, y era un tío legal. Llevaba muchos años en el negocio, ya tenía el pelo blanco y el culo 'pelao', como decía Luis Aragonés: El seleccionador de la Selección Española de fútbol, pero había incumplido una norma fundamental, no consumas tu propio género, y dónde tengas la olla no metas la polla. Técnicamente no había conseguido meter la polla, pero si había invertido su género para tratar de hacerlo. El negocio es el negocio, y no hay que mezclar conceptos, pero él, seducido por la belleza y el descaro de la joven, lo había hecho. Sus padres lo perdieron todo, y tras la muerte de Julián habían envejecido a pasos agigantados, lo único que les quedaba de ellos era esa casa, y los recuerdos; la casa seguramente la perdería, y los recuerdos, los recuerdos le acompañarían en sus largas noches de encierro. Su vida como la conocía se había acabado, y a su edad, empezar de nuevo, se le hacía demasiado cuesta arriba, pero, ¿tenía otra opción? La tenía.

Solo un policía lo custodiaba, y era un policía del pueblo con el que había jugado de pequeño, Andresito. El policía había crecido, y ya tenía el pelo blanco, pero en el pueblo seguían llamándole por el mismo nombre de antaño. Como no había dado problemas, ni ofrecido resistencia, y además, Andresito le conocía, no le habían esposado, y el policía parecía relajado. Si saltaba por la ventana y no se rompía una pierna, podía huir y esconderse en el túnel del castillo que él conocía, en el sótano de la casa vieja apuntalada. Después, huiría atravesando las montañas por una ruta que él conocía por el Forat de la Peña, y con el dinero que había enterrado en el túnel, podía empezar una vida nueva en Latinoamérica.

Cuando era un niño, Julián había encontrado un túnel que iba desde la falda del Castell hasta el sótano de esa vieja casa del casco antiguo. Durante días estuvieron buscando el tesoro que había escondido el rey moro, señor del Castell, en esa casa, pero el tesoro, al igual que el rey moro, sólo existía en la imaginación de los dos hermanos. En sus excavaciones encontraron trozos de vasijas de arcilla y huesos humanos, y Julián, durante aquella aventura, descubrió su verdadera vocación, él quería estudiar arquitectura para devolver el Castell a todo su antiguo esplendor, y Daniel le ayudaría. Pero su hermano no reconstruyó el castillo por culpa de una mujer, y él, por el mismo motivo, había cometido el error de su vida, un error, que si salía de esta, iba a enmendar para siempre.

Cuando Daniel se preguntaba mentalmente ¿cómo sabía la policía donde buscar?, el falso techo se vino abajo, y uno de los policías que se había subido en una de sus viejas sillas para buscar escondites en el techo, trató de impulsarse para mirar dentro del hueco que ya había hecho, y cayó de espaldas con parte del techo que se había desprendido de sus puntos de anclaje llamados: Churros. El policía que le custodiaba se despistó preocupado por el estado de sus compañeros, y Daniel aprovechó la distracción para empujar a Andresito y saltar por la ventana. Tuvo suerte con la caída, y antes de que los policías salieran de la casa, ya se había metido en la casa vieja forzando la puerta, como tantas veces habían hecho su hermano y él en el pasado, con la vieja llave de hierro tipo armario, que él, tras la muerte de su hermano, había conservado. El túnel estaba escondido detrás de una tapadera hecha de la misma piedra de la casa, que encajaba en el hueco disimulando la entrada. La tapa la había hecho Julián, y era uno de sus primeros trabajos de arquitectura. Su hermano tenía un talento especial, pero la vida era cruel e injusta.

La policía entró en la casa, Daniel escuchó el nerviosismo de sus pisadas. Movieron muebles carcomidos y trastos viejos, pero no encontraron la entrada. La primera parte de su plan se había cumplido, ahora tenía que esperar para que se hiciese de noche para completar la otra parte de su plan, y esa noche, por coincidencias del destino era Nochebuena, la víspera de Navidad.

Miguel Fornás

El capitán confiaba en su hija, sabía que podía valerse por sí misma, lo había demostrado con creces desde que era solo una niña. Ella era muy capaz de controlar la situación, pero él, por encima de su rango, era su padre. No iba a intervenir entre ella y su objetivo, Aitana se la dejaba a ella, iba a poner en práctica una estrategia de manual que no enseñaban en las academias de policía.

Alquiló un coche en la empresa AVIS del aeropuerto, un Opel corsa color burdeos. Esperó a que su objetivo apareciera, y no le defraudó, como cada día, bajó la cuesta del carrer de la Vila, y cruzó la carretera para andar por la acera de la antigua fábrica de La onza de oro. Puso en marcha el coche y lo situó paralelo a su objetivo.

— ¡Sube al coche!

—No. Su señoría, me gusta caminar y he quedado con la cuadrilla.

—Tú no tienes cuadrilla, y para pasear hacen falta piernas.

El capitán detuvo el vehículo, y El Fardacho abrió la puerta y se sentó a su lado. El coche aceleró y se detuvo en el semáforo.

—Me vas a decir quien os vende la mierda que os metéis, y dónde la tiene.

—Yo no sé nada su señoría. Hace muchos años que no me drogo. Me drogaba en los 90, pero la droga de entonces era tan fuerte, que aún me duran los efectos.

El Fardacho comenzó a reír, pero al ver que el capitán no reía, volvió a ponerse serio.

—Mira, ‘Caraquemada’, a ver si me oyes claro por la oreja que te queda. O me dices lo que quiero saber, o yo mismo te arrancaré esa oreja con los alicates que tengo en la caja de herramientas del maletero. ¿Estamos?

—Estamos— respondió El Fardacho.

El coche giró a la derecha y siguió la carretera hasta el siguiente semáforo, pero al no girar de nuevo a la derecha por el semáforo intermitente en ámbar, en dirección al cuartel de la Guardia Civil, El Fardacho se extrañó:

— ¿No vamos al cuartel?

—Tú has subido muchas veces al Castillo, verdad Caraquemada.

—Sí. Desde que era un niño. Pero ahí no hay más que piedras viejas para ver.

—No estoy de acuerdo contigo Caraquemada, el castillo de Xixona, tiene las mejores vistas de la

gente del pueblo.

17 y 18

Asunción y Susana

Dicen que la historia se repite, primero como drama, después como comedia. No sabía quién le había dicho, ni cuando, ni donde lo había leído, pero, Asunción Garrigós sabía que la historia se estaba repitiendo de nuevo, pero no como comedia, sino, una vez más, como drama. Lo había visto en los ojos de su nuera Susana, lo mismos ojos que había visto aquella noche de hacía veinte años en Fuensanta. Susana había hecho la vista gorda a los escarceos amorosos de Isidrin, no le importaba, mientras lo hiciera a escondidas y ella no se enterara. Pero con esa chica no, le daban igual todas las demás, pero no con Aitana. Susana siempre había envidiado a Aitana, su físico, su seguridad, su carácter, y había intentado por todos los medios convertirse en su amiga, pero Aitana una y otra vez, y sin razón aparente, la rechazaba. Al principio, cuando eran niñas, se llevaban bien, iban al mismo colegio y coincidían en el recreo, y Aitana era muy simpática con ella, hasta que un día Aitana la tocó. La niña supo que algo había cambiado por la expresión de la cara de Aitana, parecía asustada, confusa. Echó a correr y nunca más volvieron a estar juntas en el recreo, ni en ningún lugar del pueblo, pues desde ese día Aitana la evitaba. Cuando se hicieron mayores fue aún peor, pues no sólo la evitaba, Aitana la rechazaba públicamente, y hacía que los demás también la rechazaran. La autoestima de Susana se resintió mucho por aquel trato injusto, y como sus padres tenían dinero, se operó los pechos y retocó sus labios. Con Aitana y su cuadrilla nada cambió, pero algunos de los chicos del pueblo ahora la veían con otros ojos, especialmente Isidrin.

Isidro era un buen mecánico, como su padre, honrado y muy trabajador, pero como la mayoría de hombres pensaba con el pene, y cuando se le ponía dura, la sangre no le llegaba a la cabeza. Asunción estaba segura de que su hijo no había tenido nada con Aitana, no porque él no quisiera, sino porque ella había jugado con él como jugaba con gran parte de los hombres del pueblo, un juego demasiado peligroso, sobre todo, para aquellos que, como Asunción, compartían un oscuro secreto.

TOC 6 *Capítulo 5*

No buscaban que pasara, pero pasó igualmente. Julián había reformado la casa vieja de los padres de Fuensanta, restaurando la vivienda para dejarla muy similar a la original que, mucho tiempo atrás, se había construido con piedras extraídas de las ruinas del castillo. Era un verdadero trabajo de restauración, que hizo con diligencia y buen gusto. Julián, aunque no había terminado sus estudios de arquitectura, se había convertido en un albañil experimentado, y no eran pocas las viviendas antiguas del pueblo que había restaurado y reformado, ganando fama entre los jijonencos. Marta solía encontrarse con él muy a menudo, pues Xixona es un pueblo pequeño donde todos se conocen, y aunque Fuensanta trataba de impedir aquellos encuentros por miedo a que Marta utilizara su don con su marido, Julián, que no entendía la obsesión de Fuensanta con su mejor amiga, y esa extraña enemistad injustificada, cada vez que se encontraba con Marta, se mostraba agradable y servicial estuviese o no Fuensanta. Marta no podía ignorar el brillo de sus ojos cuando la veía, pero no podía contarle la verdad, eso implicaría tener que confesarle su don, y él no lo entendería y, además, se expondría peligrosamente a los prejuicios de sus vecinos. Los encuentros aumentaron, y la simpatía y amabilidad de ambos dio paso a un cortejo involuntario. Las miradas hablaban cada vez más alto, y sus caras, cada vez que estaban juntos, eran incapaces de contener el sentimiento que trataban de disimular con el disfraz de la normalidad. Cada día, el sentimiento que albergaban en el interior el uno por el otro, se hacía cada vez más fuerte y poderoso, hasta que un día pasó lo que tenía que pasar, y Marta, incapaz de poner freno a la situación que deseaba, y había deseado tanto en el pasado, se dejó besar por Julián, y al unir sus labios ocurrió algo que no habían experimentado jamás. Marta, si se concentraba, podía ver lo que pensaba una persona cuando la tocaba, pero nunca le había pasado algo similar a lo que estaba experimentando con Julián. Sin saber cómo, ni por qué, la mente de Julián se conectó con la de Marta, y él pudo ver, como lo había engañado Fuensanta.

Julián quería dejar a Fuensanta, empezar una nueva vida junto a Marta, pero ella no se lo permitió. No podía dejarla, Marta le explicó todo lo referente a su don, y lo que había visto en Fuensanta tantas veces como la tocó. Sabía que, si la dejaba, Fuensanta desvelaría su secreto, y no podrían vivir en paz, jamás. A Julián no le importaba, vivirían en otro lugar, en Alicante, o quizás en la capital, él había estudiado allí y conocía la ciudad. Esa era la solución, fugarse los dos e irse a vivir a Madrid. Marta se entristeció, le conmovía el ímpetu de Julián, y agradecía su amor, pero Marta sabía lo que había visto en Fuensanta, sabía que no había distancia capaz de impedir que su mejor amiga cumpliera sus amenazas. Su don le permitía ver los pensamientos de los demás cuando los tocaba, pero también podía ver un futuro alternativo, y rara vez se equivocaba. Lo que le había pasado con Julián era tan excepcional, no había visto lo que pensaba como cuando lo tocó en el pasado para saber lo que deseaba, esta vez, sus sentimientos y los de él se habían sincronizado para potenciar su don y llevarlo más allá de su control. Al unir sus labios y sus sentimientos, Julián había visto la mente de Marta, o quizás Marta había introducido sus pensamientos en la mente de Julián, no estaba segura de lo que realmente había ocurrido, pero sabía que su don iba más allá de lo que siempre había creído.

Marta, por el bien de los dos, trató de romper la relación antes de que empezara; en un pueblo como Xixona era imposible esconder lo que uno sentía por el otro, y los rumores acabarían llegando a Fuensanta, y ella los destruiría, estaba completamente segura de ello, pero, como el amor no se puede controlar, al final pasó lo que tenía que pasar.

Marta vivía en la casa que había pertenecido a su abuela, en el barrio de Les Casetes, en el casco antiguo, pegada a la falda de la montaña. Desde el acceso al castillo, si te asomabas al muro para contemplar el pueblo desde el Castell, podías ver su viejo tejado amarillento y enmohecido. Julián, con la excusa de la reforma y restauración de la casa, pasaba muchas horas con Marta, y esas horas dieron su fruto, y Marta quedó embarazada.

Con el tiempo, y al ver que Fuensanta lo sospechaba, pero no hacía nada, Marta y Julián se relajaron y empezaron a formalizar la doble relación. Julián había noches que las pasaba con Marta en su casa, y Fuensanta, y todo el pueblo, tenían conocimiento de lo que estaba ocurriendo. La antigua cuadrilla de Marta y Fuensanta había elegido, y evitaban a Marta cuando se encontraban con ella por el pueblo, o los martes, en el mercado; pero a ella no le importaba, era el precio que tenía que pagar por tener a su lado, aunque fuese a tiempo parcial, a la persona más maravillosa que había conocido en su vida. Fuensanta, por mucho que forzaba a Julián con amenazas, no conseguía quedarse embarazada, sin embargo, Marta, pocos años después de traer a su primer hijo al mundo, se quedó embarazada de nuevo, y esa fue la gota que colmó el vaso y Fuensanta cumplió lo que Marta había pronosticado.

Fuensanta contó el secreto de Marta a la cuadrilla, y describió como, tocando a las personas, Marta hacía con los hombres lo que quería. Acusó a Marta de haber seducido a su Julián, lo mismo que había hecho en el pasado con todos los hombres de la cuadrilla que ahora estaban casados con sus amigas. Ninguno contradijo a Fuensanta, y bajando la mirada al suelo le dieron la razón; no eran ellos mismos, esa bruja les había robado la voluntad y la razón, como al pobre Julián.

— ¡Es un Súcubo! — gritó Fuensanta, y las mujeres de la cuadrilla la secundaron.

Convenció a la cuadrilla para que, esa noche, de madrugada, todos juntos fueran a casa de Marta, y tras sacar a Julián de la casa, se enfrentaran al Súcubo para que nunca más volviera a seducir a ningún hombre, o joven del pueblo. Asunción trató de hacerles recapacitar, pero Fuensanta contó lo que Marta había hecho a su marido Mariano, hacía algunos años, solo por diversión; y Mariano, avergonzado, asintió con la cabeza dándole la razón. Asunción tenía miedo de lo que veía en los ojos de Fuensanta, tenía miedo de lo que podía ocurrir, tenía miedo de lo que les obligaría a hacer, pero, siendo incapaz de echarse atrás, de huir, siguió a la comitiva a altas horas de la madrugada calle arriba hasta llegar a las casas del casco antiguo pegadas a la falda del Castell. Era noche cerrada, y las luces del encendido público eran incapaces de competir con la majestuosidad de la luna llena. Los hombres cogieron varios tablones gruesos de madera, que servían para apuntalar las ventanas de la fachada de la casa contigua a la de Marta, que estaba siendo restaurada por Julián, que había firmado un contrato con el ayuntamiento para restaurar las casas del casco antiguo que no tenían dueño. Se acercaron a la puerta de la vivienda, y dieron un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie se interpondría en su caza de brujas. Mariano y Tomás Sirvent se adelantaron, y con dos grandes patadas descerrajaron la puerta de entrada. En la oscuridad, agazapado tras el muro, fumando un cigarrillo impregnado de farlopa por la pegatina

del papel, Joselín observaba asombrado lo que estaba ocurriendo en la casa de su vecino.

Día de Navidad

El interrogatorio de Tuanet y la cabra Dolly

El cuartel de la Guardia Civil estaba situado en el barrio del Través, en la calle José María Samper. Era una casa de tres plantas tipo colegio que se construyó para la Guardia Civil, con numerosos arcos, y cristales de pavés transparentes que decoraban la fachada en semicírculo por varias zonas. La pintura de color ocre estaba desconchada por muchas zonas de la fachada ofreciendo un aspecto de dejadez impropio para un organismo de esa envergadura, pero tenía su razón de ser. En muchas ocasiones, muchos jóvenes, y no tan jóvenes, sentenciados por delitos menores, y obligados a cumplir horas en servicios sociales, las cumplían pintando la fachada del cuartel de la Guardia Civil, por ese motivo, por la falta de experiencia de los condenados en el digno oficio de pintor de 'brocha gorda', los resultados eran tan poco satisfactorios y duraderos.

Aquel día de Navidad estaba siendo una locura y, para colmo, el Sargento Santiago, y La Sargento, estaban interrogando a Tuanet, que seguía acompañado de su cabra, requisito indispensable para asegurar su colaboración.

—A ver. Explícame otra vez que hacías bajando del Forat de la Peña con los pantalones de la fallecida y las manos manchadas de tinta negra.

— ¡Ya os lo he dicho! Quería ayudar, y Dolly es muy buena rastreando, por eso cogí los pantalones que Aitana había tirado— respondió contrariado Tuanet dirigiéndose a La Sargento.

— ¿Y la tinta de las manos? — preguntó Marieta.

—Eso es un secreto. No puedo revelarlo, el fantasma se enfadaría.

— ¿Qué fantasma? — preguntó Santiago.

—El fantasma de la torre— respondió Tuanet como si todo el mundo supiera de quién estaba hablando.

— ¿Te refieres al fantasma de la casa abandonada del desvío de La Torre, la que tiene una torre como la de un castillo? — preguntó Marieta intuyendo la respuesta.

—Sí.

— ¿Conoces la casa? — preguntó intrigado Santiago.

—Conozco la casa, y la leyenda— respondió Marieta.

— ¿Qué leyenda?

—La del fantasma que siempre está en la ventana izquierda de la torre, pero no es una leyenda, el fantasma es de verdad. Y me ha dicho que tengo que propagar la noticia— interrumpió Tuanet.

— ¿Qué noticia? — preguntaron los dos a la vez.

—La de que solo la montaña puede salvarte. El fantasma me ha dicho que estamos todos

condenados y que si no nos purificados en la montaña, no nos salvaremos cuando el fantasma vuelva a por nosotros.

Santiago y Marieta se miraron con preocupación.

—Tuanet. ¿Te dijo el fantasma que mataras a Aitana? — le preguntó Santiago.

— ¡No! Yo... solo quería ayudar a buscarla.

—Tuanet, escúchame bien. Si no nos cuentas tu secreto tendrás que ir a la cárcel, y Dolly se quedará sola — le advirtió La Sargento.

Tuanet se puso a llorar desconsoladamente.

—Está bien, os lo diré, pero no me metáis en la cárcel, Dolly se moriría si no me ve— y siguió llorando.

Santiago no le dejó tiempo para pensar.

—Dinos. ¿Qué hacías en la montaña?

—Os lo enseñaré. Pero Dolly se viene con nosotros.

Cogieron el cuatro por cuatro que estaba disponible y metieron a la cabra como pudieron en el asiento trasero junto a Tuanet. Este, muy nervioso, les dio instrucciones conduciéndolos de nuevo al Forat de la Peña, exactamente, los llevaría al lugar dónde habían encontrado el coche de Aitana esa misma mañana.

Marcos Jornet

Marcos estaba destrozado. Aún le dolía la cabeza de la resaca de la noche anterior, pero ese dolor no era nada, comparado con el dolor de su corazón. Mucha gente del pueblo había participado en la búsqueda, pero no todos, había notado la ausencia de El Conill, y de Carlos Sirvent. Los padres de Aitana habían mantenido la esperanza de encontrarla, de que todo acabara en un susto, de que la Navidad obrara su magia, pero no había sido así. Marcos tenía la impresión de que las últimas horas vividas formaban parte de una macabra pesadilla que había empezado con su encuentro en El 20 con la rumana Ruxandra. Él no era tonto, sabía lo que se decía en el pueblo sobre Aitana y El Conill, pero solo eran habladurías, rumores infundados que los envidiosos propagaban, envidiosos como Carlos Sirvent que, a pesar de todo su dinero, no había conseguido reconquistar a Aitana, por eso difamaba contra ella, porque como la zorra de la fábula que salta desesperadamente para alcanzar la uva y no lo logra, comienza a despotricar diciendo que no merece la pena el esfuerzo, porque la uva que pretende alcanzar está verde. Ahora Aitana estaba con él, de todo el pueblo lo había elegido a él, y se sentía dichoso por ello, y como la zorra de la fábula, muchos que la habían pretendido, ahora cargaban contra ella alegando que no valía la pena. Como Ruxandra, la rumana. Ella siempre había responsabilizado a Aitana de su problema con sanidad, por el tema de la Coca con cucaracha que sirvió a la concejala, alegando que pretendió gastarle una broma a Aitana, ya que nunca pagaba. Por eso le había contado todas esas patrañas en El 20, mentiras que se negaba a creer, pero la mentira anida en la duda, y cuando pierdes el control, la duda deja de ser duda y se alía con la mentira. Tenía lagunas de memoria, recordaba que discutió con Aitana en el aparcamiento del 20, recordaba que le dijo cosas muy feas a las que ella no respondió, ni siquiera se enfadó por las acusaciones que el alcohol vomitaba sobre ella, al contrario, supo comprender que, quién hablaba por su boca, era la bebida. Pero él estaba fuera de sí, no entraba en razón, aunque la razón no le acompañara esa noche. Aitana le dijo que esa noche acabaría todo, que subiría al Forat de la Peña a purificarse, que solo la montaña podía salvarla, solo a través de la montaña podían salvarse todos. Le pidió que la acompañara, y que se lo dijera a sus seres queridos para que ellos también se salvaran, pero él se negó a ir con ella a ningún lado, se negó, estaba muy enfadado, y ahora se arrepentía de no haberse montado en el coche con ella, si lo hubiese hecho seguiría viva. Intentó evitar que se fuera, trató de quitarle las llaves, pero su coordinación era torpe y lenta, y Aitana, dándole un beso de despedida en la mejilla de su cara, se montó en su coche y lo dejó allí quejándose, increpándole a la noche, hasta que apareció Carlos Sirvent. Marcos no recordaba de que hablaron, pero lo hicieron, y mucho. Sus palabras se volvían pesadas, empalagosas, y enmarañadas, le costaba pronunciar las palabras, y Carlos le increpaba, y en ocasiones le zarandeaba para que espabilara. Le dijo que irían al Forat de la Peña a tratar de impedir que Aitana subiera. Recordaba ir circulando a gran velocidad en el Mercedes de Sirvent, y ya no recordaba más, pero tenía la sensación de que, aquella noche, algo malo había hecho por culpa del alcohol y las dudas.

El orgullo de la rumana

Fiorin conocía a su mujer, se había ofrecido voluntaria para participar en la búsqueda de Aitana, pero él sabía que ocultaba algo, lo veía en su cara. Había hecho algo malo, su cara de orgullo la delataba, pero, aunque las consecuencias de sus acciones fueran graves, ella nunca daría su brazo a torcer, ni tampoco se justificaría, ni siquiera con él.

Las mujeres rumanas son muy independientes, desde su más tierna infancia, a Ruxandra le habían enseñado a utilizar sus encantos para salirse con la suya, ella se cuidaba mucho para parecer guapa. Su físico tenía lo mejor de las mujeres de Europa del Este y lo mejor de las mujeres latinas, creando una mezcla explosiva. Ruxandra se escapaba del colegio para divertirse con sus amigos, porque pensaba que era más importante lucir sus encantos, que aprender algo que no le sirviera de provecho.

Ella siempre tenía algo que decir, pero se callaba lo que no le interesaba que se supiera. No tenía miedo, no rehuía los enfrentamientos, y si tenía que decir algo a alguien, se lo decía sin importar las circunstancias, ni las consecuencias de sus palabras. Nunca sabías por dónde iba a salir, en el fondo, Aitana, le recordaba mucho a ella cuando la conoció.

Ruxandra sabía que Fiorin sospechaba algo, pero no le importaba, ella había tenido que tomar cartas en el asunto, no podía, ni quería, dejarlo en sus manos. Las rumanas siempre se aprovechan de su situación, y en el pueblo su familia había sido muy bien acogida, todos, incluso la abuela. Ellos venían a trabajar, y habían demostrado que servían para ello, pero cuando a una rumana se la haces, se la pagas, sea del modo que sea, y tarde el tiempo que tarde en vengarse. Su familia había salido de la nada, había soportado la dictadura comunista de su país, esa sí que era una vida dura y difícil; así que, ni Aitana, ni su prima, ni nadie del pueblo, iba a destruir todo lo que habían conseguido levantar en Xixona, y harían lo que fuese necesario para conseguir lo que querían, siempre lo habían hecho.

Habían trabajado muy duro y sabían muy bien que podían hacerlo solos, sin ayuda, y no importaba las veces que fracasaran, al final, los rumanos siempre se salían con la suya.

Un mes antes...

El reencuentro

Una mujer sabe cuándo su marido le ha engañado, aunque no se lo diga, y Sandra, además, sabía con quién.

Santiago había tomado unas copas con la cuadrilla en el Ché que bó, y después, viendo que Aitana había bebido demasiado, se ofreció para acompañarla hasta su casa. Marcos trabajaba hasta tarde los jueves, y como el piso que Aitana había alquilado estaba en un edificio prácticamente deshabilitado, ya que la mayoría de viviendas solo se usaban en las fiestas de Moros y Cristianos, nadie vio lo que pasó de puertas para adentro, aunque podían imaginarlo. Aitana vivía en el tercero izquierda, el último piso del inmueble. La vivienda de 120 metros cuadrados, con techos altos y suelos antiguos de terrazo, estaba dividida en dos, pero la otra parte llevaba mucho tiempo cerrada, desde que había muerto la viuda de Garrigós. Santiago ayudó a Aitana a subir las pesadas escaleras no sin dificultad, y cuando llegaron a la segunda planta, el perro de la vivienda del centro ladró sobresaltando a Santiago.

— ¡Puto perro! — exclamó él entre dientes.

Aitana arrancó a reír incontroladamente, y no paró, hasta que, sacando las llaves de su bolso, intentó ponerse seria para abrir la puerta que, una y otra vez, se resistía a permitir que las llaves penetraran en el engranaje de la cerradura. Santiago sostuvo con su mano la de Aitana, y guió sus dedos a la cerradura, cuando consiguió abrir, Aitana sufrió una arcada y tuvo que correr hacia el baño dejando a Santiago estupefacto sin atreverse a entrar, pero entró.

Sandra podía imaginarse lo que había ocurrido en el interior de la vivienda, conocía las artes ocultas de su amiga, y aunque ella la había traicionado primero, no podía dejarlo correr y tenía que darle un escarmiento.

Siguió a Aitana vestida de paisano, y cuando la vio entrar en su portal, antes de que se cerrara la puerta y fingiendo cruzar la carretera corriendo para no entorpecer el tráfico, llegó justo a tiempo antes de que se cerrara la puerta, puso su mano entre la puerta y el marco de aluminio imitación a madera, y entró en la portería. Aitana no se sorprendió, ni tampoco su única vecina que sacaba al perro a esa hora. Sultán, el perro de la vecina, olisqueó a Sandra, pero no le prestó demasiada atención, su única prioridad era salir a pasear, y tiraba de la cuerda extensible que sujetaba su dueña con dificultad.

Cuando se cerró la puerta, Sandra, sin previo aviso, se acercó a Aitana y le dio una fuerte bofetada con su mano derecha. Aitana no se defendió, sino al contrario, animó a su amiga a continuar con una sonrisa en su boca que comenzaba a sangrar.

— Me ha salido barato— le dijo a su amiga limpiándose la sangre con el dorso de su mano.

— No lo creas— le respondió Sandra apretando los dientes para no dejarse llevar por la rabia que bullía en su interior. Se dio la vuelta, cogió la manilla de la puerta con demasiada fuerza, y

tirando de la manivela abrió. Antes de salir de la portería se giró, y vio a Aitana mirarla sin miedo ni compasión.

—Espero no tener que volver— le advirtió.

—Puedes volver cuando quieras Sandra, ya sabes que mi casa es tu casa, y no hace falta que me sigas, cuando quieras verme solo tienes que llamarme. ¡Ah! Dale un beso a Santiago de mi parte.

— Hija de puta — le dijo Sandra antes de cerrar con un portazo.

Cuando el helicóptero de la Guardia Civil descendió en la cima del Forat, y el teniente Gaspar Gonzáles Armero dispersó a los voluntarios sin poder ocultar el nerviosismo generalizado, Sandra, supo que Aitana estaba muerta.

Santiago, Marieta, Tuanet, y la cabra

El cuatro por cuatro salió del pueblo por la rotonda del Castell tomando el desvío para subir por la Font de Alecua, pasando el antiguo lavadero. Siguieron un kilómetro de carretera asfaltada hasta coger el camino de tierra. Poco después bajaron por el campo del butanero, y desde allí, metieron el cuatro por cuatro por la peligrosa senda que había recorrido Aitana la noche anterior hasta la vaguada del Forat de la Peña. Bajaron del coche y Tuanet les indicó la senda que tenían que subir, la pedrera, hasta llegar a la cima, y desde allí bajar hasta la peruana, una bajada muy empinada y peligrosa, y seguidamente llegarían a la cueva ‘del Corral’, antigua casa de pastores.

— ¿Se sabe algo del incendio del coche de Sirvent? — le preguntó Santiago a La Sargento mientras iniciaban el ascenso por la pedrera.

— Hay testigos que vieron al Conill con una bolsa de gasolina rondando el Mercedes.

— Se nos está acumulando la faena.

— Y tanto.

— ¿Y Sirvent?

— Lo han visto numerosos testigos sobre las doce desayunando en el bar en el que trabaja la madre de Aitana.

— Dolly tiene hambre — interrumpió Tuanet. Pero ninguno de los dos le contestó.

Unas horas antes...

Carlos Sirvent dejó el coche aparcado muy cerca de su fábrica, Marcos se había dormido. Salió del vehículo, lo rodeó por detrás, abrió la puerta de su acompañante, y tras quitarle el cinturón de seguridad, cogió a Marcos por el cuello de la chaqueta, y lo sacó de un tirón fuera del coche tirándole al duro y frío asfalto, pues había comenzado a nevar con intensidad.

— ¡A dormir a tu puta casa payaso! — le gritó dejándole tirado en el suelo.

Marcos no sabía dónde estaba, ni lo que ocurría. Se levantó con dificultad y caminó sin rumbo por la carretera de la fábrica de turrónes La Marca, situada en el polígono industrial Segorb. Las luces de un coche se proyectaron en su espalda, y al pasar muy cerca de él a gran velocidad, el claxon de la furgoneta de la fábrica le sobresaltó perdiendo la verticalidad y dando de bruces en el suelo mojado. Una vez más, no sin dificultad, se tuvo que levantar, y su cuerpo siguió caminando instintivamente.

Carlos condujo peligrosamente hacia el Forat de la Peña, si seguía nevando así, no podría subir hasta allí con la furgoneta.

El coche de Aitana se detuvo, Joselín la oyó hablar con alguien, pero la otra persona no contestó. El Fardacho temió que le descubriera pues hacía frío, y para salir del coche necesitaría su chaqueta, pero no la cogió y abrió la puerta. La nieve se coló en el interior del vehículo, y Joselín, en un acto reflejo, se encogió más para no ser visto. Aitana cerró la puerta, pero dejó abierto el coche, Joselín no oyó el sonido característico del cierre centralizado del Volkswagen. Aitana seguía hablando, pero desde el interior del coche cerrado a cal y canto El Fardacho no oía a quién estuviera con ella. Se concentró, dejó de respirar para no hacer ruido y, muy débilmente, creyó escuchar la voz de una mujer, y aunque dudó, creyó reconocer aquella voz; era la de su madre.

Se asustó, se hizo un ovillo del miedo que le producían los recuerdos, y su mente le llevó de nuevo al muro donde se escondía, el muro desde donde vio como mataron al Súcubo.

TOC 7 Capítulo 6

Dos hombres entraron en la casa y sacaron a Julián medio desnudo. Fuensanta entró acompañada de la mujer del teniente de la Guardia Civil Miguel Fornás y de Asunción. Segundos después salieron al exterior arrastrando al Súcubo de los pelos en camisón. Una niña lloraba desconsoladamente en el interior de la casa. Julián trató de ayudar a la mujer y tuvieron que reducirlo varias veces entre El Saboner, Marcial, y el propio teniente. Fuensanta arrastró cuesta arriba al Súcubo, que pataleaba y suplicaba tratando de liberarse. Una sombra surgió a toda velocidad de la casa y se perdió por las oscuras calles, nadie trató de detenerlo, y al Fardacho le pareció que era el niño mayor de la pareja. La niña seguía llorando, y aprovechando el desconcierto que había generado la huida del niño, Julián se escapó de los hombres que le retenían, y esquivando a los demás, consiguió llegar hasta Fuensanta, y cogerla del brazo con firmeza para que soltara al Súcubo. Fuensanta y Julián se miraron a los ojos y no hicieron falta las palabras, pero cuando parecía que Fuensanta iba a ceder, un fuerte golpe derribó a Julián; el teniente le había partido la cabeza con un grueso tablón. Fuensanta se recuperó, y aferró el pelo del Súcubo con más fuerza llevándola hasta el borde del acantilado del Castell, los demás recogieron del suelo a Julián, que parecía muerto, y lo metieron en la casa. Poco después salieron dos personas y limpiaron la sangre del suelo con sábanas y lo que parecía lejía. La niña seguía llorando cada vez más fuerte. Fuensanta, desde lo más alto del Castell, levantó con ayuda de las dos mujeres al Súcubo y la miró a los ojos. Las mujeres se apartaron y el Súcubo no se defendió, se quedó quieta cogida de la mano de Fuensanta. El Fardacho temió lo que iba a ocurrir y no se equivocó, Fuensanta empujó al Súcubo por el acantilado.

El Fardacho sintió terror, y se echó al suelo para no ser visto, y no se movió de allí, hasta que vio el humo y las llamas iluminar el cielo. Se levantó, y corrió como alma que se lleva el diablo hasta su casa. Entró, y si hacer ruido volvió a su habitación, poco después escuchó el escándalo de los vecinos.

Joselín volvió en sí, pero el miedo le había seguido desde el recuerdo. Salió del coche, y se olvidó de su novia, solo quería volver a su casa y encerrarse de nuevo en su habitación, pero no podía quitarse de la cabeza a Fuensanta.

Carlos no encontraba la ruta senderista, la nieve lo estaba tapando todo, nunca había visto una nevada así en sus veintidós años de vida. Una sombra salió de la oscuridad y le sobresaltó, le costó reconocer en ella al Fardacho. Le pitó y Joselín se apartó aún lado del camino.

— ¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Has visto a Aitana?

— ¡Está muerta! ¡Ella la ha matado! — gritó asustado.

— ¿Quién?

— ¡Su madre!

— ¿Fuensanta?

— ¡Ella la ha matado! — y salió corriendo entre la nieve gritando una y otra vez:

— ¡Ella la ha matado!

Carlos temió que fuera verdad, y si la policía investigaba no tardarían en descubrir que él había estado allí. Aquella noche incluso había amenazado al Conill por acostarse con Aitana, y lo había hecho en público, y después estaba lo del encargo, la policía no tardaría en unir los cabos. Maniobró la furgoneta con riesgo de despeñarse, y con mucho cuidado para no patinar, salió del camino a la carretera, y una vez en ella, aceleró para volver cuanto antes a su casa.

Desde la distancia, Tuanet y Dolly vieron la furgoneta bajar de la montaña. Tuanet, que no esperaba una nevada así le hizo gestos para que parase, pero Sirvent no se detuvo y pasó muy rápidamente.

— ¡Así te estrelles Cabrón! — le gritó—. Vámonos Dolly, que se me van a congelar los huevos. Está el tiempo loco ¿eh cariño? Cuando llegemos a casa nos vamos a dar un baño bien caliente. ¿Eh? ¿Eso te gustaría eh? Si es que eres más guapa que el sol. Anda vamos— y tiró de la cuerda que tenía amarrada a un collar rojo con un cascabel dorado.

Carlos reconoció a Tuanet, y supo que solo tenía una opción.

Día de Navidad

El coche quemado

Alejandro se despertó sobre las dos de la tarde. Tenía más de diez llamadas perdidas y numerosos WhatsApp de la cuadrilla. Con los ojos aún pegados, y el cansancio acumulado del día anterior, comenzó a revisar los mensajes uno por uno. Aitana había desaparecido, y la Guardia Civil había organizado una partida de búsqueda con voluntarios. Los posteriores mensajes describían el nerviosismo de las autoridades, y la entrega incondicional de los padres y su novio, a Alejandro esto último no le importó, incluso lo comprendió. El mensaje de la confirmación de la muerte de Aitana le heló la sangre, y a punto estuvo de llamar a sus amigos para enterarse mejor de lo que había ocurrido cuando vio varias llamadas de un número desconocido, un número extraño. Pasó los WhatsApp rápidamente y encontró lo que buscaba. Un mensaje de Paula que además de confirmar la muerte de su prima, le avisaba de que le estaba buscando la Guardia Civil.

Se levantó de la cama y se vistió precipitadamente, ni siquiera se lavó los dientes. Intentó repasar mentalmente todo lo que había hecho la noche anterior.

Unas horas antes en el 20...

Chencho lo llevó hasta El Barranquet, a pesar de la nieve que estaba cayendo podía verse el destrozo que había ocasionado el fuego, de los seis coches no quedaba más que la carcasa oxidada de cinco de ellos, no podían ni reconocerse las marcas de los vehículos. Varios coches que estaban aparcados enfrente mostraban un aspecto similar al cuadro de los relojes derretidos de Salvador Dalí, todos los componentes de goma y plástico habían sucumbido al fuego.

Alejandro buscó su coche, pero los vecinos le dijeron que se lo había llevado la policía que, tras haber realizado una investigación superficial, habían determinado que, o bien por un problema del motor, o porque se había producido un cortocircuito, su coche había sido la causa del incendio.

El Conill maldijo la suerte de Sirvent, pues sabía que el cortocircuito se había producido en su cabeza, no en su coche. Los efectos de la droga que había consumido durante la noche se le estaban pasando, y necesitaba 'ponerse' otra vez, porque se estaba 'emparanoiando', y no era bueno. La última vez que se rayó acabó en comisaría, y mucho se temía que en esa noche de Nochebuena iba por el mismo camino.

Chencho le acompañó a casa de Daniel, pero la casa estaba precintada por la policía, así que el Guarda Forestal pensó en volver al 20, allí seguro que encontraba género para hacerse un par de 'filetes'. Si no se equivocaba había visto por allí al 'bailarín', el profesor de la academia de baile tenía un género aceptable, mezcla ya mezclada, pero teniendo en cuenta la hora que era, ninguno de los dos encontraría nada mejor. Como al salir del 20 habían visto un coche de la Guardia Civil apostado en el camino de entrada a la discoteca, Chencho pensó que era mejor que El Conill se quedara allí esperándole.

Doce minutos exactamente tardó Alejandro en emparanoiarse, miró dentro de su cartera para ver cuánto dinero le quedaba y pensó:

—Total, para el tiempo que me queda de vida, ¿por qué no darme un caprichito?

Se levantó del banco de la Font del Belén, y caminó con paso decidido hacia la gasolinera Cepsa. Con el dinero que le quedaba compró una bolsa de gasolina alegando que el coche le había dejado tirado en el Barranquet, y el gasolinero, que le conocía del pueblo, le creyó. Con la bolsa de gasolina en la mano anduvo por las calles del barrio Sagrada Família, adosado al polígono industrial Segorb, donde estaba ubicada la fábrica de turrone La Marca. Antes de llegar a la puerta de entrada vio el Mercedes SLK de Carlos Sirvent aparcado muy cerca de la entrada principal de la fábrica, y una sonrisa apareció en su rostro.

Al mismo tiempo...

Carlos Sirvent giró a la izquierda por la calle de su fábrica, y nada más girar, reconoció al Conill, quién estaba rociando con algún tipo de líquido, que bien podía ser gasolina, o ácido, su Mercedes. Pensó en acelerar y pasarle por encima con la furgoneta, pues el Conill, concentrado como estaba en su fechoría, no había reparado en la furgoneta de Sirvent. Respiró hondo, y aparcó con la furgoneta encarada para no perder detalle de lo que hacía, no tuvo que maniobrar, había sitio de sobra, pues las fábricas estaban cerradas y no quedaba nadie en el polígono. Apagó las luces y el motor, y pensó en su siguiente movimiento. Las luces de una moto destellaron en su espejo retrovisor izquierdo cegándole momentáneamente. La moto paró a la altura del Conill, y su conductor se bajó y entabló una discusión con el joven. Desde el anonimato que le proporcionaba la furgoneta, Carlos veía como el motorista, que había reconocido cuando recobró totalmente la vista, hacía gestos con las manos. El Guarda Forestal sabía de incendios, y había aprendido a valorar el precio y la repercusión de sus actos; para muchos xiconencos, a pesar del tiempo que había pasado, seguía siendo el responsable del incendio que asoló parte de la sierra jijonena. Alejandro, que negaba una y otra vez con la cabeza gacha, se dejó convencer, y tras dudar un interminable minuto, se subió a la moto del Guarda Forestal y se marchó con él.

Carlos se miró en el espejo retrovisor, y una sonrisa apareció en su rostro alejando la preocupación que hasta aquel momento había arrastrado. Arrancó la furgoneta, y si poner las luces, la metió en el aparcamiento de la fábrica. Salió de turrone La Marca y caminó por la acera, estaba completamente seguro de que la discusión del Guarda con El Conill la habían oído, o visto desde alguna terraza, bungalow, o chalet, del Safareig, pues el polígono estaba muy cerca de allí, y las voces en el silencio de la noche creaban un eco delator. Con la sonrisa instalada en su rostro sacó un cigarro y lo encendió, tras varias caladas reanudó su paso, y cuando traspasó el lugar donde estaba aparcado su Mercedes, poniendo el dedo índice y el pulgar a modo de catapulta, proyectó el cigarro a gran velocidad sobre el techo del Mercedes impregnado con hielo derretido y gasolina; el coche, al entrar en contacto con las chispas del cigarro, ardió, pero Carlos que había doblado la esquina, arrancó a correr por las calles del polideportivo perdiéndose en el barrio de Sagrada Familia; una vez más, y durante la misma noche, no pudo disfrutar del espectáculo pirotécnico que el mismo había creado.

—Esta noche es el segundo coche que quemo — y arrancó a reír a grandes carcajadas, que tuvo que silenciar poniendo su mano en la boca para amortiguar el sonido. Antes de entrar por la reja de su chalet en el Safareig, muy cerca de dónde había estado la antigua balsa, tuvo que respirar varias veces profundamente para no alertar a su mujer, ni a su hijo, que ya debía de estar en la cama esperando a Papá Noel.

Cuando entró por la puerta de su casa y conectó la alarma, las carcajadas reaparecieron, y aunque logró controlarlas a tiempo, su hijo, al día siguiente, aseguró haber oído la risa de Papá Noel cuando entraba en la casa por la chimenea.

Al mismo tiempo en otro lugar...

—Has tomado la mejor decisión. Si le hubieras quemado el coche tú acabarías en prisión, y él estrenando un Mercedes nuevo que le habría pagado el seguro. Créeme, no vale la pena, si tienes paciencia, con el tiempo, las piedras caen por su propio peso— le dijo Chencho mientras le pasaba el canuto hecho con un billete de cincuenta euros. El Conill lo cogió, y acercándose el billete al orificio derecho de la nariz mientras con el dedo índice de la mano izquierda se tapaba el orificio izquierdo, esnifó la raya de cocaína que Chencho le había preparado en su cajita metálica de tabaco liado. No tardó en aparecer el subidón, pilló a Alejandro pensando que tiempo, precisamente, era lo que no tenía.

— ¿Sabes que me gustaría hacer, compañero? — preguntó El Conill.

— Qué.

— Escalar una montaña.

— ¿Con la nieve? Se te ha ido la puta cabeza— y comenzó a reírse mientras preparaba dos 'tiritos' más.

— No tienes huevos— le retó Alejandro.

— Así, a pelo, sin arnés, mosquetones, cuerda, ni nada.

— Así, con un par de huevos— y se cogió con las dos manos la entrepierna para acompañar sus palabras con un gesto.

Chencho lo meditó un momento.

— ¡Vamos! ¿Qué montaña quieres escalar? — preguntó el guarda dispuesto a asumir el reto.

— El Forat de la Peña— respondió El Conill.

Día de Navidad

Enferma de celos

Isidro no había aparecido por el taller. Su madre y su mujer le habían llamado al móvil y enviado numerosos WhatsApp, pero no contestaba. Tenían que revisar la póliza del seguro del taller, para comprobar que los pagos estaban al día, y que seguían cubiertos por el seguro, fuese cual fuese la causa del incendio. Pero la póliza la tenía él. Susana e Isidro habían estado en el 20, pero ella estaba cansada y quería volver a casa, mientras que Isidrin quería quedarse un poco más con la cuadrilla. Su amigo 'El Malagueti' se había comprometido a llevarlo a su casa en un rato, pero el rato se había hecho eterno.

En realidad, Susana se lo estaba pasando bien, bailaba y reía con su marido, hasta que Aitana entró en la zona de baile y, desde ese momento, su marido dejó de prestarle atención, todos lo hicieron, todas las miradas eran para Aitana. Esa noche no pudo soportarlo, fue la gota que colmó el vaso. Esa noche, como todas las Nochebuenas, no había toque de queda: sus hijos, como cada año, pasaban la Nochebuena y el día de reyes en casa de su suegra Asunción, pero cuando Aitana, una vez más la desplazó, no tuvo más ganas de fiesta. Intentó sobreponerse, no darle importancia, pero todo lo que hacía para llamar la atención de su marido quedaba en agua de borrajas. Veía en sus ojos la lascivia, no le gustaba cómo la miraba, a ella nunca la había mirado de esa forma, y los celos que sentía se transformaron en rabia enfermiza. Bailaba, pero no se coordinaba con la música, tampoco importaba, nadie prestaba atención a lo que hacía. Pensó en sacarse una teta, como Sabrina Salerno en televisión, las de ella eran perfectas, su buen dinerito le había costado, pero supo que, de haberlo hecho, ni siquiera en pelota picada hubiese podido competir con Aitana. Cuando ella se cansó de exhibirse, se marchó, y la normalidad regresó al 20, pero Susana no quería ser el segundo plato de nadie, ni siquiera de su marido, y si Aitana le había puesto cachondo, que se quitara el calentón él solito, que para eso tenía dos buenas manos para apretar tornillos.

Unas horas antes...

Susana se fue poco después de que se marchara Aitana, y su marido, que se había puesto a tono en todos los sentidos, después de soportar el subidón de la cocaína, hizo un escrutinio a su alrededor buscando alguna chica que llevarse a la habitación que tenía pagada para toda la noche en el 20. Había traído dinero de sobra, y tenía de todo: condones, porros y coca, solo le faltaba un agujero, o dos, con los que divertirse, y a medida que pasaban las horas iba bajando el listón. Su amigo El Malagueti le había pedido las llaves en una ocasión, pero él no compartía los gustos de su amigo, y en alguna que otra ocasión había salido a hostias con algún gilipollas que le había confundido por la sexualidad de su amigo. Se acercó a la barra, ahora mucho menos atestada de gente que hacía solo unas horas, y vio, apoyada en un rincón bebiendo como si no hubiera una mañana, a la prima de Aitana. La chica había estado llorando, lo veía en sus ojos irritados, pero no le importó, Paula estaba buena, y si ella quería, podía quitarle todas sus penas.

— ¿Una mala noche guapa? — le preguntó —. Ponle lo que ella quiera, pago yo.

Paula iba a mandarlo a la mierda, pero pensó:

— ¡Qué coño! —. Ponme lo que más fuerte tengas.

—Si no es suficiente con la bebida, yo tengo algo más fuerte, y toda la noche para hacerte olvidar todos tus problemas— y se tocó el bolsillo derecho de su pantalón con unos toquecitos sutiles de su mano, insinuando el doble sentido de lo que guardaba en el interior de su pantalón.

— ¡Qué coño! — volvió a decir Paula.

—El tuyo— le respondió Isidrin a la oreja.

Paula se bebió de un trago la bebida que, de lo fuerte que era, le abrasó hasta el esternón. Cogió de la mano a Isidrin y acercándose a su oreja le susurró:

—Me vale.

—Pues si a ti te vale, a mí también — zanjó mientras tiraba de ella hacia la habitación.

Por el corto trayecto desde la carpa hasta las habitaciones del 20, Paula pensó, que era el momento de pagar a Alejandro con su misma moneda, y si él podía ponerle los cuernos con cualquiera, ella también, y si lo hacía bien, a lo mejor Isidrin le hacía descuento en el taller, y comenzó a reír de su propia ocurrencia.

Isidro la vio reír y pensó:

—Tu ríe, ríe, que cuando estemos dentro vas a pagar tú, lo que me debe tu prima.

Decir las cosas es más fácil que hacerlas. Paula intentaba dejarse llevar, pero su cabeza, una y otra vez regresaba a la discusión que había mantenido con su prima hacía sólo unas horas. Aitana le había insinuado en varias ocasiones que Alejandro no tenía mucho tiempo. ¿Mucho tiempo para qué? Para ponerle los cuernos con cualquier chica del pueblo, le sobraba tiempo. Cuando se lo dijo a él antes de que se marchara precipitadamente con Chencho en su moto, Alejandro se puso a la defensiva, nunca lo había visto así, él, cuando no quería que se supiese una cosa, sencillamente no te la decía, pero no te mentía, no perdía el tiempo en elaborados embustes que después tenía que mantener con más mentiras; mentir, solía decir él, es agotador, y requiere de una memoria que no tengo. Aitana le había jurado que todo había terminado, le había pedido que hablara con Alejandro, que le comprendiera, pero es fácil pedir compasión cuando no es a ti a quien han engañado, porque Alejandro no mentía, pero no le hacía falta mentir para engañarte cuando él quería.

Antes de echarse la manta a la cabeza, Isidrin le había invitado a fumar unos porros, pero con las primeras caladas había empezado a emparanoiarse, como solía decir Alejandro. Él rara vez fumaba porros, porque le amuermaban, y le emparanoiaban; le gustaba mantenerse activo, ir de acá para allá, quedar constantemente con sus amigos, aprovechar al máximo su tiempo; decía que, si esa casa vieja en la que vivían se venía abajo, a él no le pillaría dentro, y ella le creía.

Isidrin la besuqueaba por el cuello mientras le sobaba nerviosamente las tetas. El chico no estaba mal, para su gusto un poco gilipollas, y respecto a su mujer Susana: 'La Diva', no creía que le importara demasiado, todo el pueblo sabía que Isidrin era un 'pica flor', y por eso, era perfecto para lo que ella pretendía, solo tenía que dejarse llevar, pero por alguna razón no podía. Recordó que tenía en su bolso las pastillas para dormir de su madre, que ella misma había recogido en el ambulatorio utilizando su influencia de enfermera.

— ¿Tienes género? — le preguntó a Isidrin, quién sin perder más tiempo en preliminares, había metido su mano bajo la blusa para desabrocharle el sujetador.

—El mejor— le respondió agarrándose con su mano izquierda la entrepierna.

—Si me invitas a unas 'líneas' te hago la mejor mamada de tu vida.

—Para empezar— añadió él.

—Para empezar— secundó ella.

Isidrin sacó una bolsita pequeña de plástico del tamaño de una canica, enrollada y atada con una gomita verde, en el interior de la bolsita blanca podía intuirse el género que ocultaba. Paula pensó, que no entendía, ¿por qué a esa bolsita le llamaban 'pollo'? ¿Sería por la cresta de plástico que sobresalía por encima de la gomita?

Isidrin sacó su cartera del bolsillo trasero de su pantalón, y le dio la tarjeta de crédito de Bancaja para que hiciera las rayas.

—Voy un momento 'al tigre' — le avisó—, ve preparando el tema, la mía hazla gordita, que me gusta sentir el amargor en la boca.

Parecía pronosticado, el tiempo que tardó Isidrin en mear, revisarse los calzoncillos para asegurarse de que no había sorpresa, y refrescarse los sobacos, fue más que suficiente para mezclar los somníferos con la cocaína.

Cuando salió Isidrin del aseo luciendo pectorales, cogió su cartera, que había dejado sobre la mesa, sacó un billete de 500 euros, lo enrolló, y le pasó el billete a Paula para que se metiera la primera raya. Paula se puso el billete en la nariz y dirigió el orificio a la raya más corta, y de una inspiración la absorbió de una punta a la otra, después se tapó la nariz con los dedos para no estornudar, pero no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—Pica ¿eh? Si pica cura — le dijo Isidrin riéndose mientras le extendía su mano derecha, palma arriba, para que le diera el canuto hecho con el billete de 500.

Isidrin la miró a los ojos mientras esnifaba su raya de un cuarto de pollo.

— ¡Será hijo de puta ese 'muerde almohadas'! ¿Pero qué mierda me ha vendido el bailarín de los cojones? ¿Ibuprofeno? ¡Ahora mismo voy a buscarle y le voy a partir la cara!

Paula se desnudó y a Isidro se le salieron los ojos.

— ¡Tumbate! Que voy a cumplir mi promesa.

Isidro se quitó los pantalones y los calzoncillos de una vez, y se tumbó con el pene a media asta boca arriba, con las piernas colgando de la cama.

Paula se arrodilló entre sus piernas, y con una sonrisa sexi y encantadora, encantadora de serpientes pensó Isidrin, comenzó a hacerle la mamada. Antes de que acabara, Isidrin ya se había dormido. Se vistió, salió de la habitación, y se llevó la llave. Buscó al Malaguete por todo el 20, y cuando lo encontró acechando a un par de jóvenes, se la dio.

—Está en su habitación, se ha metido un mal viaje y se ha echado a dormir, me ha dicho que no quiere que le molesten; juraría que se ha tomado varios somníferos para contrarrestar el mal rollo que le ha dejado la cocaína chungu.

Paula se fue del 20 a la misma vez que El Malaguete abrió la puerta de la habitación de Isidrin y se colaba dentro. En la penumbra pudo reconocer el cuadro que siempre ponía en la habitación cuando iba a tener una noche de sexo, era un cuadro de Cuenca, porque siempre se jactaba de que a todas las ponía mirando para Cuenca. Se acercó a la cama, trató de despertarlo, pero estaba KO, aunque respiraba con normalidad. Aprovechando que estaba desnudo bajo las sábanas se las retiró, le dio la vuelta, le ladeó la cabeza para que respirara bien, lo cogió de las piernas y tiró hacia él para levantarle el culo, y mientras se sacaba la herramienta se quedó mirando el cuadro con una sonrisa de oreja a oreja.

— ¡Qué bonito es Cuenca! — y se puso a la faena.

La mañana de Navidad

La niña del Saboner

El Saboner buscó a Aitana hasta el último momento. Cuando el teniente Gaspar González disolvió la partida de búsqueda, El Saboner no quiso obedecer, y exigió permanecer en la montaña hasta que se supiese algo de Aitana. El Guardia Civil le obligó a volver a su casa, y ordenó a Santiago y a Marieta que se aseguraran de que lo hacía.

Santiago no quería usar su don, y mucho menos para ascender en el cuerpo, pero algo en ese hombre le daba muy mala espina, así que, concentrándose en Aitana, lo tocó cogiéndole del brazo para obligarle a bajar del Forat. Las imágenes de la memoria del Saboner llevaron a Santiago a un lugar y un tiempo pasado de la localidad.

TOC 8 Capítulo 7

Una turba enfurecida subía por las calles del pueblo, por lo que Santiago veía, reconoció ‘El teatret’ frente a la ermita, pero no vio la fuente que estaba antes del semáforo, la fuente que habían trasladado desde delante del ayuntamiento en la avenida de la Constitución. Siguieron subiendo, pasando por delante del mercado de abastos, y más arriba, por el matadero, que Santiago reconoció como el lugar donde ahora estaba El Palau de la música. Lo último que pasaron antes de llegar, fue el asilo de las monjas. Algunas de las personas que subían a su lado, aunque en la memoria del Saboner eran mucho más jóvenes, Santiago los reconocía. Llegaron hasta el casco antiguo, hasta la puerta de una casa de piedra pegada a la falda del castillo. Entraron en la casa, y sacaron a un hombre casi desnudo. Hacía frío, lo podía ver en el vaho que exhalaban las personas que tenía a su alrededor. Pero algo pasó, ahora su perspectiva había cambiado. Estaba dentro de la casa, mirando por la ventana, por la perspectiva supuso que estaba agachado. Vio al mismo hombre semidesnudo sujetado por los mismos hombres, y oyó el llanto de un bebé que no paraba de llorar. Vio como tres mujeres sacaban a una mujer en camisión arrastrándola de los pelos a la calle, y reconoció a las tres mujeres: una era la madre de Aitana, la otra Asunción, la madre de Isidro, y la otra era Piedad, la madre de su compañera. La perspectiva volvió a cambiar, y vio salir de la casa a un niño corriendo visiblemente aterrorizado que se perdió entre las calles del pueblo. Poco después vio al hombre huir de sus captores, y los hombres que lo habían inmovilizado correr tras él. Después los captores arrastraban su cuerpo y lo metían dentro de la casa. El bebé seguía llorando, y por el sonido de su llanto, comenzaba a ahogarse y a perder la voz. Varias personas salieron de la casa con sábanas y una botella de lejía, y tras ellos, la casa se quedó vacía. El Saboner entró precipitadamente, y siguió el rastro del llanto del bebé, hasta que lo encontró en una cuna, al lado del cuerpo del hombre que había sido arrojado en la cama de cualquier manera. Metió las manos dentro de la cuna, y arrojando al bebé con su mantita, lo tomó entre sus brazos y lo pegó contra su pecho, muy cerca de su corazón; el bebé, en brazos del Saboner, dejó de llorar. Salió de la habitación, miró a uno y otro lado desde la puerta de la casa, y al ver que no reparaban en él, echó a correr calle abajo con el bebé.

Santiago volvió a la ducha con Aitana, revivió una vez más aquellos excitantes momentos, y una punzada en el estómago le hizo sentir el peor hombre del mundo. Volvió a visualizar las imágenes que habían entrado en su mente, que él había conseguido rechazar en aquel momento, eran imágenes del bebé que había salvado El Saboner, imágenes de un bebé mirando con curiosidad y adoración a su hermano, un bebé que a través de sus ojos podía reconocer. Santiago sabía quién era el bebé, porque él era su hermano, y el niño que había huído de la casa aquella noche aterrorizado.

Volvió en sí, y su compañera le estaba hablando, pero no podía escucharla, sentía el impulso de tocarla, de saber que estaba pensando, de entrar en su mente, de vulnerar sus recuerdos. Ya no confiaba en ella, no podía hacerlo después de lo que había visto. Se contuvo, habría tiempo de

sobra para llegar hasta el fondo del asunto. Apretó los dientes y Marieta pensó, que la tensión que veía en el rostro de su compañero, se debía al nerviosismo generalizado en el pueblo por la extraña desaparición de Aitana.

El Saboner recordaba el día que había salvado a Aitana. Aquella noche no pegó ojo, el bebé lloraba, y no sabía qué hacer con él. Vivía solo, y Miguel, quien había matado a Julián de un mal golpe, si se enteraba de que él, se había llevado al bebé de la casa aquella noche, le arruinaría la vida, o peor aún, le mataría. Intentó darle pan mojado en leche, pero la niña lo escupía. No podía pedir ayuda a su familia, lo descubrirían, y bastantes problemas tenían ya como para meterlos en más.

A la mañana siguiente llamaron a su puerta, y El Saboner temió por su vida y por la de la niña. La cogió con mucho cuidado, y sin despertarla, la dejó debajo de la cama. La madera de su puerta sonaba y sonaba, miró con mucho cuidado a través de la persiana de madera y vio, que al otro lado de la puerta estaba Fuensanta. Abrió, la dejó entrar, y ya no salió de su vida. Fuensanta se ocupó en secreto de la niña como si fuese su propia hija, y él, se ocuparía del bebé cuando ella estuviera trabajando. Fuensanta simularía el embarazo, mientras tanto, la niña viviría con él. Cuando diese a luz, al menos para el pueblo, El Saboner se iría a vivir con ellas dos a la casa de Fuensanta. Era la mejor solución que ambos habían pensado. Y las gentes del pueblo, a sabiendas de la relación que mantenía Julián con el Súcubo, y del accidente del incendio donde encontraron su cuerpo, aceptaron la unión y la bendijeron.

Santiago recordó la noche que pasó vagando por los banales del pueblo, hasta que una patrulla de la Guardia Civil le encontró. Su autoridad, sus uniformes, aquella pareja de Guardia Civiles le dio seguridad, y, desde entonces, supo que cuando fuese mayor, sería Guardia Civil. La familia de su madre le acogió en Granada, y allí fue feliz, y para evitar que su don le acarrearra una desgracia, como la que habían padecido sus padres y su hermana, lo rechazó... hasta ese día.

Nochebuena

Tiempo

La moto de Chenco patinó en varias calles del casco antiguo, y a punto estuvieron los dos de caer al suelo en la curva cerrada del Castell. La nevada había crecido tanto que, contra su voluntad, tuvieron que aceptar que, esa noche, no irían a escalar. Se sentaron en el escalón seco de la portería del piso de soltero de El Conill, que estaba muy cerca de la falda del castillo en el casco antiguo, muy cerca de la casa que, en otro tiempo, había reformado Julián, y para gran parte del pueblo, donde había muerto en un extraño incendio junto al Súcubo, de quién no encontraron el cuerpo. Desde donde estaban, fumándose el último porro, pudieron ver el humo de un nuevo incendio que estaba siendo extinguido por los bomberos, que esa noche habían tenido más trabajo que en las Hogueras de San Juan, pero gracias a la nieve, el fuego no se había propagado por los pinos, ni afectado a la fábrica de turrone La Marca, y sólo había afectado al coche de Sirvent, y a un par de pinos que tenía al lado. Lo comprobó él mismo que, jugándose el físico por las calles nevadas de Xixona, regresó con la moto siguiendo el humo hasta el polígono Segorb. Alguien había terminado lo que El Conill, a quién finalmente había logrado convencer para que se quedara en su casa, había empezado, hay cosas que parecen estar premeditadas, y por mucho que trates de impedir las, acaban sucediendo igualmente. Chenco se acercó a los bomberos y se identificó, una vez más, como Guarda Forestal, pero los bomberos le informaron que estaba todo bajo control, que sabrían más sobre la causa de este nuevo incendio cuando realizaran la correspondiente investigación. Chenco se despidió de los bomberos y se marchó, sabiendo que, la mañana de Navidad, traería nuevas sorpresas.

Alejandro aceptó que no era buena idea regresar al polígono, sobretodo después de haber rociado con gasolina el coche de Sirvent, un coche que, con toda seguridad, había iniciado ese nuevo incendio. Salió al balcón de su piso aún por reformar; era un piso viejo, grande, sin ascensor, pero el dueño, quien le había alquilado el piso hacía ya varios años, que seguía pagando religiosamente a pesar de que vivía en el piso de su novia Paula, le había hecho un buen precio por su compra, un precio que no podía rechazar, porque si lo hacía, perdería el piso que en momentos como ese, le había dado cobijo, y un lugar donde aislarse del mundo. También era su 'picadero' particular y estaba muy orgulloso de ello. El piso no estaba reformado, pero su habitación y el aseo estaban en perfectas condiciones, y eso era lo único que le importaba. En la habitación, había instalado una gran cama de matrimonio con un colchón en el que podías saltar encima sin hacer ningún ruido, y eso era importante, porque la bovedilla de aquellos pisos viejos de la época franquista, era tan delgada, que solo andando por el piso, el suelo crujía y temblaba, y él, había hecho vibrar tanto la cama, que de no haber tenido un colchón de esas características que absorbía el movimiento, habría caído él, y la chica a la que estaba cabalgando salvajemente, al piso de abajo donde vivía el rumano Alin, primo de Fiorin, que trabajaba en el obrador. No tenía nada de comer en el piso, en la nevera solo había cerveza, pero tenía gran parte de su ropa en el armario, y mantas para combatir el duro frío de las noches Jijonencas. Dio la última calada a su cigarro de tabaco liado, y

tiró la colilla por el balcón. Miró su pueblo, del que estaba enamorado sin remedio, y pensó, que, aunque le quedaba poco tiempo, aquella noche la había aprovechado al máximo. Pensó en Paula y se apenó, y en Aitana dándole el sermón, pensó en Sirvent, en vengarse de él, y pensó en Chencho quién le había dado el mejor consejo de la noche, dejar que las piedras cayesen por su propio peso, aunque él ya no estuviese ahí para verlo, pero lo que no iba a hacer bajo ningún concepto, es perder su tiempo, un tiempo que se le estaba agotando, y que cada segundo, para él, valía más que una onza de oro.

Cerró el balcón, se desvistió, y pensó que en otra vida habría hecho de ese piso un Loft diáfano, sin tabiques, solo con el aseo cerrado para dar intimidad, nada más, y habría forrado las paredes con piedra artificial, y el suelo viejo de terrazo de 20x20 lo habría revestido de tarima flotante, y el balcón sería una inmensa cristalera que ocuparía toda la pared, para que todos pudieran ver cómo se 'cepillaba' a todas las mujeres del pueblo, solteras o casadas, por algo le decían El Conill, porque estaba todo el día dale que te pego, enganchado como un conejo. Se introdujo en la cama, y se tapó con las mantas; también pondría calefacción y aire acondicionado para el verano, pensó, y se durmió a pesar del efecto de la cocaína que los porros habían mitigado, pensando, que había ganado tiempo con su casero, diciéndole que, cuando se quitase el préstamo un año después, le compraría el piso al precio pactado, pero no lo haría, El Conill había ganado un tiempo que no tenía.

Navidad

La cueva dels Corrals

La Sargento no se sentía culpable por nada de lo que había hecho. El que juega con fuego se quema, y Aitana había abierto muchos fuegos en el pueblo. La chica había sido hallada muerta en la montaña en extrañas circunstancias, y aunque no había indicios de que hubiese sido asesinada, María sabía que era la consecuencia de vivir como vivía, y de hacer lo que hacía. Aitana era una manipuladora, y a los que juegan con las personas, tarde o temprano, siempre encuentran la orna de su zapato, alguien capaz de escañarlos. Jugar con las vidas de los demás es un juego demasiado peligroso, un juego, que Aitana había acabado perdiendo, y María no se sentía peor persona por alegrarse de ello. Había tenido lo que se merecía, ni más, ni menos. Ella, desde que estaba en el cuerpo, nunca había sentido empatía por ningún delincuente; si habían quebrantado la ley, si habían hecho lo que no debían hacer, por las causas que fuesen, lo justo era que pagaran el precio de su transgresión. A María le ‘reventaba’ la gente que justificaba a aquellos que vivían al margen de la ley, que decían frases típicas como: 'Pobrecitos, sólo se buscan la vida'.

— ¡Pues como todos! — pensaba ella—. O acaso el que sale a trabajar cada día, ¿no se busca la vida? El que paga sus facturas y hace equilibrios en la cuerda floja para llegar a fin de mes, ¿no se busca la vida? El que pierde a un familiar por un accidente, o por el maldito cáncer, ¿no se busca la vida? Acaso el que vive una injusticia y la ley no le ampara, pero decide hacer lo correcto a pesar de todo, ¿no se busca la vida? Esa gente al margen de la ley que asegura tener una vida difícil, para La Sargento solo eran un atajo de cobardes que no merecían su compasión, difícil es hacer lo correcto, atenerse a las normas y respetar la ley cuando todo va en tu contra, eso sí que es difícil. No era justo mostrar compasión por aquellos que escogían el camino fácil, millones de personas no lo hacían, y afrontaban sus problemas, que los tenían, y muchos de ellos muy graves, haciendo lo correcto, y respetando las leyes. Esas personas sí merecían su compasión y su empatía, no como Aitana. De algún modo, con la muerte de la chica se había solucionado su problema, así que, como solía decir su padre: No hay mal que por bien no venga.

Las consecuencias que había ocasionado Aitana, en su última noche de vida, seguían teniendo repercusión incluso después de su muerte, y seguían aumentando cada hora. Tenían un sospechoso de asesinato que la justicia no podía condenar por su enfermedad, un traficante fugado, un incendio por esclarecer en el Barranquet con un posible inductor: el empresario Carlos Sirvent, y otro sospechoso que podía haberse tomado la justicia por su mano: El Conill, a quién varios testigos habían visto rociar el coche de Carlos Sirvent con gasolina, y discutir, poco después, con Chencho, el Guarda Forestal que trató de impedir que prendiera fuego al coche del empresario aparcado frente a su fábrica de turrónes La Marca, y todo ello, lo había ocasionado Aitana.

Cuando llegaron a la cueva dels Corrals, vieron que desde el interior de la construcción de piedra en ruinas que habían levantado los pastores de la zona mucho tiempo atrás, del interior de la primera estancia de la cueva, salía una tenue luz. Santiago sacó su arma reglamentaria, y entró en

primer lugar, tras él, iba Tuanet sujetando a la cabra sin parar de hablar. Protegiendo la retaguardia entraba con su arma preparada para disparar Marieta.

La primera estancia estaba iluminada con numerosas velas derretidas, y en el centro de la cueva, había una mesa hecha con dos piedras y una vieja puerta. Desperdigados por el suelo, y sobre la mesa, había numerosos folletos idénticos al que, la Guardia Civil, había encontrado en la habitación de Aitana.

— ¿Qué es eso? — preguntó Santiago a Tuanet.

— Mi imprenta — respondió él.

— Parece algún tipo de troquel de madera, con letras en relieve, pero al revés.

— No es un troquel. Es un molde tipográfico que puede comprarse a través de internet. Con él se puede imprimir textos del tamaño del marco de madera que, utilizando esa tinta de ahí —, dijo señalando una botella de plástico con el distintivo rojo de Lanjarón que estaba situada a los pies de la mesa —, y presionando el papel sobre las letras de madera al revés, queda impreso el texto o el dibujo que se pretenda imprimir. Por eso las letras están al revés como en una máquina antigua de escribir, porque el relieve entintado, se aplica mediante presión sobre el papel — aclaró La Sargento.

— Ni Dolly lo habría explicado mejor — añadió Tuanet.

Un ruido en la estancia más profunda les alertó, y Tuanet, en un gesto de protección se agarró a la cabra. Santiago quitó el seguro de su pistola y se adentró en la cueva que tenía dos estancias más.

— ¡Cúbreme! — le dijo a su compañera, que también quitó el seguro de su arma.

— ¡Soy el Sargento Santiago García de la Guardia Civil! ¡Estoy armado! ¡No tiene escapatoria! ¡La cueva solo tiene una salida! ¡Salga con las manos en alto y no haga movimientos bruscos!

El silencio trató de adueñarse de la cueva, pero Dolly, con sus balidos, se lo impedía. Tras un tiempo relativamente largo, en el que Santiago y Marieta habían afianzado su posición con el arma en alto preparándose para disparar, surgió lentamente, con paso dubitativo y con las manos en alto, la figura de Daniel Graels.

Santiago lo inmovilizó, y dándole la vuelta bruscamente le puso las esposas de plástico.

— ¿Tú eres el responsable de todo esto? — preguntó Santiago dirigiendo su mano entorno a la mesa de impresión.

— No. Cuando entré anochece en la cueva para refugiarme de la nieve ya estaba así. ¡Lo juro por mi hermano que Dios lo tenga en su gloria!

— Dice la verdad — interrumpió Tuanet —, todo esto lo he hecho yo.

— ¿Por qué? — preguntó Marieta.

— Porque me lo mandó su madre — respondió Tuanet.

— ¡Avisa por radio a la centralita! ¡Que manden inmediatamente una patrulla a la casa de Fuensanta!

La póliza

Asunción estaba preocupada por Isidro, porque no contestaba a sus llamadas, pero Susana sabía que su marido estaría muy ocupado con alguna chica del pueblo a la que estaría enseñando el cuadro de Cuenca que, en teoría, había puesto encima de la cama para ella, todos los años lo hacía, era su broma preferida. No le importaban sus constantes escarceos, todos los hombres los tenían, siempre y cuando siguiera siendo responsable con su casa, y delante de la gente la respetara, y por ahora, lo hacía. Era buen padre, muy cariñoso con sus hijos, y no era un mal tío, tenía sus momentos. A Susana no le preocupaba el tema del seguro del taller, Isidrin lo tenía controlado, nunca había tenido problemas de ningún tipo, y no iba a empezar, precisamente esa noche, a tenerlos.

En el pueblo, los vecinos del Barranquet tenían sus teorías de lo que había sucedido. Algunos opinaban que era por un asunto de drogas, un ajuste de cuentas, que el camello de Isidrin, con el que había tenido un encontronazo recientemente, como no le pagaba, había quemado los coches sabiendo que eran del taller. Otros aseguraban que lo habían hecho algunos vecinos del Barranquet que, hartos de tener que aparcar lejos de sus pisos, porque el aparcamiento de la Font del Barranquet siempre estaba saturado de coches del taller, se habían tomado la justicia por su mano y habían prendido fuego a los coches. Pero nadie se tragaba la causa oficial de la Guardia Civil, que había sido un fallo mecánico en el coche del Conill. Algunos jóvenes del barrio habían visto a dos hombres de madrugada con bidones de gasolina, incluso los habían grabado con sus móviles, pero la policía, tras sus pesquisas, había determinado que la causa era un accidente. De cualquier modo, no tenían de qué preocuparse, el seguro se haría cargo de todo, y cuando, por la mañana, regresará Isidrin, lo aclarará todo.

Cuando Isidro se despertó en la habitación del 20 estaba solo, tenía un fuerte dolor de cabeza y le escocía el culo un horror, pero no recordaba nada de lo que había pasado aquella Nochebuena. Recordaba que se había traído a la habitación a la enfermera, a la prima de Aitana, y que le había hecho una mamada espectacular, pero no recordaba nada más, esa coca que se había metido era una mierda, cuando cogiera al 'bailarín' le iba a dar una paliza de muerte. Posiblemente había tenido el mejor polvo de su vida, porque las secuelas que sentía por debajo de la cintura no eran normales, y no había podido recordarlo por culpa de la mierda con la que había cortado la cocaína ese hijo de puta para ganar más dinero. Tenía que reconocer que su camello: 'El Capiscol', era un hijo de puta sin escrúpulos que no daba bola, y eso que él era buen pagador, pero tenía buen género y lo servía a domicilio, y eso había que reconocérselo. En el fondo se había arrepentido de no haberle pagado el último pedido, pensaba hacerlo, pero iba a darle un pequeño escarmiento para que le diera vidilla con los pagos, por eso había tenido que recurrir al bailarín. Le había hecho lo mismo a su corredor de seguros. Nunca había tenido ningún percance en el taller, no él, ni su padre antes que él, pero cada año, el seguro le subía en vez de bajarle, así que para forzar una mejora en su póliza se estaba demorando en el pago. Eso era igual que las compañías de telefonía móvil e internet, cada vez pagabas más, y a pesar de que el servicio a

veces fallaba, especialmente con el Internet de casa, y no te compensaban por el tiempo que habías estado sin servicio, teniendo en cuenta que pagabas una cuota por un servicio ininterrumpido, cuando decías que te ibas, o te demorabas en el pago, ellos trataban de retenerte con ofertas, o móviles nuevos, y estaba seguro que con la competencia que había en el mercado, su seguro haría lo mismo.

Se levantó de la cama, y frunciendo el ceño por las molestias que sentía en el culo al andar, se acercó a la silla donde había dejado su ropa, o eso creía él, pues no lo recordaba, y cogió su móvil que seguía en el bolsillo de su pantalón. Al desbloquearlo vio la cantidad exagerada de llamadas perdidas y WhatsApp, la mayoría de su madre. Echó un vistazo a los mensajes y tras leer varios de ellos se le heló la sangre. Se puso nervioso y no atinó con el número de teléfono, pero tras varios intentos lo consiguió, y el teléfono dio línea, pero nadie contestó. Con el susto se había olvidado de que era Navidad. Se vistió precipitadamente y una nueva punzada le hizo maldecir su suerte. Recogió todas sus cosas y vio el billete de quinientos aún enrollado sobre la mesa. Lo cogió, lo desenrolló, y con la mano lo alisó para que no se le rompiera, y con mucho cuidado volvió a meter el billete en su cartera junto a los demás billetes de menor cantidad. Cuando había llegado al 20 la noche anterior tenía dinero de sobra, ahora, si no conseguía arreglar lo de la póliza, cada euro que tenía en su cartera contaba. Salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí, olvidando encima de la cama, el cuadro de Cuenca que tanto le gustaba.

En busca y captura

La patrulla llegó hasta la casa, y llamó con insistencia al timbre y a la puerta de madera. Los vecinos salieron al ver a la Guardia Civil, y les dijeron a los agentes que El Saboner estaba dentro, pero Fuensanta no había venido en toda la noche, no sabían nada de ella desde la tarde de ayer. Uno de los agentes miró a través de la ventana de una de las habitaciones, y vio el cuerpo en el suelo bajo lo que parecía una lámpara de techo.

— ¡Tira la puerta abajo! —le gritó a su compañero.

El agente obedeció, pero la puerta de madera maciza que había instalado Julián aguantó el enviste del Guardia Civil. Los dos agentes se liaron a patadas, y, al final, el cierre, que no tenía pasado el pestillo, cedió. Entraron en la vivienda y llegaron hasta la habitación, que un tiempo atrás había pertenecido a Aitana. Encontraron al Saboner con la piel azul, los ojos fuera de sus órbitas, y la lengua fuera, en su cuello tenía atada una gruesa cuerda que permanecía aferrada a la lámpara por el otro extremo. La lámpara había cedido por el peso del cuerpo, quizás por el balanceo, ya que los agentes supusieron que, El Saboner, se había subido encima de la cama para después dejarse caer. El anclaje y los cables habían aguantado hasta estrangularle, después, debían de haberse soltado, pero ya era tarde. Llamaron a una ambulancia, aunque no había nada que hacer, ahora le tocaba decidir al juez de guardia para proceder a levantar el cadáver del Saboner, mientras tanto, tendrían que dispersar a los vecinos curiosos que estaban en la puerta dudando si entrar o no, para tener información de lo que había sucedido de primera mano. Uno de los agentes notificó por radio lo acontecido, y mientras esperaban a la ambulancia, el otro dispersó a los vecinos y precintó la zona.

Otra patrulla acudió al bar donde trabajaba Fuensanta, pero el dueño, al verlos, les advirtió que, si veían a Fuensanta, le notificaran que estaba despedida, y les relató cómo la tarde anterior había abandonado su puesto de trabajo sin poner una sola excusa, o usar algún tipo de justificación, o argucia.

Cuando Santiago, Marieta, Daniel Graels, Tuanet, y Dolly, llegaron al cuartel, se enteraron de que se había emitido una orden de busca y captura contra Fuensanta, que seguía en paradero desconocido. También supieron que El Conill se había presentado voluntariamente en el cuartel y, tras haber sido interrogado a fondo, y gracias al testimonio del Guarda Forestal, le habían dejado en libertad por falta de pruebas, pero no podía abandonar el pueblo hasta que se esclarecieran los hechos.

Alejandro se había presentado en el cuartel, y aunque le hicieron muchas preguntas, él no tenía por qué mentir. Él no había hecho nada. Les contó lo de su coche, lo de las amenazas de Sirvent en el 20 por follarse aquella noche a su exnovia Aitana. Les contó que sabía que había sido él, quien había mandado quemarle el coche, pero no tenía pruebas. Les relató cuando vino Chencho a avisarle al 20, y su decisión, en caliente, a pesar de la nieve, de quemarle la fábrica con una sola bolsa de gasolina, pues no le quedaba dinero para más. Sabía que con una bolsa de gasolina no podría quemarle la fábrica, pero sólo quería darle un escarmiento a modo de advertencia. Les contó cómo, cuando llegó al polígono cambió de opinión al ver el Mercedes SLK de Sirvent aparcado enfrente de su fábrica bajo la nieve: Ojo por ojo, y coche por coche, pensó, pero Chencho le convenció para que no lo hiciera. Reconoció haber vaciado el contenido de la bolsa sobre el coche, pero nada más, y el Guarda Forestal podía corroborar su versión. Pero Chencho ya lo había hecho horas antes cuando la Guardia Civil lo llamó. Lo habían dejado en libertad con cargos, y le caería una buena multa por daños a la propiedad privada, y la cuantía dependería si Sirvent denunciaba o no, y Alejandro supo que denunciaría seguro. El juicio tardaría unos meses que, conociendo la rapidez del sistema judicial de este país, sin duda se demoraría, y el pago de la multa, fuese cual fuese, se demoraría mucho más, por lo cual, el Conill se libraría de pagar, y seguramente, de asistir al juicio.

El Guardia Civil que le interrogó le dio un consejo antes de dejarle ir:

— Usa la cabeza chaval, y no te metas en más líos, por esto puede caerte una buena. ¡Joder! ¡Eres un crío! ¡Tienes toda la vida por delante, coño! No te la compliques ¿OK?
Aún tienes tiempo de cambiar, no elijas el mal camino.

Alejandro se le quedó mirando sin contestar, porque, precisamente tiempo, es lo que no tenía.

— ¿OK? — volvió a preguntar el Guardia Civil.

— ¡OK! — respondió él con una sonrisa.

El Guardia Civil lo llevó hasta la puerta, y dándole una palmadita en el hombro le dijo:

—No te quiero volver a ver por aquí.

—No se preocupe que no me verá — y se despidió de él recuperando la tranquilidad.

La nota de Aitana

En un pueblo los rumores viajaban más rápido que el viento. Cuando Paula llegó a su casa, después de que el teniente González disolverá la partida de búsqueda, y varios agentes custodiaran al Saboner hasta su casa, pues el padre de Aitana se negaba a abandonar la montaña hasta que no tuviera noticias de su hija, Paula ya sabía que habían encontrado a su prima muerta. No quería creerlo, hacía unas horas la odiaba, y quizás, en algún momento, le deseó la muerte, pero no iba en serio. Se conformaba con no hablarle en toda su vida, pero ese rumor, esa noticia, le había desgarrado por dentro. Durante la mañana había tratado de avisar a Alejandro de lo sucedido, incluso se había pasado por su casa en el casco antiguo, pero no se atrevió a tocar, de nada hubiera servido, el timbre estaba desconectado, a Alejandro no le gustaba que le incordiaran cuando estaba en su casa. Por eso, cuando se personó la Guardia Civil en su piso, no consiguió localizarlo. Ella le había dejado numerosas llamadas perdidas, y varios mensajes de WhatsApp, pero nada relacionado con la discusión que habían tenido la noche anterior, eso ya había terminado, lo tuviera superado, o no.

Cuando entró en su portería descubrió una nota en su buzón que sobresalía de la abertura superior. La noche anterior no había reparado en ella, en realidad, no sabía si estaba allí o no, porque cuando llegó a su casa no estaba en sus cabales, la droga que le había dado a Isidrin estaba adulterada, pero la que se había metido ella no, y después del subidón vinieron las paranoias. Cogió la nota, y sin esperar un segundo de más la abrió; era la letra de Aitana:

—Hola querida prima. Esta nota no es para pedirte perdón, no tengo por qué hacerlo, pero tú, a pesar de todo, siempre has guardado el secreto de mi don, aun cuando sospechabas que te engañaba con tu propio novio, del que siempre has estado perdidamente enamorada. A pesar de mi don, o por culpa de él, mi vida no ha sido nada fácil, y el que quiera juzgarme por mis actos, que tenga coño, o huevos, de meterse en mis zapatos, incluida tú, querida prima. Hace algún tiempo, usando mi don con tu novio, descubrí su secreto. Te conozco, no me hacía falta tocarte para saber que, si él te lo decía, o si lo descubrías por terceras personas, estarías con él hasta el final, y no lo harías solo por tu condición de enfermera, lo harías porque le querías, porque le quieres. Así que usé mi don contigo para saber qué pasaría después de que él se fuera. Sabes que mis predicciones futuristas no son una ciencia cierta, que son probabilidades que pueden cambiar a razón de las variantes circunstanciales, pero, también sabes que no suelo equivocarme, y cuando lo hago, que en pocas ocasiones ha sucedido, suelo errar por muy poco, y el resultado, prácticamente, sigue siendo el mismo. Así que no podía dejarte vivir aquella vida, por mucho que le quisieras, sabiendo que, de una forma u otra, voluntariamente, la elegirías. En el 20 intenté tocarte, para ver si las variantes, que siempre las hay, habían cambiado el resultado final, hasta el punto, de poder advertirte, porque de algún modo, durante la última noche que pasé con Alejandro, algo había cambiado en él. Pero tú no me dejaste. Sé, que a pesar de mi consejo, él no ha tenido el valor de revelarte su secreto durante vuestra discusión de anoche, por eso, por las variantes, por él cambio que vi en él, y porque creo en ti, y te quiero, te lo voy a revelar yo...

Cuando Paula leyó las últimas frases de la nota que Aitana le había dejado la noche anterior, lo comprendió todo, y dando media vuelta, salió de su edificio, subió la cuesta y las escaleras, y se dirigió al casco antiguo, a la casa de Alejandro. Cuando llegó miró hacia su balcón, pero lo vio cerrado. Tocó al vecino de abajo, y cuando contestó el rumano Alin, ella dijo las palabras mágicas que abrían todas las puertas, incluso la de la cueva de las maravillas de Ali Baba y los cuarenta ladrones:

— ¿Quién? — preguntó el rumano.

— ¡Yo! — respondió Paula, y la puerta se abrió.

Subió las viejas escaleras de dos en dos, y al llegar al rellano del rumano, este la estaba esperando con la puerta entreabierta con una mezcla de curiosidad y extrañeza.

—Lo siento Alin, me he equivocado— le dijo Paula sin apenas detenerse.

—Una lástima— contestó el rumano.

Una voz de mujer preguntó desde el interior de la vivienda:

— ¿Quién es?

—Se han equivocado, ¡vuelve para adentro! Es una chica que busca al Conill.

— ¡Qué novedad! Todas las chicas del pueblo buscan al Conill, y a mí porque no me hace ni caso, que si no, ya le habría dado un gusto al cuerpo cuando tú estás en el obrador.

El rumano se encogió de hombros mirando a Paula mientras con una sonrisa en su cara, que le había arrancado su mujer Ioana, cerraba la puerta diciendo:

— Mujeres rumanas.

En el piso de Alejandro no había nadie, pero Paula esperó sentada en la escalera de su rellano, pensando que le diría, qué iba a hacer, cuando le volviera a ver.

Una hora después apareció Alejandro, y al verle subir desde el hueco de la escalera su corazón se aceleró. Respiró hondo varias veces hasta que lo tuvo delante resoplando por los numerosos peldaños escalados. Alejandro sacó sus llaves y la esquivó para abrir, ella no dejó de mirarle.

— ¿Tú que haces aquí? — le preguntó sin mirarle a los ojos.

—He estado pensando en lo nuestro, y no quiero seguir siendo tu novia. Quiero ser tu amiga, tu 'follamiga', pero nada más. ¿Si a ti te parece bien?

—Me parece bien.

Él entró en su vivienda, y sostuvo la puerta abierta mientras por primera vez desde la noche anterior, le miraba a los ojos. Ella lo apartó con su mano izquierda y entró dentro del piso.

— ¿Qué haces? — preguntó él sorprendido.

—Estrenar nuestra nueva relación, ¿para qué perder el tiempo?

Él le dedicó su sonrisa más sincera, y la besó en los labios. La puerta se cerró, y los amigos fueron directos a la habitación. Justo debajo de él, el rumano Alin arrastraba a su mujer a la cama dejando a los niños en el salón viendo la tele.

— ¡Entra para la habitación, que te voy a dar yo gusto al cuerpo!

— ¡Sí, por favor! — le respondió su mujer fingiendo pudor.

Coartada

Cuando la policía le notificó que habían encontrado el cuerpo de Aitana se desmayó. Cuando volvió en sí estaba siendo atendido por un Guardia Civil. Estaba destrozado, desecho, pero la Guardia Civil no había conseguido localizar a la madre, y le habían dado la funesta noticia al padre, al Saboner, que seguía en su casa desde que había bajado de la montaña custodiado por otros dos agentes, y ahora se la daban a él a unos metros de su casa. Había salido a buscar noticias de Aitana, porque corría un rumor por el pueblo, pero él no quería hacer caso de los rumores, y mucho menos cuando el rumor decía que Aitana había muerto.

— ¿Estás bien chico? ¿Podemos hacerle unas preguntas? — le preguntó el Guardia Civil.

— ¡No estoy bien! ¿Cómo iba a estarlo? ¿Es que la han asesinado?

— De momento seguimos investigando, aunque todo indica que la chica subió a la montaña voluntariamente, y no hay señales de lucha en su cuerpo, ni de abusos sexuales. Aunque sabremos más cuando le hagan la autopsia en Alicante.

¿Qué puede decirnos del folleto que hemos encontrado en su habitación?

— ¿El de: Solo la montaña puede salvarte?

— El mismo — respondió Santiago.

— Aitana me dijo que los hacía Tuanet, que era una especie de hobby inofensivo. Pero es cierto que, durante los últimos meses subía a purificarse al Forat de la Peña, en alguna ocasión yo mismo subí con ella. Allí se desnudaba y tomaba el sol. Pero nada más, no quería ni que hiciéramos el amor.

— ¿Recuerda si había alguien más con quien Aitana hablara de estos temas?

— Su prima. Pero ella no te dirá nada, era su confidente, y siempre la protegía. También subió a la montaña a purificarse en alguna ocasión, pero como a mí, no le iba mucho el rollo de desnudarte. Y también había una amiga con la que iba a la academia en Alicante.

— ¿Qué academia?

— Una que le ayudaba a opositar, había vuelto a estudiar, y quería retomar su antiguo sueño de ser Policía Local, como su amiga Sandra, su mujer.

Santiago recordó la conversación que había mantenido con Sandra sobre esta cuestión, cuando le había confesado que traicionó a su amiga por amor, cuando ambas eran compañeras de la academia de Policía PrePol en Alicante, pero nunca le habló de otra chica.

— Yo mismo bajé a recogerla en alguna ocasión, aunque a Aitana no le gustara que lo hiciera, y nunca vi a su misteriosa amiga, de hecho, no la vio nadie, porque pregunté a algunos de sus compañeros de clase — siguió informando Marcos algo más restablecido.

— ¿Le dijo algo la noche del 20 antes de marcharse de la discoteca?

— Sí, me dijo que le acompañara, que se lo dijera a mis padres y a mis seres queridos, que solo la montaña podía salvarme, salvarnos, que todo terminaría esa noche.

Intenté detenerla, pero no me escuchó, y no estaba en condiciones de impedir que se marchara, me hubiera gustado poder hacerlo, pero... sabe Dios que lo intenté, ¡lo juro por Dios!

— ¿Qué hizo usted al salir del 20? Le vi abandonar la discoteca en el coche de Sirvent.

Marcos tardó en contestar. Parecía que trataba de reunir fuerzas para contar la verdad.

—Tenía que haber ido a buscarla al Forat, pero no tuve valor. Estaba nevando mucho, y tuve miedo de salirme de la carretera en las condiciones que estaba.

— ¿Dónde estuvo usted después de irse con Sirvent? — le volvió a preguntar Santiago.

—Carlos me tiró, literalmente, de su coche, en la puerta de su fábrica. Al principio estaba desorientado, y no sabía dónde me encontraba, pero después de vomitar todo el alcohol que tenía en el cuerpo, y que las arcadas que aún me hacían doblarme por la mitad no regurgitaran nada más, me encontré mucho mejor, y aunque seguía estando mareado, pensé en volver al 20 andando para recoger mi coche e ir a buscar a Aitana al Forat de la Peña. Pero mientras iba andando por el polígono, y posteriormente, por la calle del Safareig, donde está la comisaría de la Policía Local, la nevada empezó a aumentar en intensidad, y cómo te he dicho antes, tuve miedo. Y quise pensar que Aitana, viendo la nevada que estaba cayendo, cambiaría de idea y volvería a casa. Así que me fui a nuestro piso y la esperé allí, pero el alcohol que había ingerido durante toda la noche, y el cansancio acumulado, hizo que, al poco tiempo de sentarme en el sofá, me quedara dormido profundamente, y eso que puse la televisión para distraerme.

— ¿Hay alguien que pueda corroborar su coartada?

—No. Ya te he dicho antes, que con el último que estuve, fue con Carlos, y él me tiró de su coche cuando llegamos a la fábrica. ¿Acaso soy sospechoso? ¿Pero no me has dicho antes que todo apunta a que Aitana subió a la montaña por su propia voluntad, y que no tenía signos de lucha, o abusos de algún tipo que indicaran que había sido forzada?

—Sólo intento entender por qué una chica que no había dado muestras de algún tipo de patología, o depresión, actuó como se supone que lo ha hecho. ¿Qué tipo de drogas tomaron durante la fiesta?

—Las normales, ya me entiendes. Un poco de porros, alguna raya de cocaína, y bastante alcohol.

—Entiendo. De todos modos, lo averiguaremos con el análisis de toxicología.

¿Por qué discutieron en el 20?

—Ruxandra me abordó en la pista de la casa roja de ladrillo visto, y me contó que Aitana había entrado con el Conill a una de las habitaciones del 20. Como no le creía, me llevó hasta allí, y pude ver con mis propios ojos como salían juntos de la habitación.

— ¿Qué le dijo usted?

— Pues puedes imaginártelo. Le dije de todo, y ella no se molestó ni en negarlo. Me dijo que había cometido un error imperdonable, y que yo, me merecía algo mejor. Después me dijo que le

acompañara, pero eso ya te lo he contado.

—Está bien. Es todo. Trate de descansar, y tome mi tarjeta, si recuerda algo más llámeme a cualquier hora

—Gracias. ¿Qué vas a hacer con la rumana?

— ¿Con quién?

—Con la rumana, con Ruxandra, la mujer de Fiorin. Ella me contó todo eso para vengarse de ella por lo de la Coca con cucaracha.

— ¿La Coca que le dio a la concejala? — interrumpió Santiago.

—Sí. Esa Coca era para Aitana, pero Fiorin se equivocó.

—La rumana salió del 20 con Fiorin y su familia a la hora de cierre, yo mismo la vi salir cuando apagaron las luces azules de neón. Pero de todos modos iré a preguntarle.

Gracias por su colaboración, y trate de descansar.

Marcos se incorporó, y secándose con el dorso de la mano izquierda una lágrima que le resbalaba por la mejilla de su cara, se marchó encorvado y con paso pesado otra vez hacia su casa.

Santiago recordó que, después de dejar el coche en el cuartel, cruzó con su propio coche el pueblo, y al pasar por el bar de Fiorin vio salir del establecimiento cerrado a su mujer con algunas cajas de cerveza, ayudada por su primo Alin, el que trabajaba en el obrador, y pensó que, para los rumanos, a pesar de la hora que era, aún seguía la fiesta.

Santiago ordenó a su compañero que regresara al cuartel, él tenía algunos asuntos personales que atender, después volvería andando, de todos modos, todo en el pueblo estaba cerca, y no era un problema desplazarse caminando. Su compañero obedeció.

María estaba tratando de localizar a Fuensanta que, hasta el momento, seguía en paradero desconocido.

La casa blanca

La Sargento buscó por todo el pueblo, pero no había ni rastro de Fuensanta. Volvió a pasarse por el bar donde trabajaba, pero seguían sin tener noticias de ella. Después de comer en aquel mismo bar, Marieta y su compañero provisional, cogieron el coche patrulla y giraron por la gasolinera, y tras descender unos metros en una semi curva, enfilaron la cuesta del barrio Sagrada Familia por la Policía local en el Safareig, y tras cruzar la carretera que venía del polígono, donde solían poner la ITV móvil, nada más subir la cuesta, se detuvieron delante de un chalet de lujo de tres plantas de diseño almohade que destacaba sobre todos los demás, que siendo igualmente impresionantes, seguían manteniendo el estilo jjonenco tradicional. El chalet era una mezcla de modernismo con arquitectura árabe. Su fachada de piedra blanca pulida reflejaba la luz del sol, y el tejado amurallado tipo castillo, estaba repleto de paneles solares que podían verse desde la calle. La reja de entrada era de hierro forjado que parecía oxidado, al igual que los farolillos que rodeaban el chalet, y la valla que daba intimidad a las estancias de todas las plantas, que estaban protegidas por planchas de hierro forjado con apariencia oxidada con motivos arabescos perforados a mano. En el jardín tenían una piscina climatizada rodeada de cuatro leones de piedra, copias exactas de la Alhambra, que tiraban agua por la boca cuando la depuradora estaba en marcha. Cuando no la usaban, la piscina se tapaba con cubierta automática. Todas las persianas del chalet, también automáticas, simulaba la madera natural de la época arabesca. Un portón de madera medieval cubría la puerta de entrada, con una pequeña reja en el centro de la puerta del tamaño de una ventana pequeña, bajo la cual podía verse la cabeza de un sultán de bronce con un gran aro en la boca que servía para llamar, pero no se usaba. Todo el chalet estaba vigilado por cámaras de seguridad y sensores de movimiento. Cuando los agentes iban a pulsar el interruptor de llamada del portero automático con cámara, el portón de madera se abrió, y tras el apareció Carlos Sirvent.

—Adelante. Pasen. ¿Qué puedo hacer por ustedes? ¿Saben algo del incendio de mi Mercedes?

La escalera de acceso a la puerta principal estaba decorada con dos grandes máquinas de hacer turrón a la manera tradicional; un Boixos, y una Mecánica. Marieta se quedó mirándolas al pasar, y Carlos Sirvent, que se dio cuenta del detalle, intervino:

—Con esas dos máquinas empezó mi tatarabuelo en la fábrica, y mira ahora lo lejos que hemos llegado.

— ¿Podemos hablar en algún sitio más adecuado? — preguntó La Sargento.

—Por supuesto, pasen y acomódense— respondió Sirvent—. ¿Quieren tomar algo?

—No. Muchas gracias señor Sirvent, pero solo estamos de paso, y siento molestarle en el día de Navidad, pero no tardaremos mucho.

— Estoy a su total disposición— respondió.

Se sentaron entorno a una gran mesa de madera protegida por un grueso cristal, que en realidad, era un arado antiguo con piedras incrustadas, tras ellos, en una gran jaula dorada, había una lechuza blanca.

—Ustedes dirán — se ofreció el anfitrión.

—Ayer estuvo usted en el 20.

—Obviamente, la discoteca es mía, y si quieres que un negocio vaya bien tienes que estar encima — interrumpió él.

—Numerosos testigos le vieron discutir con Alejandro Fuster, y oyeron como le amenazaba — le contestó ella sin dejarse amedrentar por el empresario.

—Que yo sepa amenazar no es un delito, pero si tengo que llamar a mi abogado ustedes dirán — amenazó él sin perder la compostura—. Además, he oído que ya saben que el Conill fue quién me quemó el coche.

—Lo estamos investigando, pero hay un testigo fiable que lo exculpa.

— ¿Quién? — preguntó mostrando indiferencia.

—Ese dato no podemos revelarlo, aún estamos en el transcurso de la investigación — respondió Andrés, el nuevo compañero de La Sargento.

—De momento, a Alejandro solo podemos acusarlo de daños menores a la propiedad privada, pues él mismo ha reconocido que roció con gasolina su vehículo — añadió Marieta.

— ¿Y a qué esperan para detenerlo? ¿O ya está entre rejas?

—No. No lo está. Para poder acusarlo tiene usted que denunciar — informó Andrés.

—Pues quiero denunciar ahora mismo. Tomen nota.

—Tiene usted que acudir al cuartel — volvió a informar Andrés.

—Está bien. Ahora mismo iré. ¿Les puedo ayudar en algo más?

—Sí. Hay un testigo que anoche le vio bajar del Forat de la Peña. ¿Qué hacía usted allí?

— ¿Me están acusando de algo? — preguntó Sirvent levantándose de la silla de madera tallada tapizada con piel blanca, que resbaló suavemente por el suelo de mármol blanco pulido sin hacer ruido.

—No. Sólo estamos recopilando información — añadió La Sargento sin apartar la mirada del empresario.

—Pues si no van a acusarme de nada pueden marcharse, y en caso contrario, llamen a mi abogado

— Sacó de su cartera una tarjeta y la lanzó sobre el cristal de la mesa.

Qué pasen ustedes una Feliz Navidad. Si me disculpan, tengo que poner una denuncia.

Marieta salió del chalet sabiendo que Tuanet era un testigo que no tenía valor ante un tribunal, también sabía que el empresario se iría de rositas y que no podrían relacionarle con el incendio del Barranquet, lo que no sabía, ni entendía, y le cabreaba sobremanera, era por qué, sin razón aparente, el teniente de guardia le había cambiado de compañero. Sospechaba que tenía algo que

ver con Santiago, con el cambio que había notado en él hacía solo unas horas, pero le sorprendía lo rápido que había actuado para quitársela de encima. La última vez que habían estado juntos fue cuando pusieron en libertad a Tuanet y a su cabra, no tenían nada de lo que acusarle, y todo lo que sabía sobre el caso de Aitana ya lo había contado, o era irrelevante. Marieta no entendía que había pasado, no sabía si era algo que había dicho, o algo que había hecho mal, pero desde el momento en el que habían acompañado al Saboner a su casa, Santiago había cambiado, y no le gustaba.

La llamada

Cuando Santiago le telefoneó sobre el medio día, sabía que eran malas noticias. Nada más oír que habían encontrado el cuerpo sin vida de Aitana, no pudo seguir escuchando a su marido y tuvo que correr al baño a vomitar.

Ella lo sabía, lo sabía cuándo la tocó, en el rellano de su escalera, sabía que Sandra, a pesar de lo que ella había hecho con Santiago, no le haría ningún daño, ni tampoco revelaría su secreto. No había dejado de pensar en ello desde que había vuelto de la partida de búsqueda esta mañana, y no había dejado de vomitar desde entonces. Ella lo sabía, sabía que Sandra estaba embarazada, y se alegraba por ello, lo había visto en sus ojos antes de provocarla.

El teléfono seguía conectado y Santiago, al otro lado, preocupado, seguía preguntando:

— ¿Estás bien? ¡Sandra! ¿Ha pasado algo? ¡Estoy ahí en cinco minutos!

Sandra cogió el teléfono a tiempo.

— ¡No! No. Tranquilo, es que... todo esto, todo lo de Aitana... me está superando.

¿Cuándo vas a venir a casa? Tengo algo que contarte.

— ¿Puede esperar?

— Sí. Tranquilo.

— ¿Es bueno o malo?

— Bueno. Creo que bueno.

— ¿Creo? Sandra, no me gusta cómo suena eso.

— Tranquilo es bueno. No tardes mucho, te espero.

—OK. Tengo una cosa que comprobar que, como mucho, me llevará un par de horas, después recogeré el coche del cuartel y nos vemos en casa.

—OK. Ten cuidado.

— Lo tendré. Besos cariño.

—Besos — Sandra pulsó el botón rojo con el icono del teléfono, y cuando hubo colgado pronunció un sincero: Lo siento.

Unas horas antes...

Tan cerca y tan lejos

Tan cerca y a la vez tan lejos. Para usar su don tenía que tocar a Marieta, pero cómo hacerlo sin que pareciera... raro, forzado, premeditado. Nunca había tenido contacto con ella más allá del roce involuntario del trabajo, pero tenía que saberlo, saber si ella tenía algo que ver con la muerte de Aitana. Pensó en dar un frenazo con el coche, y tocarla fingiendo preocupación, pero él, desde que era su compañero, nunca había hecho algo así, y Marieta era muy perspicaz y sospecharía. En la parte trasera del 4x4 viajaba Tuanet, Dolly, y Daniel Graels esposado. Aún tenían que interrogarlo, pero Santiago sabía que no tenía nada que ver con la muerte de Aitana, ya que para meterlo en el coche esposado lo había tocado. Encontrarlo en la cueva del Corral había sido un cúmulo de circunstancias que habían coincidido por culpa de la nevada. Santiago no había encontrado en su mente ningún indicio que relacionara a Daniel con Aitana, a excepción de Marieta y su padre, el capitán Fornás, quien había utilizado sus influencias para organizar la redada en casa de Graels. Alguien le había dado el soplo, alguien del pueblo había sido el delator, sabían dónde tenían que buscar, si tocaba a Marieta estaba seguro de que lo descubriría, además de asegurarse de que ella no había tenido nada que ver, directa o indirectamente, con la muerte de su hermana.

Llegaron al cuartel, y bajaron al detenido, a Tuanet y a la cabra, y no encontró el modo de tocar a su compañera. Todos entraron en el edificio de la Guardia Civil, pero él llevaba del brazo a Graels, mientras que Marieta acompañaba a Tuanet a una de las salas vacías hasta saber qué hacer con él. En teoría no podían retenerlo más, y tampoco tenían razones para hacerlo. Su superior de guardia autorizó que lo pusieran en libertad, y Daniel ocupó una de las celdas. No había sido detenido por nada relacionado con Aitana, había sido detenido por tráfico de drogas, resistencia a la autoridad y fuga. Daniel iba a pasar mucho tiempo en la sombra. Cuando Marieta salía del despacho del teniente de guardia, Santiago, abstraído en sus pensamientos fingió no verla y chocó con ella, los informes que llevaba en la mano se le cayeron al suelo, y Santiago, fingiendo torpeza y disculpándose con ella, se los recogió. El contacto había sido leve pero suficiente para su don. Marieta no tenía nada que ver con la muerte de Aitana, pero su padre, El capitán Miguel Fornás, había presionado al Fardacho para que se fuera de la lengua con Graels.

Santiago entró en el despacho del teniente de guardia y le hizo una petición, acabarían antes con todo este asunto si Marieta y él se separaban para abarcar el doble. Los dos conocían el caso y sabían dónde tenían que buscar, y podían llevar varios frentes a la vez si se separaban e iban acompañados por otros compañeros que tenían que ponerse al día con los casos sucedidos durante la Nochebuena que, aparentemente, estaban relacionados. Por un lado, estaba el incendio del Barranquet, que presuntamente había ordenado Sirvent como represalia por haberse acostado Alejandro con Aitana. Por otro estaba el incendio del Mercedes de Sirvent, que presuntamente lo había quemado el mismo Alejandro como venganza, y después estaba el suicidio del Saboner y la desaparición de Fuensanta, y todo estaba relacionado con la muerte de Aitana que unía todos aquellos frentes. Al teniente le pareció bien la iniciativa de Santiago, pues si no agilizaban todo ese asunto estarían allí hasta el día de Reyes; si Marieta estaba de acuerdo y no tenía inconveniente, el teniente de guardia daría luz verde a la propuesta, y Marieta, aunque se había

mostrado algo confusa con la iniciativa de su compañero, no tuvo inconveniente de que así se procediera.

Después de interrogar a Marcos Jornet, Santiago subió a pie hasta la calle Mare de Déu del l'Orito, en el barrio del Fardacho, pero no lo encontró en su casa, su madre, después de asegurarse de que su hijo no había hecho nada malo, le dijo al Guardia Civil que Joselín acostumbraba a subir al Castell a fumarse sus cigarrillos liados. Allí lo encontró, mirando hacia las casas del pueblo por encima del muro que le llegaba a la altura de los hombros. Cuando el Fardacho vio al Guardia Civil tiró el porro al interior de la casa derruida.

—Tranquilo. Sólo vengo a hacerte unas preguntas.

— ¿Más preguntas? — respondió el Fardacho.

— ¿Ya has hablado con mis compañeros? — preguntó Santiago.

—Con tus compañeros no.

— ¿Con quién? — indagó el Guardia Civil.

— No. Con nadie. Me he confundido— rectificó Joselín.

Santiago se acercó a él y le puso su mano sobre los hombros.

Santiago vio al Fardacho escondido en el coche de Aitana. Oyó la voz de la chica, y vagamente, la de una segunda mujer que El Fardacho reconoció como la voz de Fuensanta. Vio a Sirvent con la furgoneta de turrónes La Marca, y vio a través de los ojos de Joselín lo que pasó en aquella casa ennegrecida por el fuego, ahora medio derruida y deshabitada.

— ¿Qué hacías escondido en el coche de Aitana?

Al Fardacho se le salieron los ojos de la impresión.

— ¿Cómo lo sabes? ¿Quién...? ¿Quién te lo ha dicho? — tartamudeó Joselín.

— ¡Responde! ¿Qué hacías escondido en el coche de Aitana?

—Sólo... Yo solo... Solo quería darle una sorpresa a mi novia. Pero al oír a su madre me asusté. Su madre la mató.

— ¿A quién mató? ¿A Aitana? — preguntó Santiago inquisitivamente.

—No. Su madre mató al Súcubo que vivía en esta casa. La tiró por el acantilado del Castell— y El Fardacho se vino abajo y comenzó a llorar como un niño—. Yo la quería. Nunca le hubiese hecho ningún daño.

—Te refieres a Aitana.

— Sí. A mi novia. Si lo hubiera sabido no la habría dejado sola. Pero su madre...Fuensanta... es mala, y le tengo miedo. Mira lo que le ha pasado al Saboner. Ha sido ella, estoy seguro. La oí hablar con Aitana en la montaña.

Santiago observó a Joselín profundizando en sus recuerdos, y no encontró ninguna razón para detenerlo.

—Está bien. Puedes marcharte— le dijo dándole unas palmaditas suaves en la espalda.

—No se lo diré al capitán verdad, al padre de La Sargento. Me dijo que si se enteraba de que hablaba con alguien... me mataría, y me llevaría a la cima del Forat para que me despedazaran los buitres.

—No te preocupes, no le diré nada, siempre y cuando te portes bien y no crees problemas en el pueblo.

—Nunca los he creado, pero El capitán..

—Del capitán me ocupo yo.

—Gracias señor, es usted una buena persona — se marchó calle abajo por el asilo de las monjas.

Santiago se dio la vuelta, y apoyó los brazos en el muro. El tejado de la casa se había caído casi por completo, y la vivienda estaba medio derruida y llena de basura y escombros, pero reconocía las estancias de la casa donde había vivido de pequeño.

Una mujer musulmana con una túnica blanca floreada y un velo a juego con el que se cubría la cabeza dejando a la vista unas gafas de sol desproporcionadas de pasta negra, pasó frente a la casa y se detuvo a mirarle con curiosidad. Santiago la observó, y pensó, que el contraste entre tradición y moda no hacía justicia a la mujer que se escondía debajo de esa apariencia recatada. La mujer siguió caminando sin prestarle atención, y él se adentró una vez más en sus recuerdos.

Pasaron más de diez minutos en el mundo real, y Santiago, se incorporó, llenó sus pulmones de aire de la montaña para serenarse, y se acercó al acantilado por donde había visto caer a su madre en diferentes mentes. La caída desde esa altura sin duda era mortal.

—Hola Piñonet.

El corazón de Santiago se detuvo, y no tuvo el valor para darse la vuelta.

— ¿No vas a abrazar a tu madre?

—La mujer musulmana— pensó, y conteniendo la respiración se dio la vuelta, pero aquella mujer no era la mujer musulmana, era su madre.

Santiago reconoció aquellos ojos, aunque la cara que recordaba, mucho más joven, no mostraba los estragos del tiempo y las secuelas de una vida atormentada.

Marta caminó hacia él sin prisa, con delicadeza, como el niño que avanza hacia la mariposa posada sobre la flor que quiere cazar, pero tiene miedo de que cualquier movimiento la haga volar.

—Cuanto te he echado de menos Piñonet.

Santiago seguía observándola sin creerse lo que estaba viendo.

— ¿Tú has echado de menos a tu madre, Piñonet? — le preguntó Marta mientras con delicadeza, cogía entre sus manos la cara de Santiago.

Con el contacto los dones se activaron. El de Santiago comenzó a ver lo que había ocurrido hacia veinte años en aquel lugar, cuando Marta, a quien aquella cuadrilla llamaba: El Súcubo, fue empujada por Fuensanta por el acantilado del castillo.

TOC 9 Capítulo 8

Marta sobrevivió a la caída, y tambaleante e ida, consiguió llegar hasta la mansión que parecía un castillo más allá del Través, en el desvío hacia La Torre, la casa con la que ella y Fuensanta habían soñado de niñas. Sin apenas poder mantenerse en pie, y a punto de desmayarse debido a la sangre que había perdido, Marta logró entrar en la casa abandonada y en ruinas, y con mucha dificultad, y tras varias caídas, consiguió alcanzar la planta de arriba del torreón. La escalera de acceso estaba medio derruida, pero logró sortear las piedras y llegar hasta la ventana de su derecha, la ventana de la izquierda vista desde afuera, la misma ventana que ella había elegido años atrás. Cuando amaneció, el hortelano que vivía cerca de la mansión abandonada, vio la imagen de la mujer en la ventana y se asustó. Ese día comenzó la leyenda del fantasma. Muchos fueron los que vieron a la mujer de la ventana a lo largo de los años, y su leyenda se afianzó entre los jijonencos. Muy pocos se atrevían a ir hasta allí, pues creían que la mansión estaba embrujada, y los valientes que lo hacían, tomaban fotografías en las que se veía al fantasma asomado a la ventana de la izquierda del torreón. Se hicieron psicofonías que llegaron a emitir en horario de máxima audiencia en Cuarto Milenio, y numerosos fans del programa viajaron hasta Xixona para ver la mansión embrujada. La gente del pueblo incorporó a su tradición la leyenda del fantasma de la casa embrujada y, con el tiempo, y la ausencia de forasteros amantes del misterio, se normalizó todo aquello. Los jijonencos no se acercaban a la casa, pues tenían miedo del fantasma, y esa superstición permitió a Marta un lugar donde vivir y recuperarse de sus heridas. Marta se alimentaba de los bancales de los alrededores, y cogía ropa de los tendedores de las casas, pero nunca se acercaba al pueblo por miedo a ser descubierta, hasta que el pueblo la olvidó, y nadie más volvió a mencionar a Marta, ni al Súcubo.

Marta sobrevivió a la quema de brujas, pero la caída, los golpes que recibió en la cabeza contra las rocas, la trastornaron, pero su don no desapareció por los daños sufridos en su cabeza, su don mutó. Ahora no sólo podía ver lo que pensaban los demás cuando los tocaba, ahora, podía meterse en sus cabezas y hacerles creer lo que su mente trastornada quisiera.

El don de Marta seguía luchando contra el don de su hijo tratando de someter su mente como había hecho con Aitana, pero a su madre le costaba entrar en la mente de Santiago.

Santiago vio a su hermana cerca de la academia acompañada por Marta, quién no dejaba de tocarla, y comprendió que, la amiga que nadie había visto, existía, era su madre.

Después la vio en la montaña nevada del Forat de la Peña, en el día de ayer, cogiendo con delicadeza la cara de Aitana, como estaba haciendo en ese mismo instante con él. Escuchó un mensaje muy potente que no podía repeler: Solo la montaña puede salvarte. El mensaje se repetía una y otra vez, y no supo si lo hacía en la mente de Aitana, o en la suya propia. Él seguía viendo a su madre tocar a Aitana en la montaña nevada, y el mensaje a modo de mantra seguía sonando en su cabeza:

— ¡Solo la montaña puede salvarte!

La mente de Santiago era fuerte porque apenas había usado su don, y si el don de su madre había mutado con la caída, el suyo también lo había hecho cuando se fusionó con la mente de su hermana aquella fatídica noche. Aquella noche, en la ducha, sus mentes se habían fusionado, y una parte del don de Aitana había quedado anexionado a su memoria, y una parte de él en la de su hermana. Pero la mente de su madre era más fuerte y poco a poco iba derribando sus defensas. El mensaje cada vez era más fuerte y no podía resistirse a él, hasta que Marta consiguió entrar. Lo último que vio Santiago fue a su hermana desnudarse, subir la montaña arañándose con los matorrales y desollándose la planta de los pies, y tumbarse en la fría nieve boca arriba para esperar a la muerte. Antes de que la hipotermia la sumiera en un sueño eterno, Aitana miró a su hermano a través de su mente y le pidió perdón, una parte de ella siempre estaría viva en su interior, pero la única forma de hallar la salvación era a través de la montaña:

— ¡Solo la montaña puede salvarte!

Santiago notó que ya no podía resistirse, y la poca resistencia que ofrecía a la mente de su madre, se evaporó.

Cuando todo parecía perdido, una mancha blanca se abalanzó sobre Marta rompiendo la conexión. La mujer musulmana, que en realidad era Fuensanta, empujó a Marta con la fuerza que le dio el peso de su cuerpo y la velocidad que habían alcanzado sus piernas. Marta volvió a caer por el mismo acantilado veinte años después, pero antes de caer, Marta consiguió tocar a Fuensanta y, al caer de espaldas, sin apartar la mirada de los ojos de su antigua amiga, Marta le sonrió y se encogió de hombros como lo había hecho su amiga cuando muchos años atrás, descubrió su traición al arrebatarse el amor de su vida.

Santiago volvió en sí, y el mensaje que había estado oyendo se desvaneció de su mente por completo. Buscó la razón que le había despertado, pero solo pudo ver desde lejos la túnica de la mujer musulmana perderse por las calles del pueblo.

Fuensanta parecía estar bien, se había vuelto a cubrir la cabeza con el velo, pero había perdido las gafas durante el duelo. Caminaba tranquilamente por las calles de Xixona deleitándose con su pueblo, hasta que dejó atrás el Través, bordeó los bancales del desvío de La Torre, y se adentró en las ruinas de la casa embrujada, subió la escalera medio derruida hasta la planta de arriba, se sentó en el dintel de su ventana, la de su izquierda, la derecha vista desde afuera y, poniéndose de espaldas, se dejó caer, una mancha de sangre que surgió de su cabeza al golpearse contra las piedras comenzó a teñir la tierra que le había visto nacer y perecer.

El secreto desvelado

Alejandro, tras los recientes acontecimientos, y después del apoyo que le había brindado su compañero, había decidido contarle su secreto.

—Xixona está rodeado de montañas, es un pueblo de montaña, ¿dónde podría vivir mejor un guarda forestal? Y, además, mira esta estampa de Navidad, es única. Nunca había visto Xixona tan bonita— le dijo Chenko a Alejandro.

—Nunca había visto una nevada así en toda mi vida, no está mal para ser mi última Navidad.

— ¿Se lo has dicho Paula?

—Sí.

— ¿Y cómo se lo ha tomado?

—Creo que bien. Dice que lo que cuenta es el ahora, no lo que pase dentro de unos meses.

—Es una buena tía.

—Lo es. Si hubiese tenido tiempo, me habría gustado sentar la cabeza con ella.

— ¿Tú sentar la cabeza? No me hagas reír.

— ¿Por qué no? Y tener niños, y enseñarles a escalar.

—Claro, claro. ¿Qué te has metido que no me has invitado?

— ¿Y tú? Cuando vas a cortarte esas rastas y esa barba, y volverte una persona respetable.

— ¡Nunca! —respondió Chenko entre risas—. Yo dejaré de llevar rastas, cuando ya no pueda sujetarlas.

—Pues te queda menos tiempo que a mí— le dijo Alejandro mientras con el dedo le daba unos golpecitos en la calva.

— ¡Serás cabrón! Oye. ¿Has pensado en donar tu pelo? Esos ricitos rubios me sentarían de miedo.

—Sí, en los huevos.

Y los dos amigos se echaron a reír.

Al otro lado del Pueblo, Paula pensaba en la nota de su prima. No abandonaría al Conill, y estaría con él hasta los últimos momentos de su vida, pero sabía, según su experiencia de enfermera, que sus últimos días serían los más duros, y él, después de afrontar el momento más dramático de su vida, se iría, pero nunca lo haría del todo, una parte de él nunca lo haría, y seguiría acompañando a Paula el resto de su vida, y ella, tendría que aprender a vivir con ello, pero no sabía si lo soportaría. Tenía la esperanza de que, si Aitana había decidido contárselo, era porque sabía que lo superaría, esas variantes que había visto habían sido suficientemente importantes como para hacer cambiar de opinión a su prima, y durante la corta vida que vivió, nunca vio a Aitana

cambiar de opinión.

Su tía había aparecido muerta a los pies de la torre de la casa embrujada, y el rumor de que había sido el fantasma se propagó por el pueblo en apenas unas horas, e incluso algunas personas del pueblo aseguraban haber visto a Tuanet y Dolly repartir sus folletos por Xixona, pero no se los daba a cualquier persona; le dio uno a Asunción, la madre de Isidrin y a José su padre, otro al capitán Miguel Fornás, y a su mujer Piedad, otro a Carlos, y a su padre Tomás Sirvent, y otro lo había dejado, según él, pendiente de ser entregado, porque tenía que comer.

Esa Navidad había dejado en Xixona una imagen de postal para el recuerdo, pero detrás de esa imagen de ensueño se escondían los muertos, y las consecuencias vinculadas a ellos. La última noticia que se había propagado entre los jjonencos era que una turista, buscando la foto perfecta de la nevada sobre la sierra jjonenca, se había arrimado tanto al acantilado del Castell, que se había despeñado por él muriendo en el acto. Esa desgraciada Navidad se estaba cobrando un precio muy alto, pero Paula no quería que esa Navidad pasara, porque sabía que esa Navidad, sería la última que pasaría con Alejandro Fuster, más conocido como: El Conill.

Un día duro

Santiago llegó de madrugada, Sandra le esperaba despierta bajo las sábanas.

— ¿Un día duro eh?

—No creo que puedas ni imaginarlo— le respondió él.

—Me he enterado de lo de Fuensanta.

—Si. Se había disfrazado de musulmana, por eso no la encontrábamos.

— ¿Se sabe si tuvo algo que ver con la muerte de su hija Aitana?

— Si lo tuvo, ya no puede demostrarse, pero creo que Fuensanta se suicidó, porque no pudo soportar la muerte de su hija y la de su marido en el mismo día.

Creo, personalmente, que Aitana murió voluntariamente, quería escapar de algo, y no se le ocurrió una forma mejor que esa.

— ¿De qué crees que quería escapar? — preguntó Sandra dejándose llevar por verdadera curiosidad.

—De lo que su madre esperaba de ella.

Sandra guardó unos segundos de silencio mientras meditaba la respuesta.

—Ser padres no debe de ser fácil.

—Desde luego— respondió Santiago convencido de ello.

—Pues tendremos que aprender a serlo. Juntos— le dijo Sandra mientras se tocaba la barriga con una sonrisa sincera.

Santiago fingió sorprenderse, y fue muy convincente.

— ¿Vamos a ser padres?

— ¡Sí! — y ambos se abrazaron sobre la cama con un futuro latiendo en sus entrañas.

Papá Noel

Carlos Sirvent tiró el folleto que le había dejado Tuanet sobre el Mercedes de su mujer.

— ¡Puto loco de la cabra! — un día de estos te voy a dar un escarmiento.

— ¡Papá cuéntale a este 'Peladilla' que Papá Noel entró en casa anoche por la chimenea!

— Así es Julianet. Todos lo oímos reírse junto al árbol de Navidad.

— ¡Ves cómo es verdad! ¡Mi padre tiene tanto dinero que ha comprado a Papá Noel!

A Carlos le hizo gracia la respuesta que su hijo dio al sobrino de su mujer, y comenzó a reír a grandes carcajadas, su hijo, que estaba convenciendo a su primo aún, se paró, observó a su padre viendo cómo se reía, y sus ojos reflejaron la más profunda decepción de su vida.

Un año después...

El capitán Miguel Fornás y su mujer Piedad Planelles desaparecieron de su casa el día 24 de diciembre. Su hija, la Sargento de la Guardia Civil María Fornás, denunció la desaparición en la comandancia de la Guardia Civil situada en la calle José María Samper.

El día de Navidad, la Guardia Civil, como había hecho un año antes, organizó una partida de búsqueda a primera hora de la mañana, pero esta vez fueron muy pocos los vecinos que se ofrecieron como voluntarios.

El coche del capitán apareció en la ladera de la montaña, exactamente en el mismo lugar en el que apareció el coche de Aitana Mira un año antes, muy cerca de la senda utilizada por los senderistas para acceder a la cima del Forat de la Peña.

Chencho Ibáñez, El Guarda Forestal de la zona, divisó el vehículo cuando hacía escalada en el Forat, y avisó inmediatamente a las autoridades. Los agentes de la Guardia Civil se desplazaron hasta la zona, y encontraron los cuerpos muy cerca de la vaguada en muy mal estado, por el resultado de la caída desde la cima de la Peña. Los cuerpos aparecieron desnudos, y al igual que Aitana Mira, tenían las plantas de los pies desolladas por la dificultosa subida.

El teniente de la Guardia Civil, Gaspar González Armero, al mando de la investigación, no quiso hacer declaraciones, pero todo parecía indicar que la pareja subió al Forat a la Peña voluntariamente.

Tras el resultado de la autopsia del matrimonio de Xixona, se descubrió que, la principal causa de la muerte, fueron las heridas sufridas por la caída, y no se encontró ningún tipo de droga o sustancia en el organismo de las víctimas que pudiese haber confundido al matrimonio.

Sus ropas se encontraron desperdigadas por la ladera de la montaña, y dentro del bolsillo del pantalón del capitán, se halló un folleto arrugado que decía: Solo la montaña puede salvarte.

Tras hablar con María Fornás, la sargento manifestó que sus padres, durante el último mes, se comportaban de forma muy extraña, y no paraban de hablar de subir al Forat de la Peña a purificarse. Decían haber conocido a una mujer que les estaba ayudando, pero la sargento Fornás nunca la vio.

Preocupada por el estado de sus padres, la sargento concertó una cita con el psicólogo del cuerpo, pero el psicólogo no encontró ningún tipo de problema o patología, y atribuyó el estado de sus padres al estrés ocasionado por el trabajo.

Unas horas antes de desaparecer, la pareja se despidió de su hija, asegurando que había llegado el momento de liberar su alma. María Fornás concertó una cita con el médico, que sus padres nunca

llegaron a usar. Su hija intentó hacerles entrar en razón, pero le fue imposible. Ellos alegaban haber cometido un grave error en el pasado, y solo la montaña podía salvarles.

La familia del capitán Miguel Fornás estaba destrozada, y las autoridades habían decretado un día de luto que se haría efectivo el día después de Navidad.

Marieta sabía que sus padres no se habían suicidado, y se juró a sí misma, tardara lo que tardase, que algún día encontraría al responsable de la muerte de sus padres, aunque fuese un fantasma.

Primer martes después de Navidad.

La Panerola

Ruxandra estaba alegre, el nuevo bar estaba hasta la bandera, ese martes no tenía ni una mesa libre. Habían cerrado el Ché que bó, y habían abierto un nuevo bar llamado La Panerola en la avenida de la constitución. Sus Cocas eran las mejores del pueblo, y los martes de mercado todo el mundo acudía a su bar llamando con antelación para reservar sus famosas Cocas. Atrás quedaba ese mal recuerdo, ya no se sentía culpable por lo que había hecho. Esa chica merecía un escarmiento, y ella se lo dio, lo que pasó después no fue culpa suya, ni ella tuvo nada que ver con todo aquel asunto oscuro. Nunca había vuelto a hablar de lo sucedido, y hasta el novio de la joven había rehecho su vida, todos querían olvidar lo que sucedió el año anterior, pero no todos podían.

Por el mercado vio paseando con su bebé, el hijo del Conill que había fallecido hacía ya nueve meses, a Paula Mira, la prima de Aitana, y ella cuando levantó la cabeza y vio a Ruxandra, endureció su expresión, ella nunca la perdonaría. Pero a Ruxandra no le importaba la opinión de esa chica, ella, si pudiera volver atrás, volvería a hacer lo que hizo aquella noche en el 20, porque esa chica la había desafiado, y nadie juega con los rumanos.

Tuanet se acercó al mostrador acompañado de Dolly, y Fiorin, su marido, lo acompañó con una sonrisa a su mesa de siempre.

— ¿Ropa nueva Tuanet? — le preguntó Fiorin con una sonrisa.

— Sí. También le he comprado un collar nuevo a Dolly. Mira qué bonito, y este cascabel suena, no como el otro— y movió el cascabel con la mano para que lo oyera el rumano.

— Muy bonito sí, y tu ropa también, vas muy guapo, se nota que es ropa buena, ¿es que te ha tocado la lotería?

— ¡Mucho mejor! Dolly encontró, en la última habitación de la cueva del Corral, el dinero que el fantasma había dejado para mí por mi lealtad.

— ¿No me digas? — preguntó el rumano con una curiosidad fingida que ocultaba su incredulidad.

— Como te lo digo. Yo estaba imprimiendo los folletos del fantasma, con Dolly muy cerca de mí, pero me despisté un segundo y Dolly, que es muy buena rastreando, desapareció en el interior de la cueva. Como el cascabel que tenía antes no sonaba no la oí moverse, y cuando me quise dar cuenta había desaparecido. La llamé, pero no contestó. Así que cogí una vela y me adentré en las habitaciones interiores de la cueva. Y allí estaba, olisqueando una mochila que estaba escondida en un rincón de la habitación. Me costó separar a Dolly de la mochila, esta cabra es más terca que una mula, y cuando conseguí apartarle el hocico, y abrí la cremallera... ¡estaba llena de dinero! Dolly había encontrado el dinero que el Fantasma había dejado para mí. ¡Mira! — y sacó de su

bolsillo un buen fajo de billetes de 50 euros—, por eso le he comprado este collar tan bonito, se lo ha ganado por ser tan buena rastreadora.

Fiorin no podía creerse lo que veía, sabía que todo ese dinero no era de ningún fantasma, seguramente sería de algún traficante, y cuando fuera a buscarlo a la cueva del Corral, Tuanet, tendría mucho más que problemas.

— ¿Qué queréis tomar hoy? — le preguntó el rumano.

— Dos Cocas especiales de Panerola, una para mí y otra para Dolly, que se lo ha ganado.

— Marchando — contestó Fiorin mientras pensaba que Tuanet y Dolly, tenían los días contados.

TOC 10 *Epilogo*

Santiago García miraba la casa medio derruida donde había pasado gran parte de su infancia, detrás de él, caminaba Sandra empujando el carricoche en el que llevaba durmiendo al pequeño Ismael. Se detuvo, observó a su marido vagar por sus recuerdos, unos recuerdos que ella desconocía, y cuando Santiago volvió en sí y la miró a los ojos, ella le sonrió con amor y simpatía.

— ¿Te gusta esa casa? Porque siempre que pasamos por aquí no puedes evitar mirarla. ¿Sabes que, en esa casa, según contaba mi padre, vivió una bruja?

—No. No lo sabía.

—Pues según mi padre, él y su cuadrilla subieron hasta aquí, sacaron a la bruja de su casa en plena noche, la arrastraron hasta lo más alto del Castell, y desde allí, la despeñaron por el acantilado.

—No sabía que tu padre era de Xixona.

—Lo era. Se mudó a Mutxamel después de casarse, a casa de sus padres, pero el nació y creció en Xixona, al igual que mi madre, y tiene historias y leyendas del pueblo para aburrir. Algún día tienes que decirle que te las cuente.

—Algún día —repitió él, mientras en su cabeza oía la voz de su madre que le decía:

Solo la montaña puede salvarte.

TOC 11 *Glosario*

Al tigre: Al váter.

Barranquet de la Font: Barranquito de la fuente.

Castell: Castillo.

Charrar: Hablar.

Cueva del Corral: Cueva de los corrales.

Emparanoiando: sufrir paranoia por algo.

El Conill: El Conejo.

El Fardacho: El lagarto.

El Forat de la Peña: El agujero de la peña.

El saboner: El jabonero.

El Safareig, El Través, Les Casetes: nombre popular de algunos barrios de Xixona.

El teatret: El teatrillo.

Filetes, tiritos, líneas: formas coloquiales de llamar a una raya de cocaína.

Forastero: Dícese de aquel que no ha nacido en el pueblo.

Jijonencos: gentilicio de Xixona.

La Torre: Pueblo vecino a Xixona llamado: Torremanzanas, pero conocido popularmente entre los jijonencos como La Torre

Le dio malicia: Expresión típica de Xixona que quiere decir: le hace pensar mal.

Panerola: Cucaracha.

Parranda: Fiesta.

Pica flor: Que va de mujer en mujer.

Piñonet: Piñoncito

Ponerse: drogarse.

Setas: EPI de protección rojo de plástico con forma de seta.

TOC 12 Agradecimientos

Antes de escribir un libro me documento utilizando diferentes fuentes. Normalmente suelo acudir al archivo municipal, y a la biblioteca, y si me lo puedo permitir, me desplazo hasta el lugar para observar y aprender del escenario que voy a utilizar en mi nueva novela. Para El 20 he tenido a mi disposición algo mucho mejor, o mejor expresado, 'alguien mucho mejor'. He tenido el privilegio de conocer el pueblo desde dentro, con todas sus costumbres, tradiciones, gentes, y recuerdos. Gracias Maelo por mostrarme Xixona, el pueblo que adoras, a través de tus ojos y tus recuerdos.

A Juan 'El agostense', por contarme la historia de la chica desaparecida que inspiró la creación de esta novela, y la historia del loco y la cabra.

A Pablo, por prestarme algo más que su mote para uno de mis personajes.

Y como no, a Xixona y a los jijonencos.

TOC 13 Sobre el autor

Juan Carlos Feliú Velázquez es un escritor autodidacta alicantino natural de las inmediaciones de un barrio marginal ya extinto, conocido como Las Mil viviendas de Alicante. A pesar de su limitado nivel académico sus obras te sorprenderán y cautivarán significativamente.

TOC 14 **Bibliografía**

El Dios del fútbol.

La confesión de Pilato.

El destino de Feliú Gruixot.

Avis.

Una brevísima y verdadera historia de la Navidad.

Obecalp; El libro de autoayuda definitivo.

El Rojo Velázquez.

La montaña de la Calavera.

Saurorn Y Luminda.

De la espátula al Range Rover.

El presente no es presente; Crónicas de un viajero entre realidades.

(Charlie)*; Precuela de Toni Zarco.

Toni Zarco.

Akra Leuké y las 13 calaveras de cristal; Toni Zarco 2.

El Dios del Kárate.

La maldición de Heliké.

En sus zapatos; Poesía de mi barrio.

El Cristo inerte.

La cala del hombre muerto.

El 20.

